

A decorative graphic on the left side of the cover, consisting of a series of parallel red diagonal lines that form a large, stylized 'L' shape. The lines are closely spaced and cover the left half of the top portion of the book cover.

STEFANO GATTO

**ESPAÑA
E ITALIA:
¿DESTINOS
PARALELOS?**

LO SPAZIO DELLA POLITICA

ESPAÑA E ITALIA: ¿DESTINOS PARALELOS?

La insoportable levedad
de ser latino en el mundo globalizado

Ebook de Stefano Gatto para Lo Spazio della Politica

Introducción

En los últimos tiempos, desde por lo menos el verano de 2012, los destinos económicos de España e Italia parecen estar íntimamente ligados. No solo, sino que los problemas europeos y de la Eurozona, que habían parecido en los dos años anteriores más vinculados a la inestabilidad financiera de Grecia, Irlanda y Portugal, economías muchas más pequeñas que las de España e Italia, en los últimos meses se ha vuelto habitual considerar que la última frontera de la Eurozona, e incluso de la Unión Europea, pasa exactamente por estos dos países, quizás demasiado grandes para quebrar, pero también para ser rescatados con fondos europeos.

La presión de los mercados sobre Madrid y Roma se ha vuelto casi insoportable, e parece que cada paso hacia la estabilidad sea demasiado pequeño, en una carrera hacia la redefinición de las estructuras socio – económicas de nuestros países que parece imparable. Y para muchos, incomprensible y fundamentalmente injusta.

España e Italia son países latinos y parecidos por muchos aspectos. Hacía tiempo que así los veía la percepción popular, por lo cual no resulta ahora exagerado compararlos ahora, cuando parece que sus economías y sus problemas coincidan. Sin embargo, por muchos que sean los puntos en común entre España e Italia en lo histórico, lo cultural y lo económico, notables son también las diferencias, a menudo ignoradas, entre los dos casos.

En este breve texto, que no es un ensayo académico ni pretende dar respuestas definitivas, intentaremos dar con unas claves de lectura acerca de lo que España e Italia tienen en común y qué aspectos las diferencian: analizaremos los aspectos esenciales de sus sistemas políticos, de sus estructuras económicas, algunas características de su idiosincrasia, de su imaginario colectivo nacional y hasta de usos lexicales que los distinguen. Analizaremos entonces los dos países, pero también la italianidad y la hispanidad. Porque mucho nos une, pero algunas cosas también nos dividen.

Para ambos países, el escenario de referencia es el europeo. La situación actual de la Unión Europea está profundamente ligada a los importantísimos cambios de escenario que han tenido lugar en la escena global de 1989 a hoy, que no han seguido para nada lo previsto entonces (un triunfo absoluto del sistema liberal, la occidentalización

del mundo). Nosotros los europeos hemos hecho muchas cosas muy bien, y hemos conseguido edificar una zona de paz y prosperidad compartida sin igual justo en la región del mundo que había sido el epicentro de los conflictos de los siglos XIX y XX. Sin embargo, en lugar de valorar en su justa medida esos éxitos, en el momento en el cual hubiéramos debido cambiar velocidad en nuestro proceso de integración, sacando las consecuencias de cincuenta años de desarrollo en una misma dirección, la del futuro común, nos ha cogido desprevenidos el despertar de partes del mundo que habíamos considerado periféricas y destinadas a quedarse para siempre bajo la influencia inmutable del mundo occidental (EE.UU. y Europa), líderes por definición.

Hemos dedicado una década larga a perfeccionar nuestras geometrías internas, ampliando al mismo tiempo la Unión Europea en un proceso que la ha ido cambiando en profundidad. Para la Unión, asimilar ambos procesos se ha revelado imposible: hacer un salto irreversible hacia adelante, hacia la soberanía compartida, y al mismo tiempo ampliar el bloque a un grupo de países con una historia reciente radicalmente distinta.

Esto ha provocado que algunos nudos del proceso de integración no se desataran a tiempo, y que algunas ambigüedades se hayan mantenido hasta provocar las dificultades actuales. La UE, que parecía hasta hace poco un bloque muy sólido, construido sobre bases económicas de vanguardia y sistemas democráticos avanzados y eficientes, y constituir un modelo económico envidiado por el resto del mundo, tanto en términos de integración económica como de extensión de su estado de bienestar, es actualmente puesta en discusión más allá de lo razonable, tanto dentro como fuera de Europa.

En España e Italia, el euro escepticismo casi ni existía: en ambos casos, se había delegado a la dimensión europea buena parte de la capacidad de elaborar proyectos, perdiéndose en parte la capacidad de "hacer país" en propio (veremos también las diferencias en ambos casos, muy ligadas a distintas fases de su historia). Europa se ha vuelto poco a poco la referencia única a la cual mirar, el modelo a adoptar, nuestro destino inevitable. Si en buena medida la integración europea ha supuesto grandes avances para países que, no lo olvidemos, en tiempos distintos habían salido de dictaduras que los habían marginalizado y penalizado, y un estímulo para la modernización que sin la dimensión europea hubiera sido mucho más difícil, para España e Italia Europa ha significado también aplazar o evitar decisiones políticas dolorosas en aspectos clave de su identidad nacional. Pensemos a las contradicciones nunca resueltas entre Sur

y Norte de Italia, que remontan a los tiempos de la unidad nacional, o a la diferente naturaleza del regionalismo en España, un debate actual cuando, en tiempo de vacas gordas, el Estado de las autonomías había parecido una solución brillante para gestionar la diversidad ibérica.

Y también en las contradicciones internas más ligadas a nuestra naturaleza de sociedades latinas, en lucha constante entre valores tradicionales (ya no tanto la religión, cuanto las jerarquías sociales, las apariencias, el prestigio, la picaresca o arte d'arrangiarsi, el individualismo) y valores modernos (el mérito, la transparencia, la capacidad de comprometerse en proyectos colectivos en detrimento de sus intereses personales) hacia los cuales decimos querer ir, pero que en la práctica nos resultan tan indigestos.

Quién escribe estas líneas es totalmente bicultural: nacido en Italia, pero totalmente identificado con España hace más de un cuarto de siglo, y situado entre los dos países desde los lejanos años ochenta. Acostumbrado a hablar de España e Italia con italianos y españoles, estoy acostumbrado a identificar los tópicos entre nuestros pueblos y hasta las (pocas) fricciones, limitadas esencialmente al mundo del fútbol, en el cual existe una cierta incomunicabilidad / incompatibilidad. No hay duda que nuestros dos países quedan muy cerca en su forma de ser, en su sensibilidad, en sus raíces culturales, en sus problemas. También que exista una gran simpatía mutua, una química que ayuda españoles e italianos a estar juntos. Sin embargo, también es útil intentar entender de donde han nacido nuestros problemas actuales, en qué difieren y como podremos resolverlos.

LA CRISIS FINANCIERA Y SUS PREMISAS

La crisis económica estallada en 2008 con la quiebra de Lehman Brothers no pareció, en sus inicios, afectar directamente a Italia y España. Ni a Europa. Durante un tiempo hablamos de crisis americana, provocada por el recalentamiento financiero ligado a los subprime. Con consecuencias solo indirectas sobre el resto del sistema financiero mundial, y aún más indirectas sobre las economías reales.

Las ilusiones de 2008/9 y la inicial respuesta coordinada de la comunidad internacional (G-20 de Pittsburgh) parecieron limitar los daños solo al sector financiero, cuyos excesos se hicieron finalmente patentes después que por años se había mirado a otra parte, ignorando el hecho que intercambios financieros setenta veces superiores al PIB mundial quizás no fueran sostenibles a largo plazo.

El axioma liberal

Desde los años ochenta, la financiarización de la economía se había vuelto verdad absoluta, asociada a otra verdad indiscutible, la superioridad del sector privado sobre el público y la necesaria reducción de este último a favor del primero. La famosa deregulation, empezada en Estados Unidos y en Gran Bretaña, desde entonces no ha hecho que continuar, modificando en profundidad las estructuras económicas de Occidente tal como habían sido moldeadas por la crisis de 1929 y los sucesivos conflictos mundiales, que habían contribuido a ampliar poderosamente el papel del estado en la gestión económica. En algunos países más (Francia, España, Italia, países escandinavos), en otros menos (los anglosajones), en otros aún en una forma intermedia (Alemania y su economía social de mercado). Del otro lado del muro, había prevalecido la estatización absoluta, modelo fracasado con estrépito en 1989.

A la Reaganomics de los años ochenta, aplicada también por Thatcher en Gran Bretaña, había seguido justamente la caída del muro de Berlín, debida en primer lugar a la ineficiencia demostrada por el sistema de gestión económica planificada. Esta cadena de eventos había puesto en evidencia las limitaciones de la acción pública en materia económica, quitándole credibilidad) no solo a la planificación socialista, sino al papel mismo del estado en economía.

Planificación se volvió una palabrota, incluso cuando en Europa se trataba solo de la más moderada programación económica, que sin embargo algunos buenos resultados

los había traído (pensemos en el sector público industrial de Francia e Italia, considerados un ejemplo hasta los setenta, y al desarrollo de diferentes modelos de “welfare state” que sin duda alguna contribuyeron a mejorar la calidad de vida de las poblaciones a niveles nunca alcanzados hasta entonces).

Sin embargo, de los ochenta en adelante, los éxitos del modelo neoliberal, unidos a la caída del comunismo, parecieron demostrar que todo camino intermedio estaba equivocado: solo el liberalismo puro, caracterizado por una reducción progresiva del peso de los aparatos estatales, una compresión de la presión fiscal, una libertad absoluta concedida a empresas e individuos de emprender actividades económicas sin obstáculos, absorbiendo en buena medida funciones hasta entonces llevadas a cabo por estructuras estatales, se imponían como sistemas capaces de crear bienestar de manera sostenida. Aunque en la práctica, a esta voluntad de liberalismo no siempre correspondió, sobre todo en nuestros países, una verdadera oleada de reformas liberales, que a menudo se han quedado en el papel.

Un mundo americano:

En buena medida, desde los años ochenta hemos vivido en sociedades cada vez más “americanizadas”, cuyos valores, productos y fenómenos importados desde la otra orilla del Atlántico han sido considerados modelos ineludibles para la modernización de nuestros países. La parábola, por otra parte profundamente italiana, de Silvio Berlusconi, está indisolublemente ligada a la importación en la sociedad italiana, en manera a menudo falta de crítica, de conceptos ligados al modo de vida americano, sinónimo de libertad y modernidad cuando comparados con nuestra sociedad conservadora y somnolienta de esos años: pensemos en Milano 2, en las televisiones comerciales, en la publicidad invasiva, en las novelas, en los deportes americanos a partir del baloncesto, en los “talk shows”, tan diferentes a las tertulias españolas. Todo esto no se creó “ex novo” por parte de un empresario genial, como a menudo se argumenta, sino que la provincia lo trajo tal cual desde el centro del imperio, con un enorme éxito financiero y cultural, porque la sociedad italiana necesitaba algo nuevo después de décadas de “aburrida” Italia demócrata cristiana y la dureza de los años de plomo, un desafío extraparlamentario a un sistema bloqueado por causa de un conformismo” (llamado en italiano “consociativismo”) que ya no satisfacía los italianos. El libro de Alessandro Aresu “Generazione Bim Bum Bam” explica además la influencia que tu-

vieron los cartones japoneses transmitidos por las televisiones de Berlusconi sobre las jóvenes generaciones italianas.

Cada vez menos Estado (en teoría)

Uno de los resultados de este proceso de liberalización de mucha importancia en el contexto actual es que la reducción del Estado y las sucesivas reformas fiscales han aumentado de manera notable la retribución del capital y las rentas más altas, aumentando el peso de la fiscalidad sobre las rentas de trabajo de las clases medias y comprimiendo los salarios más bajos. Tanto en Europa como en Estados Unidos la parte de renta nacional correspondiente a las clases más acomodadas ha ido aumentando, mientras el Estado reducía su rol redistribuidor como productor de bienes públicos (escuelas y sanidad pública, seguridad social). La coincidencia de estos dos fenómenos dio lugar a un empobrecimiento progresivo de las clases medias, que habían sido las grandes beneficiadas en los años de “gran salto hacia adelante” (sesenta y setenta) de las economías occidentales, durante las cuales cientos de millones de europeos y americanos habían pasado de ser agricultores y collares azules a collares blancos. Volviéndose clase media.

Cuando Reagan entusiasmaba diciendo “el Estado no es la solución, sino el problema”, quien le escuchaba soñaba para sí un camino individual de ascenso social, ya no un camino colectivo, como había sido posible hasta los años setenta. Este fenómeno había sido especialmente relevante en Estados Unidos, país cuyo sueño es por definición individual, pero a partir de los ochenta se ha expandido cada vez más en Europa.

“Les Trente glorieuses”

Desde la segunda posguerra hasta los años setenta, los países occidentales crecieron impetuosamente aprovechándose de condiciones favorables que el tiempo revelará haber sido irrepetibles: la existencia de una demanda interna inagotable; el control de los precios de las materias primas sin posibilidad para los productores de ejercer influencia alguna; la inexistencia de sistemas alternativos económica y políticamente apetecibles (los países comunistas no eran ni económicamente eficaces sin políticamente atractivos, no constituyendo que un desafío mínimo para el modelo capitalista occidental); Los problemas substanciales de crecimiento y gestión en todos los países del mundo que seguían otros modelos (a parte de los países de socialismo real, también India y casi todos los que ahora definimos emergentes).

El proceso de descolonización no modificó radicalmente estas ventajas competitivas de los países occidentales, ni la guerra fría, dado que el “segundo mundo” podía representar una amenaza política y militar pero no económica, ni ser un referente alternativo.

Los turbulentos años Setenta

Sin embargo, la primera pieza que modifica los equilibrios existentes fue la crisis del petróleo de 1973, primera señal que el Sur del mundo ya no estaba dispuesto a aceptar pasivamente la voluntad de europeos y americanos. No es casual que en ese mismo año termine el sistema monetario de tasas fijas, dando lugar a un mundo completamente nuevo, caracterizado por dos variables que se volverán cruciales: la de los precios de las materias primas y la de las divisas. Aún hoy, se trata de dos variables de gran impacto sobre los equilibrios de la economía mundial. Si queremos comparar la complejidad de nuestro mundo al de entonces, pensemos que hasta 1973 divisas y materias primas estaban disponibles en abundancia y con precios fijos, determinados por los países occidentales, en primer lugar los Estados Unidos. Hoy debemos convivir día tras día con sus fluctuaciones.

De ese 1973 yo recuerdo esos simpáticos domingos sin coche, con las ciudades reconquistadas por los peatones y por todo tipo de vehículo sin motor. Entendíamos que el mundo estaba cambiando, pero aún no sospechábamos que los cambios serían tan profundos como los que estamos viviendo cuarenta años más tarde. Era solo el primer aviso.

La segunda crisis energética, la de 1979, confirmó que 1973 no había sido casual: desde entonces vivimos con precios fluctuantes de la energía (más para arriba que para abajo) y con grandes movimientos estratégicos ligados al control de las fuentes de energía, uno de los escenarios – clave de la escena internacional que a menudo se le escapa al gran público.

Los años setenta fueron también los de la derrota americana en Vietnam y de la protesta juvenil, primer desafío serio al tradicionalismo en el cual nuestras sociedades vivían desde el final de la segunda guerra mundial. En Europa, dicha protesta fue monopolio casi exclusivo de la izquierda que con el tiempo, insatisfecha de las respuestas demasiado tibias de los partidos institucionales, se hizo extraparlamentaria y en algún caso desbordó en el terrorismo, el gran problema no solo italiano de los años setenta.

En Italia, los años setenta vieron un primer parón significativo de la tasa de crecimiento, debida al shock externo del petróleo que golpeó una economía pobre en materias primas (sobre todo después de “la puesta en orden” de la política autónoma del Eni de Mattei, acabada trágicamente en 1962, constituyendo uno de los muchos “misterios italianos”).

Además, los años setenta fueron muy turbulentos, los famosos “años de plomo”, que pusieron a prueba la solidez de las instituciones del país, que parecieron sucumbir al ataque terrorista tanto de izquierda como de derecha. El secuestro de Aldo Moro fue el momento más trágico para una Italia que pareció estar a punto de caer derrotada, posibilidad abordada sin tapujos en el G7 de Puerto Rico, grupo al cual Italia había sido admitida, a pesar de sus dificultades, por su peso económico e industrial.

España vivía diferentes tiempos políticos, aunque ella misma protagonizó el “desarrollismo” de los años sesenta y setenta, que había transformado un país en buena parte aún pobre y rural en otro más urbano, moderno y de clase media. Aún si bloqueado políticamente: pero será esta modernización que hará posible la admirable transición que en pocos años, entre 1975 y 1982 (elección del primer gobierno socialista) liquidará un régimen franquista que había resistido cuarenta años, dando paso a tres décadas brillantes para España.

La Reaganomics y la caída del comunismo.

Los años ochenta fueron los de la ofensiva liberal hacia sistemas en los cuales el Estado había progresivamente adquirido un peso cada vez mayor. Esto había empezado en la posguerra, pero venía de antes, de la gran crisis de 1929, superada en los EE.UU. con un enfoque keynesiano y en los países europeos por una mayor presencia del Estado en la economía (especialmente relevante en países, como Italia y Alemania) que siguieron modelos autoritarios que, recordémoslo, hasta los años cuarenta atrajeron muchos imitadores a la escala mundial).

El modelo neo – liberal fue seguido en América Latina, que sin embargo en esos años se metió en problema de la deuda y de la hiper-inflación, causadas por el flujo excesivo de créditos que generó inflación y gasto público fuera de control en Estados no suficientemente organizados para gestionar tanta abundancia de recursos. Pero en esos mismos años ochenta, el agotamiento del modelo económico – político que había sido gestionado por los militares desde los años cuarenta llevará a la afirmación casi unán-

ime de la democracia en América Latina (que es el “extremo occidente”). Una lección importante es que de una crisis de deuda excesiva se puede salir con más democracia.

La caída del muro de Berlín en 1989 se llevará consigo el “segundo mundo” en menos de dos años. Nadie lo había previsto, y un cambio de semejante envergadura no hizo que soplar aún más fuerte en las velas del modelo liberal, que pareció confirmarse el único posible. La quiebra del sistema de economía planificada impulsó las reformas en todos esos países que ahora llamamos emergentes: China, India, Brasil. En el caso de Suráfrica, llevó al fin del apartheid y al triunfo de la democracia multirracial, premisa del desarrollo de la primera economía africana, que años más tarde agregará una S a la sigla BRIC. En el caso de Rusia, el proceso de liberalización fue menos linear, pasando primero por una seria crisis interna en los años noventa, que desembocaría después en la actual “democracia autoritaria” asentada en los productos energéticos, un caso atípico de país emergente.

De todos modos, en los noventa no exista ya ninguna alternativa a la economía de mercado, aunque ella se presentaba bien diferente en EE.UU. que en Europa, y aún más en China o en los otros emergentes.

Quedaban a un lado los países árabes y el continente africano: en el primer caso será solo en 2010/11 que empezará a tambalearse el sistema autocrático tradicional; en el segundo a las transiciones hacia la democracia de partidos empezada en los noventa seguirá un boom económico solo en los primeros años de esta década (África es la región del mundo que más crece en su conjunto desde 2008 en adelante, aun partiendo de niveles muy bajos).

En Europa, mientras tanto...

Hemos llegado hasta aquí sin mencionar aún la integración europea, que sin embargo es uno de los fenómenos históricos – políticos más importantes de la segunda mitad del siglo XX, y el escenario imprescindible de referencia para analizar las crisis italiana y española.

Desde la declaración Schumann de 1950 a la creación de la CECA, intento (logrado) de eliminar a la raíz posibles conflictos futuros en Europa; del fracaso de la Comunidad Europea de Defensa, nacida demasiado pronto, a la ampliación de la CECA de carbón y acero al MEC que cubría todos los productos; de la ampliación progresiva

del mercado común y de la unión aduanera a los primeros intentos de integración monetaria sucesivos al fin del sistema de cambios (primero la serpiente monetaria, después el Sistema Monetario Europeo); desde los primeros esbozos de la Europa política en el Acta Única Europeo de 1979 al continuo ampliarse del campo de la integración europea, traducida en los tratados que de Maastricht a Lisboa, pasando por Ámsterdam, Niza y una fracasada Constitución europea han establecido cada vez más Europa, el camino de nuestro continente ha sido siempre caracterizado por una constante huida hacia adelante, que ha asegurado a los ciudadanos de cada vez más países (6 en 1957, 27 hoy) una mejora impresionante de sus condiciones de vida, de sus libertades, de sus oportunidades, de sus horizontes. Por lo menos hasta 2009.

Con la excepción de Gran Bretaña (los británicos nunca se identificaron con la integración europea, siempre la sufrieron, intentando condicionarla en negativo y limitarla en su alcance) y en parte de los países escandinavos (que, aún adhiriéndose a ella, han temido siempre perder su propio carácter “nórdico”), el progreso de la Comunidad y luego Unión Europea ha sido siempre seguido con favor, si no con entusiasmo, por gran parte de los europeos.

El modelo único y original de soberanía compartida europeo, aún cuando no entendido a fondo por la mayoría de los ciudadanos, que hasta la crisis actual han aparentemente ignorado que la esencia del poder político había pasado de los países a la Unión (en realidad, las mismas clases políticas nacionales lo han ignorado durante mucho tiempo, prefiriendo refugiarse en la ilusión provinciana de su propia centralidad y autonomía, que en la práctica ha desvanecido con el tiempo), parecía abrirle las puertas a una realidad aparentemente adecuada a las necesidades de los ciudadanos europeos de hoy: deseosos de abrirse al mundo, pero también atentos a preservar lo mejor de su cultura, de sus tradiciones, de su modelo social.

De 2009 en adelante, y sobre todo en los últimos dos años, este consenso casi unánime hacia Europa ha desvanecido en buena parte, y a los ciudadanos europeos, tanto del Norte como del Sur, Europa parece cada vez más una incómoda camisa de fuerza que una garantía de bienestar y progreso, como lo había sido durante cincuenta años.

Hoy el proyecto europeo está en entredicho, y nadie puede estar seguro cual será su futuro. Sin duda, habrá sido uno de los grandes fenómenos del siglo XX: si fracasara, el único escenario verosímil sería el de volver a empezar sobre nuevas bases. En efecto,

la vuelta a la soberanía nacional absoluta para nuestros 27 países sería improponible, y sus consecuencias inaceptables para los ciudadanos europeos (una vez desvanecido el entusiasmo inicial por la desaparición del euro, piedra angular de nuestras preocupaciones actuales).

¿Reaprenderemos a pararnos otra vez en las fronteras nacionales, a vivir nuevamente en contextos locales, perdiendo todos esos hábitos que han empequeñecido tanto las distancias en el mundo que vivimos y ampliado tanto nuestros horizontes? ¿Aceptaremos volver a las condiciones económicas de hace décadas, abstraídas todas las ventajas que la integración nos ha traído en cincuenta años? Recordemos que solo los últimos cuatro años han visto nuestras rentas disminuir, después de sesenta años de crecimiento ininterrumpido.

En síntesis, ¿creemos de verdad poder llevar hacia atrás los péndulos del reloj como si nada hubiera pasado y como si el contexto internacional fuera de Europa no hubiera cambiado irremediabilmente?

Italia Y España: dos recorridos similares, pero no idénticos

Italia y España son países europeos, y siempre lo serán. Ambas potencias medias, o sea países sin la capacidad de ejercer sobre el resto del mundo una influencia permanente y generalizada en ausencia de alianzas y posiciones estratégicas adecuadas, son sin embargo economías notables (la octava y la duodécima del mundo en 2011, después de haber alcanzado el séptimo y octavo lugar antes de la crisis), que se han beneficiado enormemente del marco europeo para desarrollarse: Italia desde 1957, España desde 1986.

En un mundo mucho más grande y sin Europa integrada, con toda probabilidad el empobrecimiento de ambos países, actualmente vigésimo quinto y vigésimo sexto en el mundo según renta per cápita (36.267 USD para Italia, 32.360 USD para España, mientras la Unión Europea en su conjunto se sitúa entre las dos con 35.116 USD – datos FMI de 2011) sería notable, porque se deteriorarían sus posiciones en el mercado europeo sin que a ello correspondiera necesariamente una mejora generalizada de la competitividad en el resto del mundo. Además, las sinergias que el proyecto europeo asegura desaparecerían, así como las fuentes de financiación que la moneda común facilita (ahora muy caras, pero no fue así hasta el verano de 2011, y esto permitió una

década de financiación a costes muy bajos tanto a Italia como a España).

Italia y España, y no solo por la curiosidad estadística que hemos mencionado, sino por su peso relativo dentro de la Unión Europea, se han convertido en su última frontera: sin ellas ya no se podría hablar de Unión, que podrías quizás sobrevivir a la salida, temporánea o permanente que fuera de algún país más pequeño, pero no de estos dos. Y una Unión “solo del Norte” ya no sería la Unión Europea, sino otro proyecto.

Intentemos ver entonces cuales son los problemas específicos italiano y español y como hemos llegado hasta aquí. Italia y España tienen unas historias económicas no muy diferentes, a las cuales nos referiremos, pero una diferencia fundamental radica en el hecho que Italia es país fundador de la Comunidad Europea y España no, habiendo entrado solo en 1986.

Italia, un país con vocación industrial

Italia ya tenía una importante tradición industrial antes de la Unidad (1861): se concentraba sobre todo en el Norte y en el Centro, pero no estaba ausente, a pesar del tópico contrario, tampoco en el que fue el Reino de las Dos Sicilias. A este respecto, las consideraciones del historiador económico Fanfani (que también fue importante político democristiano) revelan que la estructura social del Norte de Italia reunía características similares a las que Weber había identificado en la ética protestante como esencial humus cultural para el desarrollo del capitalismo alemán. Pero será sobre todo a partir de la Unidad que el Norte de la península italiana acelerará su industrialización, favorecido por las políticas económicas adoptadas por el nuevo reino, que penalizarán la economía meridional agroexportadora, para favorecer la incipiente industrialización de las regiones septentrionales, conectadas al corazón del continente europeo por carreteras y ferrocarriles de buen nivel. Mientras la industria del Norte podrá contar con un mercado cautivo en el Sur.

La crisis del veintinueve llevará a una importante reorganización de la industria italiana alrededor del IRI (Istituto per la Ricostruzione Industriale), y el Estado se volverá un actor fundamental en el desarrollo de la industria italiana: así seguirá hasta las privatizaciones de los años ochenta – noventa. La segunda guerra mundial dañará notablemente el potencial industrial italiano, y será la adhesión al proyecto europeo que dará lugar al “milagro italiano” de los años sesenta y setenta, al cual participaron tanto la industria privada como la pública, pudiendo contar con un mercado de dimensiones

más amplias comparado con el disponible en la anteguerra.

En España, el desarrollo industrial fue más tardío, aunque en manera similar a Italia se situó a finales del siglo XIX en algunas regiones del Norte, bien conectadas con los mercados europeos (Cataluña y el Países Vascos, la industria ligera y de consumo en la primera, la pesada en la segunda).

Malestar hacia la capital

En ambos países, la capital se mantendrá durante un buen tiempo distante del desarrollo industrial: tanto Roma como Madrid se han caracterizado más por su papel político – administrativo que por su dinamismo económico, aunque Madrid haya en parte cambiado en los últimos veinte años, asumiendo un papel protagónico en el proceso de financiarización de la economía ibérica, y volviéndose una importante plataforma de referencia para la expansión en América Latina de los grupos financieros y de servicios españoles.

El constante malestar entre las “zonas productivas” (Norte de Italia, Cataluña y le Países Vascos) y la “capital” sigue existiendo tanto en la política italiana como en la española, siendo un problema no resuelto en ambos países, al cual se añade la cuestión meridional, que existe en ambos casos aunque con características distintas.

El Mezzogiorno italiano y el Sur español

En Italia es habitual explicar el retraso económico del Sur italiano a la luz de un “factor español” (según esta interpretación, todos los males del Sur derivarían de la herencia improductiva española, y el Norte hubiera salido aventajado de las más productivas influencias francesa y austriaca). El Sur sigue quedando lejos de los niveles de desarrollo económicos del Norte.

De hecho, los indicadores económicos y sociales de la Unidad hasta hoy reflejan no una convergencia, sino más bien una ampliación de la brecha entre estas dos partes del país, sin que ni la Unidad ni los esfuerzos hechos en la segunda posguerra (Cassa del Mezzogiorno, fondos estructurales europeos) hayan podido invertir la tendencia. Tanto es así que aún hoy las regiones del Sur expulsan millones de jóvenes diplomados y licenciados que no pueden encontrar trabajo en sus regiones y se trasladan al Norte (o al extranjero). Una situación dramática que puede sin duda definirse un fracaso substancial de 150 años de unidad nacional, sobre el cual volveremos.

El Sur español, aún viniendo de una situación similar a la italiana del siglo XIX (latifundios agrícolas de productividad baja, expulsión de mano de obra hacia las regiones de mayor desarrollo del Norte o hacia la emigración) y estando a la zaga en términos de desarrollo comparado con el resto del país hasta los años ochenta, ha reducido el diferencial con el resto del país en una proporción mucho más amplia de lo que se haya dado en Italia. A pesar de un ingreso más tardío en la Comunidad Europea y un flujo de fondos estructurales europeos iniciado más tarde. En general, podemos decir que España ha sido mucho más eficiente que Italia en enfrentarse a esta situación.

Centro - periferia, relaciones dialécticas.

Por cierto, las diferencias regionales son muy marcadas tanto en Italia como en España, pero con acentos distintos: el regionalismo español es una herencia histórica, dado que el proceso de unificación española fue mucho menos rápido y lineal de lo que se había contado hasta pocas décadas en la historia oficial, según la cual España unida nace en 1469 por la unión matrimonial entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. De hecho, la unión jurídica no tendrá lugar que mucho más tarde, en 1715, cuando las leyes castellanas prevalecerán definitivamente sobre las otras.

Es por otra parte verdad que desde finales del siglo XIII empezó un proceso común que unió gran parte de la península ibérica en un solo sujeto político, aún variado, aunque algunas regiones, sobre todo las vascas, navarras y catalanas, mantuvieron durante mucho tiempo instituciones y privilegios propios.

Los siglos XIX y XX vieron más bien un aumento del centralismo, en fases diferentes, aunque serán sobre todo los cuarenta años del franquismo a caracterizarse por una minimización de la singularidad de las “provincias” españolas.

La transición verá una vuelta rápida de los particularismos: de hecho, el nacimiento de las Comunidades Autónomas, algunas especiales (Cataluña, País Vasco, Galicia, Andalucía), otras “ordinarias”, abrirá una nueva fase de la historia española, en la cual las nuevas entidades irán asumiendo competencias cada vez mayores, aún si diferentes entre ellas, y un peso político cada vez más grande.

La contradicción no resuelta entre la voluntad de independencia de País Vasco (Euskadi) y Cataluña y la negación de este principio último por parte de las autoridades centrales es una fuente de tensión permanente en la política española, y en el caso vasco ha marcado la página más trágica y controvertida de la reciente historia española en

los últimos treinta años: la anomalía de una democracia europea en el seno de la cual ha sobrevivido, hasta hace pocos meses un movimiento separatista que no dudó en usar el arma del terrorismo (829 muertos desde 1975) para defender sus razones: un verdadero contrasentido en la Europa democrática y pacífica que conocemos, el último caso de una lucha armada después del fin del IRA.

En el caso de las comunidades autonómicas españolas, la vuelta a la autonomía después de años de centralismo fue acompañada por un fortalecimiento de las identidades lingüísticas y culturales de las regiones, sobre todo de las dotadas de lenguas propias y oficiales (catalán, valenciano, vasco, gallego). Las principales competencias reconocidas a las autonomías son educativa y sanitaria, pero también en el campo de la justicia y otros más para las comunidades “especiales”.

No obstante, y a pesar de la existencia de algunos tópicos (el catalán pesetero, el andaluz perezoso, el gallego tenebroso etc.), no existe en la cultura española una acrimonia entre ciudadanos de orígenes diferentes. Las polémicas políticas siguen limitadas a ese campo, y hasta en el caso del conflicto vasco es difícil identificar un resentimiento del resto de los españoles hacia los vascos (aunque sin duda existe entre algunos radicales abertzales hacia los símbolos del poder central).

Podríamos concluir que, comparándolo con el caso italiano, los españoles oriundos de regiones diferentes no se sienten extraños los unos con los otros, aunque bastante vascos y catalanes preferirían ser independientes.

La unidad italiana es mucho más reciente que la española: la carta de la península italiana hasta el Congreso de Viena (1815) es conocida de memoria por todos los estudiantes italianos, o por lo menos los de mi generación. Esa demuestra claramente las divisiones políticas existentes en la península italiana solo dos siglos atrás. Entonces, Metternich se refería a Italia como una “expresión geográfica”. El proceso conocido como de independencia (con referencia a una ocupación extranjera, concretamente austriaca) empezará en el reino de Cerdeña (o sea de Piamonte) y se extenderá para completarse en la transformación de ese Reino en Reino de Italia en 1861 por incorporación progresiva de todos los otros estados italianos, con el añadido de Roma capital en 1870 (desaparición del secular Estado de la Iglesia).

La Italia de las cien almas

Sin embargo, la existencia de una unidad geográfico – política llamada Italia estaba fuera de discusión ya hace siglos: pero las diferentes tradiciones y estructuras económico – políticas variaban mucho en los diferentes rincones del nuevo estado. Además, en la península italiana existía una fuerte cultura de independencia municipal, que remonta a la Edad Media, que sigue prosperando (es conocida en Italia como “campanilismo”) Italia se define a menudo como “las cien ciudades”: una definición que deja entrever las notables dificultades en la construcción de un consenso alrededor de cualquier cuestión, política o económica que sea. Poner de acuerdo las “cien ciudades” es con frecuencia ejercicio imposible, por lo cual muchas se decide no decidir, para no dejar nadie insatisfecho (dejando así insatisfechos a todos).

Esta relación fuerte con las provincias tiene mucha relevancia en los actuales problemas infraestructurales italianos: en efecto, a una fase de gran actividad infraestructural, bajo el mando de gobiernos centralistas (las primeras autopistas fueron construidas en época fascista, y se multiplicaron, junto con el ferrocarril, durante los años del boom económico en la primera república), seguirá un largo parón, que continúa hasta nuestros días, durante el cual Italia quemó la ventaja infraestructural acumulada hasta los años setenta. Poco se hizo en los últimos treinta años, y ese poco (multiplicación de los aeropuertos) no siguió estrategias de gran alcance, nacionales o europeas, sino la suma de visiones parciales. Cada provincia quiso su aeropuerto, su tramo de carretera, su juguete. Y eso llevó a gastar mal mucho dinero, sin mejorar la situación infraestructural del país, bloqueada en los años setenta, aún haciendo felices a muchos administradores locales interesados solo en su propia huerta. Esto llevó a una decena de aeropuertos a cien kilómetros de distancia el uno del otro entre Turín y Venecia. Mientras el ferrocarril de alta velocidad en la misma vertiente tardó años en concretarse, siendo al final una “media” alta velocidad.

Italia también hizo lo absurdo de dotarse de dos “hub” para su propia compañía de bandera, cuyos avatares representan una verdadera epopeya de mala gestión pública. Sin entrar en los intrínquilos del caso Alitalia, es suficiente pensar en lo esperpéntico de poseer un doble “hub” (Milano Malpensa, Roma Fiumicino), solución carísima y no adoptada por ninguna otra compañía nacional europea, pero debida exclusivamente a razones políticas: satisfacer al tiempo las lobbies romanas y el norte “leguista”, cada vez más poderoso en términos electorales. Duplicando en alegría costes y estructuras sin que eso diera lugar una ventaja infraestructural en las regiones de referencia. Un

perfecto ejemplo de “no decisión” al final supercara. Sin que al mismo tiempo la compañía consiguiera posicionarse estratégicamente en los cielos mundiales, como sí lo hizo Iberia, convertida en carrier líder para América Latina y en aliado estratégico de British Airways. Por su parte, Alitalia rechazó con desdén la integración en grupos más grandes (Air France, Lufthansa), para después inventarse una “solución nacional” que ha significado la provincialización de la compañía.

Así, Italia se ha quedado provinciana y más atenta a los intereses locales que a los nacionales. Una crónica dificultad en pensar en el interés nacional, probablemente heredada de la historia y de la manera mediante la cual la unidad tuvo lugar, ha tenido importantes consecuencias sobre la gestión de la cosa pública en la era republicana (incluso antes), y ha contribuido enormemente a agigantar ese deuda pública – record con la cual el país ahora cuenta.

La conciencia nacional italiana siempre fue un ejercicio retórico. Crecidos en el mito de una independencia que habría sido el fruto de un imparable entusiasmo popular, descubrimos más tarde que ella había resultado de acuerdos secretos y compromisos; una historia muy mal contada, removiendo en particular todo lo que pasó en el Sur del país, que solo estudios recientes han revelado. El resultado de tanta “historia no contada” es que el país sigue, a 150 años de la unidad, sintiéndose muy poco “unido”. Y, a diferencia de España, donde sin embargo los regionalismos son importantes, aparecieron en los últimos veinte años factores de disgregación ligados esencialmente a la falta de solidaridad entre las diferentes regiones del país. El “malestar del Norte”, la “cuestión meridional” y el desafecto hacia “Roma ladrona” son todos aspectos de una cuestión nacional nunca resuelta.

Al italiano le cuesta mucho reconocerse en un proyecto nacional, que pasa en segundo plano frente a la relación con la ciudad o la región, y vive su nacionalidad más bien en sus aspectos folclóricos, como el orgullo por las victorias deportivas, sobre todo en fútbol (oportunidad casi única para un italiano de escuchar el himno nacional) y la pasión por la cocina y el “buen vivir”. Italia como proyecto político colectivo sigue ausente, víctima de una innata tendencia nacional a seguir cada uno su rumbo, como sanos “individualistas geniales”, como casi todos los italianos piensan ser. Lo cual dificulta bastante juntarse para resolver problemas. No es casual que los dos hombres políticos con mayor consenso popular en el último siglo hayan sido dos personajes “italianísimos”

como Benito Mussolini y Silvio Berlusconi, ambos a su modo “hombres del destino”, que construyeron su consenso (uno democrático y el otro no, para evitar confusiones) en una adhesión incondicional a visiones expresamente genéricas y altamente retóricas, pero de escasa substancia y pocos resultados prácticos. Un estadista fundamental para la República Italiana como Alcide De Gasperi era por lo contrario un “hombre de frontera”, mucho menos “italiano”, pero su legado es mucho más duradero, aunque casi olvidado por el ciudadano de hoy.

Al nacionalismo italiano le cuesta sobresalir también por la identificación de esa dimensión con el fascismo, que usó y abusó del tricolor y de la patria: solo en tiempos recientes, desde la presidencia de Ciampi, se ha intentado volver a valorar símbolos nacionales que habían caído casi en el olvido, con resultados limitados.

Existe además en Italia otra dimensión de provincianismo: a diferencia de España, el desprecio entre habitantes del Norte y del Sur es moneda corriente, de una forma que no se da en la península ibérica. Es el resultado de una unidad impuesta que tuvo como consecuencia un empobrecimiento brutal del Sur, obligado a renunciar a su sistema económico y que no de casualidad a partir de ese momento alimentó imponentes flujos migratorios, antes hacia las Américas, después hacia Europa y el Norte del país. Esto continúa hoy, aún cuando los que emigran ahora no son ya trabajadores humildes, sino los licenciados del Sur, obligados por la organización económica del país a buscar empleo en el Norte (o en el extranjero).

Esta substancial “no factibilidad” de la economía meridional se ha vuelto un tópico, y razón de desprecio hacia los habitantes del Sur por parte de muchos habitantes del Norte. La misma identidad sureña se ha vuelto a ocultar, como subrayado en los libros de éxito publicados de reciente por Pino Aprile (Terroni, Giù al Sud). Por otro lado, un norteño no se siente para nada identificado con sus conciudadanos del Sur, y es usual que alguien del Norte se identifique en seguida como tal, por si acaso, y alguien del Sur se mimetice, si el acento se lo permite. Expresiones despectivas como “terróni” o “polentoni” (la segunda mucho menos fuerte que la primera) no tienen equivalente en español, y son indicadoras de una antipatía recíproca bien visible en la vida diaria y no contrarrestada por una supuesta “identidad nacional común”.

El Norte industrial y rico se ve parte de Europa, con la cual comparte muchos aspectos culturales e indicadores de bienestar: al Sur se le ve como un oneroso y molesto

apéndice “chupa-dinero”, habitada por holgazanes y delincuentes. En el medio, Italia central, isla feliz que goza de la mejor calidad de vida y no se ve afectada por el conflicto Norte – Sur. Y Roma, considerada madrastra por el Norte y poco amada también en el Sur, que se siente excluido de las decisiones nacionales.

El flujo de millones de meridionales hacia el Norte industrial a partir de los sesenta ha de hecho mezclado la población italiana, que ya es bastante mestiza, pero curiosamente de poco ha servido para reducir el grado de desconfianza entre las dos partes del país. Los meridionales que se vuelven septentrionales son aceptados si consiguen emendar su “defecto” inicial. Y muchos sureños han vivido en su piel un proceso que les ha llevado a superar su propia “inferioridad”, ocultando sus orígenes. Por otro lado, bien pocos son los septentrionales que se establecen en el Sur, que no ejerce atractivo económico. Norte y Sur siguen siendo como agua y aceite, que no se mezclan entre sí. Sin dudas, este uno de los grandes problemas no resueltos del país.

Las consecuencias políticas de las diferencias regionales: Italia y España

Que desde los años ochenta ha tenido como consecuencia política el nacimiento de las ligas regionales norteñas, después Liga Norte, un partido que ha pasado formando parte del gobierno central, en alianza con el centro – derecha de Berlusconi, buena parte del periodo empezado en 1994 (la así llamada “Segunda República”). Teniendo como objetivo primero la secesión de Italia, después, a partir de 2001, el federalismo, reforma del Estado que permitiría una reducción de las transferencias de recursos del Norte hacia el centro (o sea el gobierno romano) y el Sur. Un federalismo del cual mucho se ha hablado en estos últimos quince años pero hacia el cual se han dado pocos pasos concretos: a una reforma oportunista del centro – izquierda en 2001 (descentralización), siguieron intentos más ambiciosos del centro derecha no convertidos en medidas concretas.

De hecho, de federalismo se habla constantemente en Italia, pero se practica muy poco, tanto que la tendencia de los últimos gobiernos ha sido más bien la de recentralizar el gasto, también para cumplir con las exigencias de convergencia europea.

En realidad, es más avanzado el federalismo en España, puesto que las comunidades autónomas poseen al final competencias mayores que las regiones italianas, aunque la actual crisis financiera ha puesto en evidencia que la descentralización ibérica, que

durante años pareció uno de los mayores éxitos de la democracia española, está ahora en vilo debido a los altísimos déficits acumulados por las comunidades autónomas (que, para decirlo todo, ejercen las competencias más caras, como sanidad y educación, donde se concentran buena parte de los recortes efectuados por los gobiernos de Zapatero y Rajoy).

En Italia, hablar tanto de federalismo ha tenido hasta ahora como resultado de alejar aún más los italianos, sin que se pueda notar una apreciable mejora de la gobernanza a favor de los ciudadanos, dado que las reformas han sido parciales e incompletas.

Es verdad, se han introducido, en un país profundamente parlamentario como concepción de la política (los italianos son portadores de una tradición de tribunos que remonta a la época romana, nuestra historia política está hecha de grandes discursos y pocos hechos) elementos de presidencialismo como la elección directa de los alcaldes y de los presidentes de región, a los cuales les gusta definirse “gobernadores” por moda americanista, otro elemento fundamental de la italianidad que no existe en España. Hasta 1985, alcaldes y presidentes de provincias y regiones eran elegidos indirectamente por los concejales, lo cual reducía mucho visibilidad y responsabilidades del alcalde o presidente. En 1993 se introdujo la elección directa de estos cargos, lo cual ha modificado bastante rol y visibilidad de los alcaldes y presidentes de región, que hoy se han vuelto piezas clave del sistema político mientras que en la “Primera República” eran simples funcionarios de partido delegados a tareas subalternas. A este nuevo rol no ha correspondido sin embargo una modificación de poderes y recursos, por lo cual en general a la mayor visibilidad no sigue una equivalente capacidad de acción sobre el terreno, lo cual se debe paliar con carisma personal y relaciones públicas. El creciente control de la Liga de municipios y regiones del Norte no trajo consigo memorables mejoras en la gestión y ese cambio radical que las premisas políticas parecían anunciar. Los casos más clamorosos de popularidad fueron el alcalde Tosi en Verona y Gentilini en Treviso, pero eso dependió sobre todo de su carisma personal que de un verdadero cambio en las reglas del juego. Arrastrados por el entusiasmo inicial, la Liga gobernó también Milán de 1993 a 1997, sin que se recuerde esa época como especialmente eficaz para la metrópolis milanese.

La Liga, más que traer la revolución anunciada, se ha progresivamente transformado en un partido “normal”, con altas y bajas en su consenso, siempre alto en el Norte, con

notable influencia en el gobierno central, mediante su alianza con el centro – derecha o cuando regaló al centro – izquierda de Prodi su victoria de 1996 al correr por su cuenta.

Sin embargo la Liga Norte, fenómeno relevante de rechazo de la vieja política, no consiguió ni la secesión ni un verdadero federalismo, ni imponer un cambio real en la manera de gestionar la política italiana. Y hoy se la ve también como “vieja política”.

En España, el modelo autonómico, introducido en la transición de los ochenta, ha producido en general buenos resultados, aún cuando, ya le hemos visto, esté ahora en discusión debido a la deuda acumulada por las administraciones autónomas. Entre las lecturas positivas del sistema autonómico, hay que subrayar como respondió al deseo de singularidad y autonomía que las regiones españolas poseían después de años de marcado centralismo. Las administraciones autónomas han permitido sacar la energía y el potencial de los diferentes territorios españoles, que entre otras cosas han podido contar durante mucho tiempo con importantes fondos regionales europeos, que España recibió con abundancia hasta hace poco. España en su conjunto también beneficiaba de los fondos de cohesión económica y social, reservados a los países cuya renta media era inferior al 90% de la renta media europea.

Recursos abundantes, muchos de los cuales atribuido a las regiones, y la mayor autonomía de gasto generaron un periodo muy positivo para las diferentes comunidades españolas, durado casi treinta años. Esta situación permitió por un lado reducir en gran medida el desfase entre la renta media española y la europea, pasado del 71.6% en 1986 al 90.1% en 2006 (99.2% comparado con la Europa del los veinticinco, dato que alcanzará el 105% en 2007 para reducirse al 103% en 2009 y al 99% en 2011), pero también reducir mucho las diferencias regionales, muy fuertes, entre las diferentes regiones españolas.

En el gráfico de Eurostat (<http://epp.eurostat.ec.europa.eu/tgm/table.do?tab=table&init=1&plugin=1&language=en&pcode=tec00114>) se podrá notar la impresionante convergencia entre Italia y España, en tendencia negativa para la primera y positiva para la segunda, hasta la paridad en 2006 y el “sorpaso” en 2007. Italia vuelve a pasar por delante, pero en declive para ambos, en 2011.

En España no se ha dado por lo tanto el fenómeno de ampliación de las diferencias regionales “a la italiana”, y este es un gran éxito español que Italia puede de veras

envidiar.

Por otro lado, el surgimiento de la política autonómica le ha dado mucha importancia a los partidos regionalistas (llamados nacionalistas en España), que han por lo general conseguido imponer su peso contractual en Madrid, favorecidos también por un sistema electoral D'Hondt que atribuye los escaños por comunidades y le da mucho más peso, a paridad de votos, a partidos regionales que a partidos nacionales. Esta situación ha sido aprovechada con habilidad por los partidos regionales más fuertes en su comunidad (PNV en el País Vasco, CIU en Cataluña) para obtener concesiones cada vez mayores para su comunidad. De hecho, el poder y la parte de impuestos gestionados directamente por estas comunidades históricas han crecido progresivamente en el tiempo, tanto con gobiernos socialistas como populares, en función de la necesidad de apoyos que el partido al poder en Madrid necesitara para gobernar: pasó con González en 1993, con Aznar en 1996, otra vez con los gobiernos de Zapatero. Para dar una idea de las proporciones, del 5% del IRPF traspasado a las comunidades en 1993, se ha pasado al 50% en 2010, la última reforma. También para el IVA estamos en un 50%. Esta reforma favorece las comunidades más ricas, donde se recaudan mayores impuestos directos e indirectos.

Este aumento de peso de las comunidades fue acompañado por una ampliación de las materias de su competencia: de hecho, en los últimos años varias comunidades autónomas han aprobado sus nuevos estatutos, proceso muy delicado en el cual algunas regiones históricas como País Vasco y Cataluña han visto sus intentos de ver reconocida su soberanía y nacionalidad propia por las Cortes españolas frustrado (aún aceptándose una transferencia cada vez mayor de las competencias hacia las comunidades), mientras otras han visto aceptados su estatutos de nueva generación juzgados compatibles con la Constitución Española de 1977.

El fuerte desarrollo de las comunidades autónomas ha tenido entonces importantes consecuencias sobre la forma de organización territorial sobre el sistema político nacional, sobre el desarrollo del país y también sobre la visión cultural que las varias comunidades han desarrollado, en particular mediante el control de los sistemas educativos y el fortalecimiento del uso de las lenguas regionales, que se han convertido en el vehículo primario de comunicación en varias comunidades, especialmente en Cataluña, donde la lengua catalana ha ganado mucho terreno sobre la castellana entre las generacio-

nes escolarizadas en la nueva época. Otros casos similares, aún cuando menos logrados, se han dado en Galicia y en el País Vasco, donde se ha intentado extender el uso de la lengua local en detrimento de la nacional. Esto ha alcanzado a veces niveles discriminatorios hacia esos ciudadanos que prefieran expresarse exclusivamente en español castellano.

Las Comunidades Autónomas en dificultad

En el marco actual, las comunidades autónomas han padecido en carne propia los efectos de la crisis, habiendo visto sus recaudaciones menguar mucho y sus gastos mantenerse constantes: por esta razón, el gobierno Rajoy ha debido concluir un pacto de estabilidad parecido al vigente dentro de la Unión Europea, de manera a asegurar un proceso virtuoso que permita a España alcanzar los objetivos en materia de déficit acordados con Bruselas sin que las comunidades autónomas lo sobrepasen. Acuerdo que se vio facilitado por el hecho que 12 comunidades de 17 son actualmente gobernadas por el Partido Popular. Más en general, surgió hace poco en España un debate sobre la oportunidad de mantener un sistema institucional tan descentralizado, que no es federalista pero atribuye muchas competencias a las comunidades.

Este debate en Italia ha sido siempre menos claro, por dos razones: las regiones italianas poseen competencias generalmente menores que las españolas, y el debate sobre el federalismo está contaminado por los letales prejuicios Norte – Sur, que impiden un enfoque racional y equilibrado a la materia.

España e Italia en tiempo de crisis

Vistas unas de las características que acercan los dos países (revolución industrial relativamente tardía y concentrada en algunas regiones más cercanas a Europa, que se volverán más prosperas; importante rol del Estado en la economía, reducido a partir de los ochenta y noventa por numerosas privatizaciones; marcadas diferencias regionales encaradas en forma distinta; problemática centro – periferia también vivida en modo diferente a pesar de las indudable similitudes), pasemos ahora a analizar lo que une y lo que divide España e Italia en este momento en el cual ellas parecen haber asumido el poco envidiable rol de “aguafiestas”.

Del verano 2011 en adelante, España e Italia se han alternado en este papel de “terror” de los mercados, que en el caso de Italia le ha valido el papel irónicamente

definido de “superpotencia inconsciente” por la revista Limes. Paradójicamente, Italia habría encontrado por defecto ese lugar preeminente que ha ido buscando desesperadamente desde la unidad, sin de verdad encontrarlo nunca, a pesar de la ilusión de potencia del fascismo y los años vividos como frontera entre Este y Oeste.

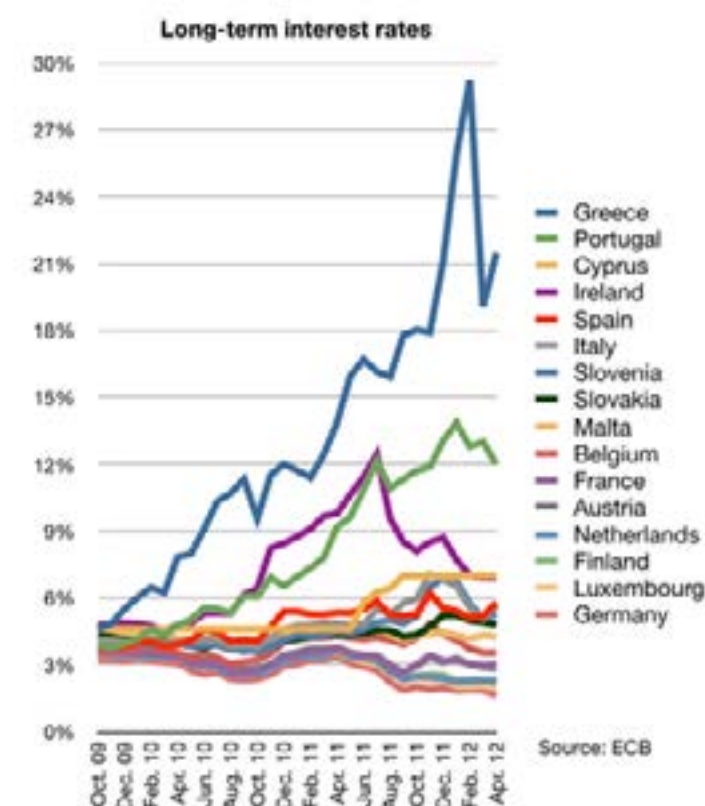
Claro que se puede dudar que ser considerado potencia en negativo, por los daños que puedes causar y no por los beneficios que puedes sacar sea tan interesante, aún teniendo en cuenta las interesantes hipótesis de Caracciolo en la introducción al número “Alla Guerra dell’Euro” de la misma revista, según la cual Italia podría aprovechar su debilidad actual para sabotear los planes eventuales de quién querría una división entre un Norte virtuoso y un Sur manirroto, contribuyendo de esta forma a un relanzamiento sobre nuevas bases del proyecto europeo.

Durante el verano de 2011, en contemporánea con la saga americana de la tripla A perdida, que trajo las agencias de rating internacionales en los salones de las familias del mundo occidental, fue Italia que tambaleó. Una situación financiera bajo control fue de improviso denunciada urbi et orbi por la prensa, las agencias y multiplicada por los medios sociales, que descubrían en aquel entonces el sorprendente dato sobre la deuda pública italiana acumulada, de 120%. Que Italia poseía hace años, habiendo conseguido en los años de finanzas “virtuosas” reducirlo hasta el todavía elevado 102%, pero que volvió a dispararse hacia arriba cuando estalló la crisis en 2009.

La tensión contra Italia en los mercados continuará hasta la caída del gobierno Berlusconi (12 de noviembre de 2011), habiendo sido claramente auspiciada y en parte provocada por los socios europeos e internacionales, debido a las manifiestas indecisiones en la gestión de las reformas económicas necesarias para enfrentarse a la emergencia, que la coalición no conseguía aprobar (véanse los tres presupuestos de Tremonti aprobados en 2011, siempre más limitados que lo necesarios, sobre todo el primero que ignoraba la realidad y aplazaba todos los recortes a 2014 para evitárselos al gobierno, error pagado muy caro en los mercados en términos de credibilidad).

Después se entró en un periodo de calma relativa obtenida gracias al gobierno Monti, un equipo técnico pero apoyado en el parlamento por una amplia coalición política (el ABC, del nombre de los líderes de los tres principales partidos que le apoyan, Alfano para el PDL de Berlusconi, Bersani para el PD, Casini para la Unión de Centro), que ha permitido al nuevo gobierno aprobar, no sin dificultades reformas fiscales y de las

pensiones que durante un tiempo han calmado a los mercados.

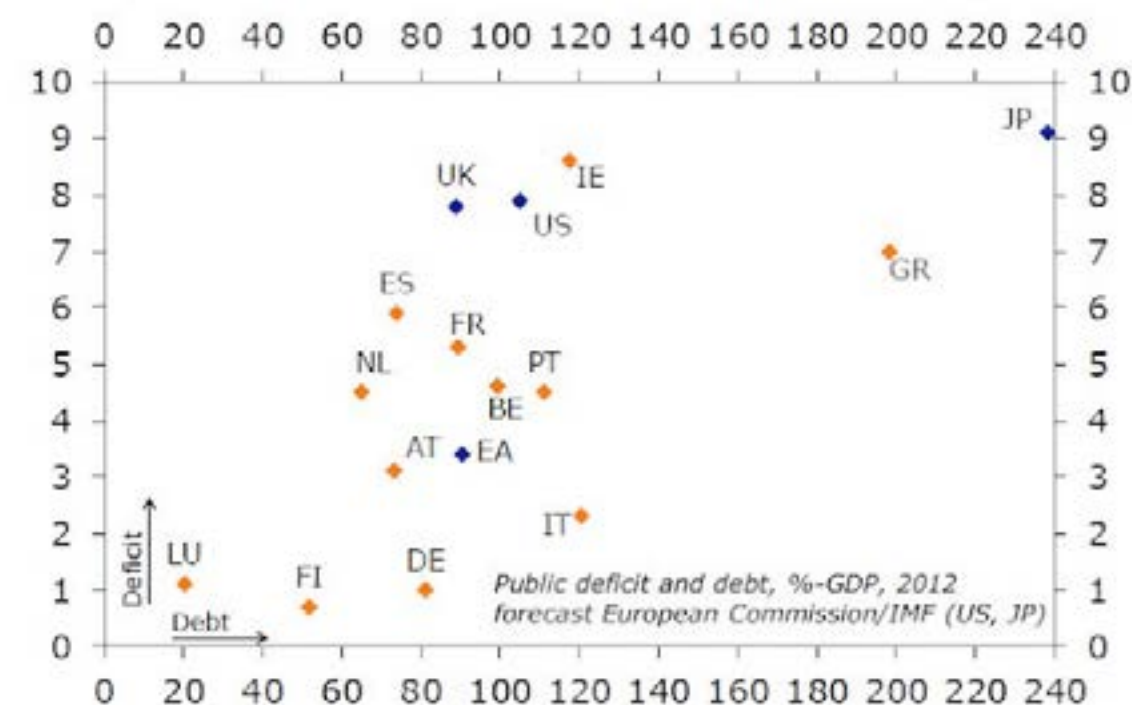


En el momento en el cual escribimos, es España que está en el ojo del huracán, inmersa en una crisis bancaria que ha requerido la intervención europea (algo similar a lo que pasó, en escala menor, a Irlanda) y parece a punto de derrumbar la eurozona.

España tiene una deuda acumulada mucho menor que la italiana, en realidad hasta inferior a la alemana (68.5% y 81.2% en 2011, datos Eurostat, frente al 120.1% de Italia). Sin embargo, ahora está bajo ataque debido a la debilidad percibida de las perspectivas de crecimiento peores

de la UE (con la excepción de Grecia) y la consecuente fragilidad de sus bancos, sobretudo del grupo Bankia.

Veamos esta gráfica de Rabobank, que enseña como la deuda de los países europeos en riesgo y la de la Eurozona sea en realidad inferior a la de EE.UU. y Japón. El debate sobre los europeos y en especial los mediterráneos “gastones” hay que reverlo:



Fuente Rabobank, en: <http://www.economicinpictures.com/2012/05/government-debt-and-deficit-euro-zone.html>

Los datos de endeudamiento 2011 (Eurostat) completos son los siguientes:

EU 27	82.5
EU 25	83.2
Eurozona 17	87.2
Eurozona 16	87.4
Alemania	81.2
Austria	72.2
Bélgica	98
Bulgaria	16.3
Chipre	71.6
Dinamarca	46.5
Eslovenia	47.6
Eslovaquia	43.3
España	68.5
Estonia	6
Finlandia	48.6
Francia	85.8
Grecia	165.3
Hungría	80.6
Irlanda	108.2
Italia	120.1
Letonia	42.6
Lituania	38.5
Luxemburgo	18.2
Malta	72
Países Bajos	65.2
Polonia	56.3
Portugal	107.8
Polonia	56.3
Reino Unido	85.7
Rep. Checa	41.2
Rumania	33.3
Suecia	38.4

Países virtuosos y pecadores: alguna simplificación de más

La situación que se desprende de estos datos no se corresponde mucho con las simplificaciones y leyendas habitualmente repetidas; si un club de virtuosos existe en la UE (recordemos que los países que no pertenecen a la Eurozona participan de todas formas del sistema de convergencia económica y monetaria y deben respetar las mismas obligaciones de buena gestión macroeconómica) no está compuesto por los grandes países, sino más bien por los escandinavos, incluida la súper virtuosa Estonia, que se sometió a un tour de force para entrar en la UE y en el euro, viéndolos como pólizas de seguro hacia Rusia: esta la razón de la aceptación de las drásticas medidas de austeridad emprendidas en la década pasada.

Llama la atención que Francia y Alemania tengan endeudamientos superiores a la acusada España, y que Gran Bretaña esté en una posición también similar. En general, los países de la última ampliación tienen buenas situaciones financieras, que les permitirían adoptar el euro (si lo quisieran, aunque de momento dichos planes están congelados).

Destacan también los casos de los tres países asistidos por el Fondo Europeo de Estabilidad, cuya deuda se ha agigantado en los últimos dos años debido a la ampliación del diferencial de los tipos de interés.

Grecia: 113 (2008), 129.4 (2009), 145 (2010), 165.3 (2011).

Irlanda: 44.2 (2008), 65.1 (2009), 92.5 (2010), 108.2 (2011).

Portugal: 71.6 (2008), 83.1 (2009), 93.3 (2010), 107.8 (2011).

En el caso de España, llama la atención la rápida deterioración de una situación de finanzas públicas que era buena antes de la crisis: del 40.2 del 2008, al 53.9 del 2009, el 61.2 del 2010, el 68.5 de 2011.

Es el resultado de la gran contracción de los ingresos seguido al repentino frenazo de la construcción ligada a los sub prime, de los cuales los bancos españoles habían abusado, del relativo black out financiero y del enfoque keynesiano adoptado en 2009 y primera mitad de 2010 por el gobierno Zapatero, sin grandes resultados.

El caso de Italia es diferente: su deuda pública acumulada es en efecto elevadísima. Después de una década de reducción tendencial, en 2011 se ha vuelto a encontrar

en ese 120% que había alcanzado antes del euro, que había podido reducir en años de presupuestos más o menos virtuosos y gracias al efecto – euro (disminución a casi cero del diferencial entre los rendimientos de los títulos alemanes y los italianos, efecto desaparecido de repente en el verano de 2011). Si vamos a analizar los datos sobre el déficit anual de Italia y España, veremos que en 2007 España había obtenido un surplus de 1.9%, que se volvió déficit ya en 2009 (4,5%), y aún más en 2010 (11.2) y 2011 (9.3).

Italia, penalizada por el alto ratio deuda / PIB estaba en déficit, debido al peso del servicio de la deuda, ya en 2006 y 2007, años en los cuales había sin embargo alcanzado unos surplus presupuestarios al neto de los intereses, un fenómeno que se repitió de 1991 a 2008, por mucho que algunos consideren que los gobiernos italianos son estructuralmente incapacitados para gestionar correctamente sus finanzas.

De 1,6 en 2007, el déficit aumentó hacia 2,7 en 2008, 5,4 en 2009, para después bajar a 4,6 en 2010 y a 3,9 en 2011. Como es sabido, se prevé la vuelta al equilibrio presupuestario al neto de los intereses en 2013. Nótese que los datos franceses son peores que los italianos desde 2007 (-2,7 en 2007, - 3,3 en 2008, - 7,5 en 2009, - 7,1 en 2010, - 5,2 en 2011).

Italia y España están bajo presión por dos razones diferentes: España no tanto por su deuda pública acumulada que, aún aumentando rápidamente en los últimos años, queda en línea con los promedios europeos (recordemos que Maastricht preveía una deuda pública de 60% y España a penas la supera), cuanto debido a la deterioración rápida de sus cuentas anuales, causada por una contracción de su actividad económica mayor que el resto de la UE. Esta contracción, acompañada por niveles muy altos de paro, hace pensar que España podría no aguantar dentro de la eurozona, pero en realidad esos temores son algo exagerados, porque las actuales políticas de saneamiento parecen más que suficientes para reenderezar el barco, renegociando algo el calendario para hacer más soportable el coste social de las medidas (de hecho, el gobierno español ha obtenido en la cumbre de finales de junio un año más para su proceso de reducción del endeudamiento).

En el caso italiano, el problema no son tanto las cuentas anuales, cuanto la deuda preexistente: el último gobierno Berlusconi había escogido como línea política la de contar a los italianos que todo iba bien, esperando que la ecuación se resolviera sola

y que la crisis pasar sin que las cuentas se deterioran demasiado mientras tanto. Pero este espejismo se disipó en agosto de 2011, cuando de repente a Italia se le cayó encima todo el peso de la monstruosa deuda pública heredada, que hubiera sido tan útil llevar bajo los 100 puntos en los años en los cuales esto habría sido posible (los de la Segunda República).

La sostenibilidad de las finanzas italianas.

Si el problema de Italia es la deuda pública comparada con el PIB, ¿no habrá otros aspectos de las finanzas italianas que merezcan atención?

Bien, el análisis de los fundamentos fiscales llevado a cabo en 2011 por el FMI (<http://www.imf.org/external/pubs/ft/fm/2011/02/pdf/fm1102.pdf>) nos reserva más sorpresas. Italia sale mal parada en tres de los siete indicadores: deuda pública sobre el PIB, que ya vimos, necesidades financieras brutas en porcentaje del PIB (22,6%, el tercer peor dato entre las ocho primeras economías mundiales, empeorado solo por Japón (57,8% y Estados Unidos con 27.3%, con Francia en 20%, España en 19,6%, Reino Unido en 15,5%, Alemania en 10,7%) y diferencia entre tipos de interés sobre la deuda pública y crecimiento del PIB en proyección 2012: (2,2 la peor delante de España, 1, Canadá y Alemania, 0,5, Japón 0,4, mientras Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia tienen saldos negativos, o sea el diferencial es a su favor).

Sin embargo, los indicadores sobre pensiones y sanidad (calculados como variación en porcentaje del gasto público necesario para financiarlos hasta 2030) son positivos para Italia, lo cual pone en evidencia la sostenibilidad de sus sistemas de pensiones y de salud: serán necesarias variaciones bien mayores para Alemania (1,3 – 0,9), Gran Bretaña (0,9 – 3,3) y Estados Unidos (1,1 – 5,1). España está en 0,5 – 1,6: alguna preocupación para el sistema sanitario, pero el sistema de pensiones está bajo control. Japón y Francia tienen la mejor situación para las pensiones, Italia para la sanidad. En conjunto, la mejor situación entre las grandes economías mundiales es la italiana.

El italiano resulta ser también el sistema financiero más sostenible al neto de los intereses financieros, es decir considerando solo ingresos y gastos (avance primario corregido cíclicamente). Italia tiene el mejor dato (-1,9), delante de Alemania (-0,6). Todos los demás tienen datos de signo contrario, que evidencian una menor sostenibilidad a largo plazo: Francia 2, España 2,9, Reino Unido 3,5, Estados Unidos 4,8.

Un problema de credibilidad percibida.

Si esta es la verdadera situación, ¿por qué los medios presentan otra tan distinta? Y ¿por qué el gobierno Monti ha cortado las pensiones si ellas resultan sostenibles a largo plazo, contrariamente a los rumores que circulan por allí? El dato demuestra que no es verdad que, más allá de las pensiones – baby del pasado o del trato privilegiado para los parlamentarios, los italianos se concedan pensiones de oro con el dinero “de los alemanes”. Puede que sea el caso de los griegos, pero no dispongo de los datos para afirmarlo con certeza, pero es seguro que es el caso para los italianos, que pueden perfectamente pagarse sus pensiones.

El gobierno Monti tuvo que cortar las pensiones porque, en una óptica de corto plazo, representan uno de los gastos principales, que permite conseguir ahorros inmediatos, como pasa también para el aumento de la presión fiscal, que provee unos ingresos adicionales casi en seguida. Se tuvo que recorrer a esas medidas para convencer a los mercados de la seriedad de los gobiernos italianos, que en realidad habían emprendido ya reformas razonables en estas materias, mejores que las de otros gobiernos que hoy dan clases.

La medida adoptada por Monti era probablemente inevitable en el contexto actual, pero sigue siendo paradójica. ¿Como callar una prensa internacional que te bombardea constantemente, acusándote de lo contrario? Está apareciendo uno de los puntos claves de nuestro análisis: el desfase entre percepciones y realidad, que está penalizando sobremanera nuestros dos países en un mundo del cual no controlan los flujos de comunicación. La percepción creada penaliza España e Italia más allá de sus deméritos, que sin embargo existen.

En el mismo estudio del FMI se calcula el esfuerzo solicitado a diferentes países para alcanzar una deuda del 60% del PIB en 2030: Italia deberá obtener un avance primario de 3.1%, Alemania algo menos, 2,3%, pero Francia un altísimo 6,3%, España 8,3%, el Reino Unido 9,1%, Estados Unidos 10,8%. Una vez pasada esta crisis, Italia no está tan fuera de la ruta, mientras España deberá penar aún durante mucho tiempo.

Las recientes tensiones sobre España han impulsado hacia arriba los spreads entre los rendimientos italianos y alemanes, bajando estos últimos a un surrealista cero (las últimas emisiones de títulos alemanes han sido consideradas tan seguras que han sido

vendidas aún no ofreciendo ningún rendimiento, sintiéndose los inversores satisfechos por la simple devolución del capital) y subiendo el diferencial a cuotas superiores a los 500 puntos, intolerable a largo plazo. Hasta más altas las diferencias con los rendimientos españoles.

Estos altibajos han producido un lamentable blame game entre políticos españoles e italianos, que se han ido acusando unos a otros de ineficacia. Exactamente el tipo de actitudes a evitar, que demuestran visiones de corto plazo y poca firmeza. España e Italia tienen interés en hacer equipo, porque no existe un escenario en el cual un país se salvaría y otro no. Es por lo tanto absurdo regañarse los unos a los otros en un marco en el cual cada declaración se mira con lupa e rebota por los medios del mundo entero más allá de su verdadera importancia.

El éxito prometedor de la cumbre europea del 28 – 29 de Junio, en la cual España e Italia, coordinando sus posturas y apoyadas por Francia han obtenido una parcial corrección de ruta por parte de Alemania es una demostración de lo anterior.

En el caso de España, el problema, más que de consistencia de la deuda pública acumulada, de por sí sostenible, está en los negativos datos recientes de crecimiento, bastante grises para el futuro próximo, y en la gigantesca acumulación de deuda privada, tanto bancarias como de las familias, que alcanza el elevadísimo 231% del PIB cuando sumadas a la deuda pública.

Italia tiene la peor deuda pública, pero también las familias y bancos menos endeudados de Europa, dato que subrayaba con frecuencia y con razón el anterior ministro Tremonti. En 2009, al comienzo de la crisis, la deuda acumulada de las familias italianas era de 524.000 millones (34,2% del PIB), mientras para las familias francesas era de 942.000 millones (49,1%), en España sube a 83,6% del PIB, en Alemania 63,5%, en Gran Bretaña incluso más de 100% (datos CGIA).

Este resultado, que arroja nueva luz sobre el caso italiano, es el fruto de una tendencia secular al ahorro muy presente en las familias italianas, y del todo opuesta a la reputación no merecida de “despilfarradoras”. Históricamente, Italia y Japón han sido los países más ahorradores, En el caso italiano, las remesas de los migrantes financiaron en buena parte el desarrollo industrial nacional en los años sesenta y setenta.

Muy diferente la cultura anglosajona, que desde los años ochenta ha usado del arma

crediticia para estimular el crecimiento, endeudando las familias más allá de lo sostenible. Curioso que intereses financieros de ese origen digan ahora que el problema son “los excesos de los latinos”.

La financiarización de la economía española

Por su parte, los españoles vienen de una tradición diferente. Las familias españolas consiguieron generar ahorros consistentes solo a partir de los años setenta. Antes, también en España las remesas de los emigrantes habían tenido un efecto virtuoso sobre el ahorro. Pero será solo a partir de los años setenta que el desarrollo económico se acelerará tanto como para dar lugar a consistentes acumulaciones de capital, canalizadas en un sector bancario que se ha modernizado notablemente en los años ochenta: de las siete hermanas se ha pasado a una nueva generación de banqueros que han plasmado unas nuevas finanzas ibéricas, a través de múltiples fusiones que le han cambiado la cara y la sustancia a la finanza española, promoviendo un impetuoso proceso de expansión centrado en primer lugar en Latinoamérica.

Estas “finanzas agresivas”, muy promovidas en los años de Aznar (con Rato ministro de Hacienda) impulsarán una huida hacia adelante de la economía española con base en el ladrillo y en el estímulo financiero. En los últimos veinte años se ha en la práctica edificado una nueva España: nuevas infraestructuras, con duplicación de las unidades de habitación, tanto en ciudades y pueblos como en las zonas turísticas. Sin duda un exceso, que sin embargo tuvo un efecto de atracción de los ahorros de las familias, que se alimentarán un endeudamiento masivo del cual hoy vemos los resultados.

En el actual estancamiento económico, este endeudamiento excesivo se ha vuelto una losa, y los gobiernos españoles han tenido poca creatividad en intentar buscar salidas para ayudar a las familias a hacer frente a sus deudas: es una bomba de relojería que hay que desactivar. En lo que concierne el sector bancario, el español ha sido golpeado de lleno por el desastre de los subprime: la banca española, mucho más globalizada que la italiana, había adquirido gran cantidad de ellos, y se había alimentado de inmuebles, valorados en sus balances al precio de compra, y ahora mucho menos valiosos.

El endeudamiento del sector bancario español es el problema del momento, como ha puesto en claro el reciente caso de Bankia, uno de los principales grupos españoles: se necesitan 23 mil millones de euros para salvarlo, entre 51 y 62 para estabilizar el

sector bancario español en su conjunto, operación que se ha finalmente anunciado, después de muchos titubeos, el 9 de junio mediante la concesión por parte de los países de la eurozona de créditos blandos por 100 mil millones de euros. Una cantidad expresamente superior a las necesidades identificadas por los estudios del FMI y al pedido de Madrid, de manera a lanzar un mensaje claro no tanto sobre la situación de la banca española cuanto sobre la solidez del euro.

Una operación de esta naturaleza no parece necesaria en Italia, país cuyo sector bancario es ultraconservador y no siguió para nada el molde español en su expansión internacional, preocupado más bien con defender sus posiciones internas.

La operación española es muy importante por lo menos por dos razones: demuestra una voluntad de los países de la eurozona de apoyar una economía hasta ahora considerada “demasiado grande para ser rescatada” (palabra inadecuada, estamos hablando de momento de la concesión a condiciones mejor que el mercado a los bancos en dificultad para permitirles recapitalizarse después el golpe sufrido por su patrimonio por la crisis y los cinco años siguientes de sufrimiento, que han hecho necesario lo que había parecido evitable en 2010 – 11), transmitiendo un mensaje claro sobre la voluntad de apoyar al euro.

Por otro lado, después de los planes griego, irlandés y portugués, este apoyo a España cambia de naturaleza. El Fondo Europeo de Estabilidad no se emplea solo para apoyar los presupuestos públicos de los países en dificultad, como hecho hasta ahora, sino que se adapta a la especificidad de los problemas a resolver. España tiene actualmente un problema de déficit público (como hemos visto, no tanto de deuda acumulada) que está intentando resolver, pero sobre todo un problema de posible insolvencias bancarias que la situación presupuestaria de Madrid no podrían cubrir solas. Esto justifica la intervención europea, que idealmente hubiera debido financiar a los bancos directamente, sin pasar por la hacienda española. El hecho que de momento no fuera posible hizo que se tomara la decisión que las ayudas transitaran temporalmente por el FROB (Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria), aumentando de paso la deuda española, lo cual no es ideal aún siendo transitorio. Sin embargo, la cumbre del 28 – 29 de junio corrigió ese aspecto, sin que a primeros de julio todos los detalles estuvieran claros. Por otro lado, el plan para España debería evitar el contagio a la moneda única en caso de “default” de bancos españoles. Es probable que en futuro se modifi-

quen las modalidades de este plan para aligerar el peso sobre las cuentas españolas y que se haga posible, mediante acuerdos entre los miembros de la eurozona, financiar directamente a los institutos de créditos europeos desde el futuro mecanismo Europeo de Estabilización Financiera.

Las concesiones para la concesión de los préstamos a los bancos españoles en dificultades son ilustradas en el documento (<http://ep00.epimg.net/descargables/2012/07/10/14540e59ee5504648623c2bb5da808b8.pdf>).

Los planes europeos

Los planes de rescate para Grecia (2010 y 2012), Portugal e Irlanda habían consistido en créditos concedidos por los miembros de la eurozona a estos tres países para ayudarles a enfrentarse a las dificultades que encontraban para renovar sus créditos a su vencimiento, debido a la importante subida en la prima de riesgo. Los créditos hubieran debido permitir a los países refinanciarse a costes de mercado, a cambio de su compromiso de mejorar sus finanzas públicas mediante planes de ajuste. Al final de este proceso, los países hubieran visto sus costes de endeudamiento volver a la normalidad y devolver los créditos a costes razonables, volviendo después a los mercados pudiendo contar con cuentas públicas saneadas.

Hasta ahora, estas hipótesis no se han concretado en Grecia, cuyos datos económicos y financieros no han mejorado a pesar de los planes de rescate, y solo en parte en Portugal, que aún con dificultades está siguiendo un camino más lineal. La problemática irlandesa era diferente: las cuentas públicas de Dublín estaban en orden, pero era el sector financiero, muy expuesto a las “finanzas creativas” que era insolvente. El plan de estabilidad vino a apoyar al Estado irlandés en su esfuerzo de soporte a los bancos, lo cual ha provocado un empeoramiento repentino de las cuentas públicas que ya hemos visto.

Nos podemos preguntar si la intervención irlandesa ha sido la más adecuada, o si no hubiera sido mejor permitir ya entonces que el fondo de estabilidad financiara directamente a los bancos, sin pasarle la deuda al Estado, que después necesitó ayuda. Caso que se repitió, en menos escala, en España.

Los dos planes griegos (mayo de 2010 y julio de 2011) sumaron un total de 219 mil millones de euros (110 y 109), precedidos por un préstamo preferencial de 30 mil

millones en abril de 2010. En el primer caso, 30 mil millones vinieron del FMI y 80 mil de la eurozona, mientras en el segundo caso todos los fondos vinieron de la eurozona. Además de estos fondos, los bancos renunciaron a 50 mil millones, estas sí pérdidas materializadas (el resto de los fondos será devuelto).

El plan irlandés (diciembre de 2010), fue de ochenta y cinco mil millones (22.5 FMI, 62.5 UE).

El portugués (mayo de 2011), fue de setenta y ocho mil millones (26 FMI, 52 UE).

Como se ve. España no se reveló “too big to rescue” porque su plan es más modesto y se focaliza en un problema específico, el de la posible insolvencia bancaria, a evitar a toda costa por sus efectos en cadena sobre el resto de la economía. Cuando durante meses observadores poco atentos han repetido que España no era “rescatable”, se referían a una multiplicación de operaciones como las descritas, adaptadas a las dimensiones de la economía española. Lo que hubiera significado un plan de 300 – 400 mil millones, dimensión que parece insostenible. Pero la operación española es diferente y más pequeña. El plan griego y el portugués eran más integrales, y en apoyo a los presupuestos públicos; el irlandés un híbrido, dado que se ayudó el estado irlandés para que pudiera a su vez apoyar a la banca. A primeros de agosto, el spread sigue siendo elevadísimo, y la eventualidad de un segundo rescate a España más probable: sin embargo, no se tratará de un plan global, sino de la posibilidad por BCE y Mecanismo Europeo de Estabilidad de adquirir títulos españoles para reducir el spread: mecanismo que se podría eventualmente utilizar para Italia también y que Monti define “escudo anti-spread”.

Apoyo a la banca: cada uno por su cuenta

Hasta hoy, la UE había encarado la crisis bancaria seguida a la global siguiendo el principio “cada uno se ayude a sí mismo”. Cada país había adoptado hacia su sistema bancario las medidas que había considerado oportunas, sin “europeizar” la solución. Según los datos de la Comisión europea, el Reino Unido ha gastado 850.2 mil millones de euros entre esquemas de garantía, de recapitalización e intervenciones individuales. Alemania 587.6 mil millones; Irlanda 455.6 mil millones; Francia 351.5 mil millones; España 329 mil millones; Holanda 256.2 mil millones; Austria 90.5 mil millones; Italia solo 20 mil millones, dato que confirma nuestras consideraciones anteriores sobre la salud de fondo del sistema bancario italiano (que se salvó no por prudente,

sino por errado y conservador, lo que se volvió útil en este caso).

El total de ayuda por parte de los países de la UE a sus bancos ha sido de 2988 mil millones de euros. Muchos más que los 100 mil usados para salvar los bancos españoles y proteger el euro. El plan español es el primero que ha “europeizado” el apoyo a la banca, superando la óptica restringida del “cada uno se ayude a sí mismo”, contradictoria con la esencia misma de la integración europea.

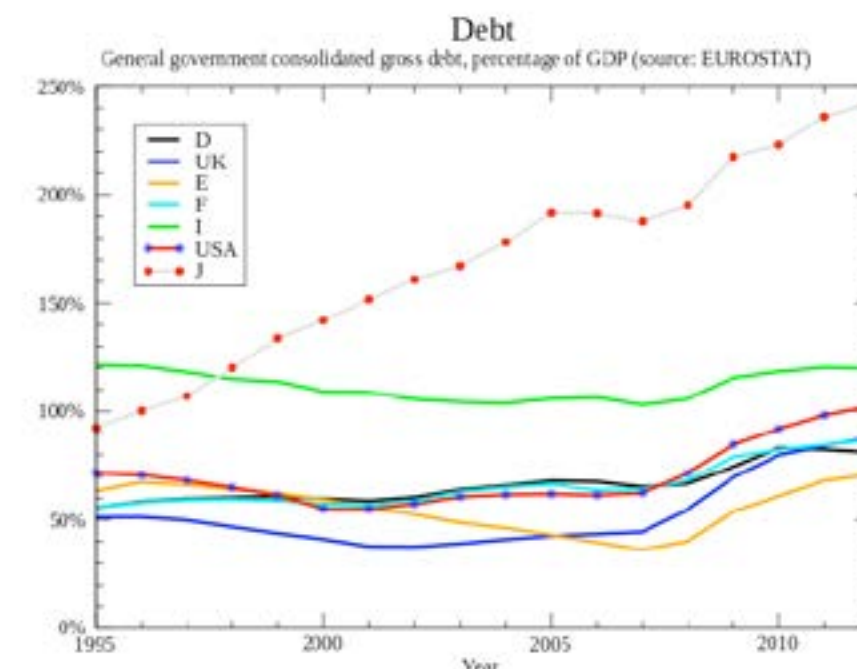
La poca exposición de los bancos italianos al riesgo, evidenciada también por las sucesivas pruebas de resistencia de 2010 y 2011, subraya una de las principales diferencias entre la situación española y la italiana. Los bancos españoles están sobreexpuestos al riesgo y al factor inmobiliario, quizás solo los irlandeses estaban peor en toda la UE, mientras la banca italiana es más sólida. Dato que confirma también la cuota de las actividades bancarias sobre el PIB: 2.46% en Italia, 3.28% en España, 3.09% en Alemania, 4.01% en Francia, 6.04% en Gran Bretaña, 9.99% en Irlanda (datos extraídos de Limes 6/2011, “Il declino delle nostre banche”, Angelo Baglioni). La economía italiana es la menos financiera del entrono europeo y esto, paradójicamente, ayuda al país en el medio de una crisis financiera. Los recursos usados por los gobiernos respectivos en apoyo al sector financiero en porcentajes del PIB son la siguientes: Irlanda 278.58%, Reino Unido 54.27%, Holanda 44.93%, Austria 32.68%, España 31.3%, Alemania 24.41%, Francia 18.41%, Italia ¡1.32%! (Limes, ibídem). Por lo tanto, el sector financiero italiano es sólido y no necesita apoyos europeos. El riesgo relativo que enfrentan los bancos italianos no deriva de la exposición al riesgo exterior, sino del alto componente de deuda pública nacional poseídos por los bancos italianos. Una equiparación con el caso español es por lo tanto errada.

El problema italiano sigue siendo la deuda pública acumulada

El gran problema italiano es la deuda pública acumulada, la cuarta en el mundo en términos absolutos, la segunda en porcentaje del PIB entre los países industriales. La deuda pública más elevada en términos absolutos es la estadounidense (15.889 mil millones de dólares el día 8 de julio de 2012, según calculado por el US debt clock http://www.brillig.com/debt_clock/), lo que corresponde al 95% del PIB y en constante crecimiento. La deuda japonesa era en 2011 de 13.640 mil millones de dólares – 233,1% del PIB. La alemana es la tercera en términos absolutos, 2080 mil millones de

euros en 2010 (83.2% del PIB). Italia está en el cuarto lugar, con 1897 mil millones de euros en 2011 – 120.1% del PIB.

La evolución de la deuda pública en los principales países puede ser visualizada en el siguiente gráfico:



Los datos evidencian un aumento constante de la deuda pública japonesa, sin embargo detenida a altura de 95.3% por nacionales, lo cual reduce sensiblemente su efecto destabilizante. 29.6% de la deuda está en manos de no residentes. Las posiciones de los países europeos están mucho

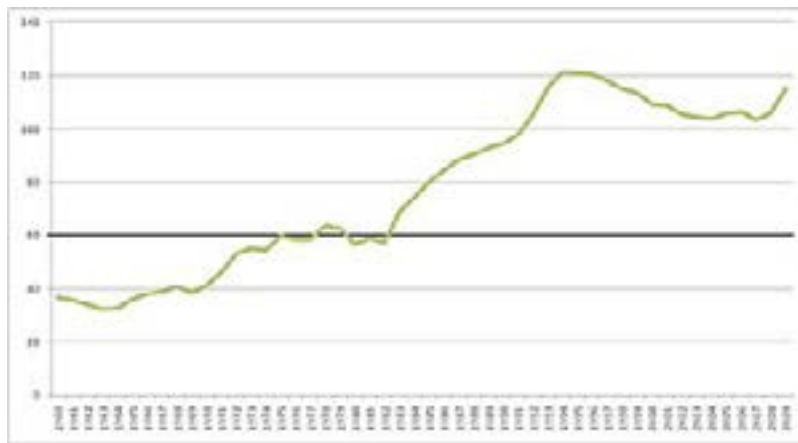
más interrelacionadas, un punto a menudo no comprendido por los observadores externos a la zona, que infravaloran el enorme grado de integración alcanzado en los mercados europeos: puede parecer una muestra de debilidad en el contexto actual, pero es también una condición para evitar los colapsos de los cuales se habla. 52.1% de la deuda pública de los países de la zona euro está en manos de no residentes en el área. La deuda italiana está en manos italianas a altura del 42.4%, un dato similar a la española (42.1%). Para Francia el dato es 57.8%, para Alemania 50.1%, para Portugal, Irlanda y Grecia estamos a alrededor de 50 para el primero, de 55 para los otros dos. Gran Bretaña, fuera de la zona, tiene un porcentaje de deuda pública en manos de residentes mucho más baja. (23.1%). El proceso de integración en el interior de la eurozona ha conllevado un poderoso flujo de inversiones en títulos de otros países de la misma eurozona: como dicho, es punto débil que puede convertirse en un punto de fuerza, porque aumenta la interdependencia y la necesidad de respuestas comunes.

¿Como se generó la ingente deuda pública italiana? La respuesta más obvia es por el sistemático acumularse de deuda presupuestarias, o sea de ingresos estatales generalmente inferiores a los gastos (en una proporción anual media de 50 a 47 en los últimos cuatro años).

En 1963, la deuda pública era de 32.6%, el valor mínimo de la posguerra. Desde

entonces, solo crecerá hasta los años noventa. El gasto público aumenta debido a la introducción de las políticas de welfare y del uso de políticas keynesianas centradas en una expansión del gasto público para alimentar la demanda, del 29% del PIB en 1960 a 53.5% en 1990.

Tales decisiones son el fruto de políticas en buena medida acordadas entre gobiernos de la Primera República, empresas y sindicatos, en el marco de un consenso dirigido a mantener la paz social. Estas políticas expansivas no son sin embargo alimentadas por un aumento correspondiente de la presión fiscal, que pasa de 25% en 1960 (inferior por lo tanto al gasto en aquel año) a 34.6% en 1985, muy debajo del gasto. La presión fiscal media europea en ese año es de 41%.



En los años ochenta la deuda pública se estabiliza en un 10% anual, insostenible a largo plazo. La fuerte inflación mantuvo relativamente bajo control la deuda pública en los setenta: los títulos de estado no adquiridos por el mer-

cado son automáticamente absorbidos por el banco de Italia. En 1981, esta práctica terminó. El banco de Italia se vuelve independiente y ya fue obligado ya a adquirir los títulos sobrantes. Dado que el gasto continuó subiendo y la presión fiscal no en la misma proporción, no podía que aumentar la deuda pública, que subió hasta 121.8% del PIB en 1994, mientras el dato de las tres principales economías europeas, Francia, Alemania y Gran Bretaña, quedaba por debajo del 50%.

Ese nivel de endeudamiento hizo parecer quimérica la posibilidad para Italia de alcanzar entrar en la Unión Económica y Monetaria prevista por el tratado de Maastricht, que preveía un 60% máximo de deuda pública o por lo menos una tendencia a la reducción hacia ese valor. Desde 1992 en adelante, los últimos gobiernos de la Primera República (Amato y Ciampi), y luego los de la Segunda (Berlusconi, Dini) persiguieron ese objetivo, dedicándose sobre todo a racionalizar el gasto público y aumentar progresivamente la presión fiscal para alcanzar el objetivo europeo.

El gobierno endeudado y su némesis

Cuidado: el problema no era Europa, sino los equilibrios implícitos en el modelo gestional de la Primera República italiana, cuyas decisiones políticas no tenían para nada en cuenta su sostenibilidad económica a largo plazo. Con la notable excepción del Partido Republicano, las otras fuerzas del "pentapartido" no se preocuparon de esta dimensión. Emblemática la observación que Giulio Andreotti le solía hacer a Giorgio La Malfa, líder republicano: "siempre vaticináis desastres, pero estos no llegan nunca". Andreotti fue mal profeta: fueron justamente la incompatibilidad financiera con los objetivos del Tratado de Maastricht y el miedo de perder el tren europeo, un verdadero tabú para esa Italia europeísta como nadie (exceptuado por los incumplimientos del derecho comunitario, pero ese es otro tema) que llevaron al cambio político más grande de la posguerra: el fin, en pocos meses, del sistema de poder centrado en la Democracia Cristiana y en su eterno opositor, el Partido Comunista Italiano, que disponía de cuotas importantes de poder local y en cierta medida participaba del poder público, financiado con deuda.

Los primeros años noventa son periodo de grandes turbulencias: a la caída del muro de Berlín, con efectos revolucionarios sobre un país políticamente bloqueado como Italia, en el cual al principal partido de oposición le era vetado ir al gobierno porque sospechado de conexiones con una potencia extranjera (la URSS), se asociarán el fin de la Primera República y, ligado a ello, la revuelta mafiosa.

Cosa Nostra, sospechosa hacia los cambios en curso, que podían afectar su consolidada base de poder (ligada a los viejos partidos), lanzó una ofensiva que le costó la vida, entre muchos otros, a los jueces palermitanos Falcone y Borsellino, puntas de lanza de un ataque judicial sin iguales contra las poderosas organizaciones del crimen organizado. Arraigadas en el Sur del país, pero activas en toda la península (y cuya influencia sobre el gasto público en las regiones del Sur explica en buena medida la poca eficacia, a pesar de su notable dimensión, de los fondos a ellas atribuidos, tema que ya tocamos).

Por todas estas razones, reducir el déficit público se vuelve la prioridad: contrariamente a las leyendas que quisieran fisiológicamente imposible para cualquier gobierno italiano equilibrar ingresos y gastos (leyenda alimentada por la información difundida por los medios internacionales), Italia consiguió un avance presupuestario operativo, al neto de los intereses, desde 1991 a 2008. Los ingresos aumentaron en ese periodo,

alcanzando 43% en 1994, para bajar ligeramente y volver a 44% en 1998, bajar otra vez aún quedándose por encima de 40% para volver a subir a 43% en 2008. Esta evolución no fue acompañada por una radical reducción del gasto operativo (sin contar los intereses), pero sí por su racionalización, vistos los diecisiete años consecutivos de avances presupuestarios. Pero fue asociada sobre todo a una reducción del gasto por intereses, gracias a la reducción de los tipos de interés debida primero a la convergencia hacia el euro y después al euro mismo. Según la Ragioneria Generale dello Stato ("La spesa dello Stato dall'Unità d'Italia" – Enero de 2011), el gasto en intereses pasó de 10.1% del PIB en 1990, al frente de un promedio europeo de 5.8%, aumentó hasta 12.7% en 1993 (5.7% el promedio europeo), 11,5% en 1996 (5% el promedio europeo), para después bajar radicalmente desde las paridades fijas de cambio en adelante: 9.3% (4.5%) en 1997, 8.2% (4.2%) en 1998, 6.6% (3.7%) en 1999, tendencialmente a la baja hasta 4.6% en 2009 (2.3 el promedio europeo). En el caso de España, el gasto en intereses bajará de 5.1% del PIB a 1.6% en 2008 (1.8% en 2009). Son porcentajes notablemente más bajos que los italianos, debido a la deuda pública muy inferior acumulada por Madrid.

En lo que respecta el gasto público en proporción al PIB, tocará su máximo en 1993 (56.3% del PIL), para bajar diez puntos hasta el 2000, y estabilizarse después en valores entre 47 – 48%, y subir otra vez en 2009 (51.9% del PIB). Por referencia, todos los otros países de la UE oscilan alrededor de porcentajes similares de gasto público, entre el 45.9% de España y el 55.8% de Francia. Alemania está en 47.6% en 2009. Será entonces sobre todo el comportamiento del gasto en intereses que permitirá la reducción de la deuda pública del 124.8% del PIB en 1994 al 104% del PIB en 2007.

Por lo tanto, contrariamente a la idea difusa que el euro la habría penalizado a Italia, los datos demuestran que ha sido esencialmente el factor euro que ha permitido una reducción relativa de la deuda pública, que ha vuelto a subir cuando el spread entre títulos alemanes y de otros países se ha vuelto a ampliar en 2011 después de años de constancia.

La razón fundamental de esta diferencia no es económica, porque la gestión de las finanzas públicas ha sido, más allá de las apariencias, buena (Italia) o hasta muy buena (España, véase abajo). Es exclusivamente de percepción: los mercados perciben los sistemas institucionales italiano y español como más débiles que el alemán y por

lo tanto penalizan los costes financieros de estos dos países sobre la base de hipótesis futuras alimentadas más por prejuicios que por datos objetivos.

España, un gasto público controlable

En lo que respecta la evolución del gasto público en España, ha sido considerablemente inferior a la de otros países europeos: en 1995, último año del gobierno socialista de González, estaba en 44.4%, bajando en los años de gobiernos conservadores e Aznar hasta 38.4% en 2003, niveles en los cuales se mantiene hasta 2008 (incluyéndose por lo tanto también el primer gobierno Zapatero), cuando se dispara hacia arriba para tocar 45.9% en 2009 (coincidiendo con la respuesta "keynesiana" a la crisis).

Durante todo este tiempo, el gasto público español se mantiene entre seis y ocho puntos por debajo del promedio europeo. También en 2009 España todavía gasta cinco puntos menos que el promedio europeo. ¿España derrochadora? No es lo que dicen los datos, aunque la prensa internacional difunda otra imagen, totalmente falseada. En el periodo 1991 – 2009, Alemania se mantiene entre 46 y 49% (mucho más que España), con un pico de 54.8% en 1995. Francia entre 50 y 55%. En ambos casos bien por encima de Italia y España, los dos " malos ejemplos". Sorprendente, ¿verdad?

Véase en este cuadro la evolución de la deuda pública española, mucho más baja que la italiana e inferior al promedio europeo, no obstante el notable deterioro en los últimos tres años:

	Millones €	% PIB	€ Per Capita
2011	734.961 €	60,50%	
2010	641.802 €	61,00%	13.908 €
2009	561.319 €	53,30%	12.152 €
2008	433.611 €	39,80%	9.512 €
2007	300.061 €	30,10%	6.404 €
2006	389.507 €	39,60%	8.870 €
2005	391.083 €	43,00%	9.030 €
2004	388.701 €	46,20%	9.101 €
2003	381.591 €	48,70%	9.058 €
2002	383.170 €	52,50%	9.293 €
2001	377.806 €	55,50%	9.269 €
2000	373.506 €	60,30%	9.251 €
1999	361.556 €	62,30%	9.034 €
1990	345.953 €	64,10%	8.654 €

La Segunda República no genera nuevo déficit

Desde 1993, los gobiernos italianos han realizado un esfuerzo más o menos coherente de racionalización del gasto, ayudados en la reducción del coste financiero (factor euro), para no alejarse del núcleo europeo. Debido sobre todo a la coyuntura internacional (primero el 11 de septiembre y después la crisis global de 2008), los gobiernos de centro – derecha dirigidos por Berlusconi parecen haber sido menos eficientes en este proceso, pero habría que evaluar con atención también los datos de la evolución financiera en los mercados globales para no llegar a conclusiones precipitadas. Los periodos de gobierno del centro – izquierda presentan tendencialmente datos mejores de gestión macroeconómica.

La deuda pública, que ha vuelto a los niveles pre – euro por la crisis global, se ha vuelto a acumular y a su vez genera un fuerte gasto en intereses, que penaliza aún más el país en el momento en el cual el spread se ensancha más allá de los 500 puntos, nivel que provocó la caída del gobierno Berlusconi en noviembre de 2011.

El problema que encara Italia, que hemos visto haber tenido por mucho tiempo las cuentas bajo control y no tener un sector bancario excesivamente expuesto al riesgo externo, ni perspectivas dramáticas de finanzas públicas incluso a largo plazo, es el de la refinanciación de esa deuda acumulada de la Primera República.

La única forma para hacerla sustentable es gestionar adecuadamente las finanzas públicas a largo plazo: para llevarla a un valor aconsejable del 60% del PIB son necesarios entre quince y veinte años de avances presupuestarios, unidos a la vuelta de la calma en los mercados.

El escenario salida o fin del euro sería trágico para Italia, porque la deuda de por sí enorme aumentaría aún más cuando denominada en una divisa internacional de referencia (el dólar), y los costes de refinanciación serían altísimos, aún más que ahora.

Por lo tanto, el euro representa la salvación para los problemas financieros italianos, como ya lo fue en la última década.

Discrepo de las tesis de Oscar Giannino, según el cual habría sido la Segunda y no la Primera República a provocar el problema de la deuda pública: es un análisis falseado, porque calcula un ficticio “endeudamiento por día” por cada gobierno (entre otras cosas, la Segunda República se extendió menos que la Primera), sin considerar que los

intereses se autoalimentan, contribuyendo al aumento progresivo del gasto. Pero hasta 2008, la Segunda República disminuyó los déficits estructurales al neto de los intereses. Giannino tiene razón cuando subraya que los gobiernos de la Segunda República han cumplido solo en parte la agenda de reformas que habían prometido (especialmente el Polo de las Libertades, que se suponía interesado en una “liberalización” de la economía italiana), cuyo alcance real ha sido muy limitado), sin aprovechar plenamente de las oportunidades derivadas del euro (para nosotros muy importante, ya lo hemos visto) y del escenario creado por la integración europea.

En este sentido, los italianos se han beneficiado solo en parte de las ventajas del espacio económico europeo, asumiendo sin embargo todos sus costes. Es este el problema – clave de la Segunda República, sobre el cual volveremos en las conclusiones.

Italia en busca del reconocimiento

Más allá del problema existente de endeudamiento, lo que penaliza Italia es la falta de credibilidad de su clase política, un problema que padecemos hace siglos. Nunca fuimos realmente aceptados en el bloque de los países “serios” y perseguimos desde la Unidad ese objetivo, sin alcanzarlo nunca de verdad. La diplomacia de Cavour, las vueltas de vals de la diplomacia italiana antes de la Primera Guerra Mundial, nuestra política colonial buscando “espacios”, el anhelo fascista de perseguir en Europa los triunfos hitlerianos son todos diferentes aspectos de un país poco seguro de sí que quiere reconocimiento. También las opciones atlántica y sobre todo europea, totalmente correctas, a menudo han llevado a un mimetismo más que a una presencia activa en esos organismos. Más que proponer, los gobiernos italianos se han dedicado muchas veces a seguir las directrices generales sin molestar, para no despertar los “viejos fantasmas” de nuestra falta de credibilidad, nunca realmente disipados. Y últimamente de nuevo actuales. La misma participación en misiones de paz internacionales ha sido a menudo más el resultado de un “querer estar” a toda costa más que el resultado de una reflexión estratégica.

Italia, insegura sobre sí misma, quiere ser aceptada sin estar plenamente convencida de tener todos los números para serlo. Aunque en realidad sí los tendría. Es lo que nos está pasando, y es mucho más grave que una crisis financiera que sí es seria, pero también solucionable.

España en busca de la economía real

En el caso de España, la deuda pública acumulada no es excesiva, el deterioro reciente de las cuentas más preocupante, pero es sobre todo la ocasión perdida de la última década que hace pensar.

La situación financiera tiene solución (aunque cada vez menos, sobre todo a raíz de los problemas crecientes de las Comunidades Autónomas). La situación económica – productiva es más grave. Después de una transición impecable, vivida aprovechando al máximo las grandes oportunidades derivadas de la apertura política y de la modernización económica (y un uso inteligente de los notables fondos recibidos por Europa), la España del milagro de los años noventa y dos mil se ha revelado más frágil de los que se pensara. Confiándose casi exclusivamente a un desarrollo de tipo financiero, el país paga hoy un nivel bajo de competitividad, un sector productivo poco diversificado y un tasa de desempleo estructural elevadísima.

Este no es el resultado de una mala gestión económica del último gobierno socialista (que sí ha cometido muchos errores, como veremos), sino el fracaso de un modelo compartido entre el Partido Popular y el Partido Socialista Obrero Español, que lo apostaron todo sobre finanzas y ladrillo como factores exclusivos de desarrollo del país. Alimentando el crecimiento con créditos bancarios que han expuesto familias y empresas más allá de lo razonable.

Salir de este modelo falsamente productivo es el gran desafío de España en la próxima década, y no es evidente que esto quede claro a quien hoy gestiona el país. No se trata de volver a una edad del oro (real o presunta que sea), sino relanzar el país sobre nuevas bases, centradas en la economía real y no en la financiera. No todas las decisiones de los últimos meses hacen pensar que se vaya en esa dirección (pensemos en la ley de costas), y esto podría ser más grave para España que la misma crisis financiera, porque el mundo ha cambiado desde los años noventa y los motores del crecimiento ya no están donde estaban entonces. En el mundo globalizado la España financiera y de servicios podría no encontrar el espacio que necesita. Se trata por lo tanto de elaborar un nuevo proyecto de país, algo que como italiano le envidio a España, porque este proceso ya lo consiguió con la transición política y el ingreso (vuelta) a Europa, que fue un éxito total. De su parte, Italia no ha conseguido nunca un proyecto de este tipo ni demuestra tener la ambición de concebir uno. Esta es la razón de mi sana envidia.

El modelo español

En 2007, España había alcanzado los mejores indicadores económicos de su historia. Al final de la primera legislatura Zapatero (2004 – 2008), este había afirmado, refiriéndose no solo a la economía sino más en general al país, que las cosas iban cada vez mejor, y que seguirían haciéndolo, en un proceso virtuoso en el cual habíamos creído un poco todos. España estaba “de moda”, el caso – escuela a tomar como referencia, tanto para transiciones de un estado autoritario a una democracia, como de integración en Europa y de desarrollo económico. Pocos años más tarde, el país se ha metido en un túnel aparentemente sin salida, sumergido en un estado depresivo igual al optimismo sin fin de poco tiempo atrás.

A nuestra manera de ver, ambas actitudes son exageradas: ni era todo perfecto antes, como se quería creer, ni todo está perdido ahora, como intentaremos demostrar.

Las palabras de Zapatero se le retorcieron en contra, porque pocos días después de pronunciarlas (con en la mente más le final de ETA, su gran objetivo político, que una economía que no parecía en peligro y que no lo preocupaba), ETA volvía a matar, frustrando por el momento ese fin del conflicto armado que el gobierno socialista estaba persiguiendo.

Durante su primera etapa de gobierno, el PSOE había dado una substancial continuidad al modelo económico impulsado por Aznar y sus gobiernos populares. En ningún momento exponentes socialistas pusieron en duda ese modelo, centrado en la expansión ilimitada del crédito, y cuando lo hicieron (véase la salida de Pedro Solbes del gobierno en marzo de 2009) no fueron escuchados.

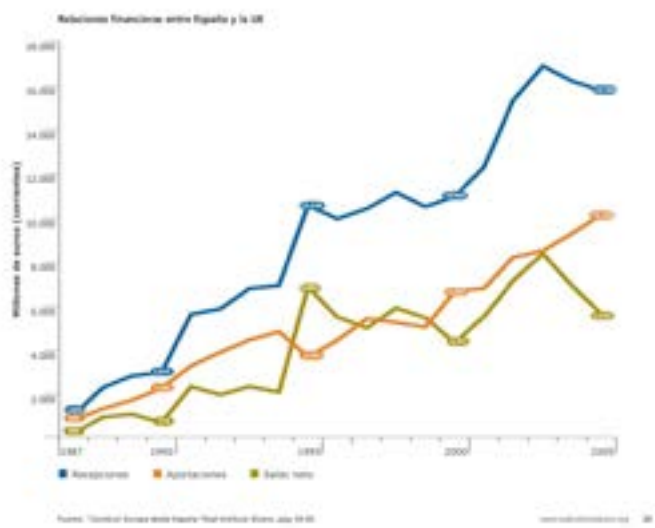
Sin embargo, es muy simplista adeudar a la incompetencia o a la superficialidad del gobierno español todos los males actuales de la economía española: la realidad es mucho más compleja, y tiene que ver con la acriticidad con la cual se aceptó un modelo económico limitado porque aseguraba crecimiento a corto plazo; con las limitaciones de la clase empresarial española, nunca un factor – clave en el desarrollo de la sociedad; con la poca prioridad dada a variables – clave del siglo XXI como innovación, investigación y recursos humanos, a favor de una creación de puestos de trabajo más bien de nivel bajo, inadecuados para hacer el país competitivo en la economía global.

Los fondos estructurales y la crisis

La crisis nace en Estados Unidos y se expande rápidamente a través de los circuitos

de la finanza mundial. España estaba muy expuesta en esos circuitos, porque la punta de lanza de su modelo era financiera. Una fase de impetuoso desarrollo económico corresponde con el ingreso en la Comunidad Europea y el poderoso flujos de fondos estructurales: España es en absoluto el país que ha recibido más de ellos, 167 mil millones de euros entre 1986 y 2013, equivalentes a 0.7% del PIB entre 1986 y 93; a 1.5% del PIB entre 1994 y 99 y 1.3% del PIB entre 2000 y 2006. Una poderosa inyección de fondos, cuyo uso se ha generalmente considerado como muy positivo (mucho mejor, por ejemplo, que lo hecho por Italia con su propia cuota de fondos estructurales, recibidos bien antes y que poco ha servido para mejorar la infraestructura del país o para desarrollar las regiones menos desarrolladas). De hecho, muy a menudo regiones italianas han perdido los fondos que les competían por no haber podido presentar a tiempo proyectos aprobables. Un despilfarro administrativo.

En el cuadro siguiente, podemos ver ingresos y gastos de fondos UE en el caso de España entre 1986 y 2005:



Gracias a estos fondos, y al acceso de España a los mercados europeos, la renta media española pasó, como hemos visto, del 71% del promedio europeo en 1986 a la convergencia veinte años más tarde. En términos generales, el uso de los fondos europeos ha sido sin duda un éxito, aunque no todas las infraestructuras construidas, sobre todo autopistas y aeropuertos,

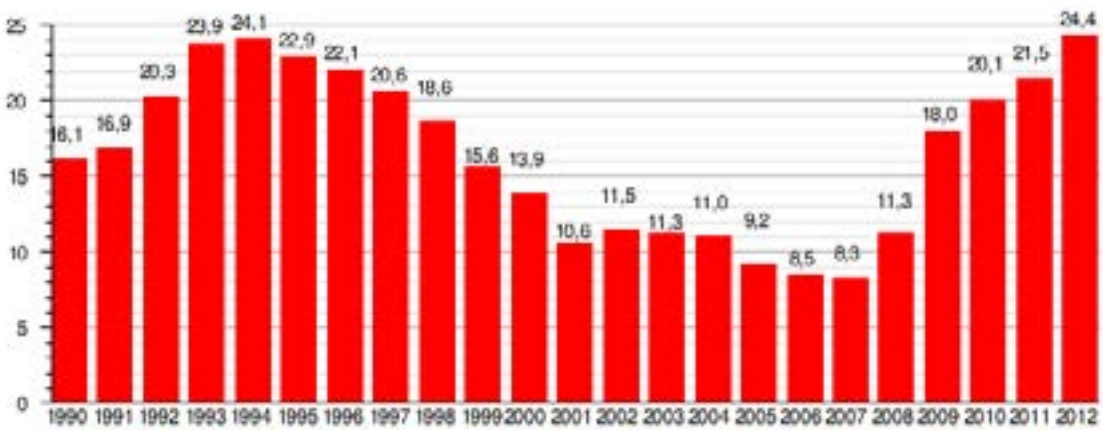
parecen haber tenido el mismo impacto en términos económicos: el rostro de España, país con infraestructuras Madrid –céntricas y poco perimetrales, ha cambiado con el desarrollo de las regiones más periféricas, pero también es posible que en el proceso se haya excedido con alguna inversión de más. Pero las regiones se han desarrollado, eso sí.

Un ejemplo es el del TAV, que además muestra la diferencia con Italia justamente en ese tema. El AVE (Alta Velocidad Española), cuya extensión aparece abajo, ha sido enteramente llevado a cabo en los últimos treinta años, y financiado (los datos no concuerdan según las fuentes) entre un 30 y un 50% con fondos estructurales europeos. De esta manera, España remodeló por completo sobre bases modernas su sistema



ferroviario, mientras Italia, que ya disponía de una red que en el pasado podía considerarse avanzada, ha tenido enormes dificultades en introducir la alta velocidad, como el conflicto de la Val Susa ha vuelto a evidenciar. Entre 1996 y 2008, España vivió dos fases de crecimiento prolongado: una posterior a la entrada en la Comunidad Europea, con tasas

de crecimiento entre 2,5% y 5.5% (pico en 1988), seguida por tasas de crecimiento decrecientes hasta 1992 (1%), una tasa de crecimiento negativa para 1993 (-1,2%), seguidos por quince años consecutivos de crecimiento entre 1994 y 2008 (entre 2,5% y el 5,2%, pico en 2001), con excepción de 2008, que con una tasa de 1% hace entrever las señales de la crisis venidera. Durante este periodo, la economía española generó medio millón de puestos de trabajo por año, reduciendo el desempleo a su mínimo histórico, aún alto en términos comparativos europeos (el mínimo alcanzado fue 8.3% en 2007), desde un máximo de 24.1% en 2004. En 2012 se ha vuelto a 24.4%.



Familias endeudadas

El primer ciclo de crecimiento fue alimentado, como hemos visto, por fondos estructurales, apertura económica e inversiones productivas efectuadas en el país por empresas, europeas y no. La caída de los tipos de interés debida a la convergencia económica y monetaria facilitó dichas inversiones, motivadas en buena parte por el bajo coste de la mano de obra española cuando comparado con la del resto de Europa antes de la ampliación al Este.

El descenso de los tipos de interés a niveles compatibles con los alemanes estimuló

estos flujos. La llegada de un número notable de inmigrantes, sobre todo de América Latina, permitió mantener bajos los costes de la mano de obra, aplazándose otras reformas esenciales para modernizar de una vez el mercado del trabajo y fomentar un sistema fundamentado en la mejora de la productividad, no solo en los bajos costes financieros y laborales.

El sistema edificado en esos años, aún dando lugar a satisfactorias tasas de crecimiento y de creación de empleo, no corrigió una serie de desequilibrios que de hecho se ampliaron: alta concentración sectorial en servicios, inmobiliario y finanzas, con peso limitado del sector manufacturero (que jamás fue un punto de fuerza de España); dependencia excesiva del capital extranjero debido a la baja propensión al ahorro de las familias españolas (11.3% de la renta disponible en España, 14% en la UE); excesiva deuda privada; baja productividad.

Para dar una idea de los niveles de endeudamiento de los hogares españoles (fenómeno que no toca los italianos), del 29.4% del PIB en endeudamiento por compra de inmuebles en 2000 se pasó al 64.4% del PIB en 2009, que se vuelve 85.8% como endeudamiento total de las familias. Podemos entender porque Madrid no pueda permitir que los bancos quiebren (si jamás alguien se lo pudiera permitir, dejando al margen el populismo anti-financiero): las familias españolas caerían en un pozo sin fondo.

La situación comparada de deuda total de los diferentes países europeos revela datos muy interesantes (datos Standard & Poor's de 2010):

	Deuda Pública	Empresas	Hogares	Total (%PIB):
Rumanía	21	20	20	61
Eslovaquia	35	25	21	81
Polonia	51	19	33	103
Finlandia	41	33	56	130
Hungría	79	38	31	148
Suecia	42	57	75	174
Francia	56	70	49	175
Alemania	73	46	59	178
Bélgica	97	57	31	185
Austria	69	73	47	189

Grecia	113	40	41	194
Italia	115	71	32	218
Holanda	60	96	74	230
España	54	94	83	231
G. Bretaña	68	103	74	245
Portugal	77	87	86	250
Irlanda	66	133	87	286

Estos datos confirman que el problema italiano es de deuda pública, no privada, y aún menos de los hogares. El español es de deuda privada, elevadísima, y no tanto de deuda pública (se note la situación portuguesa, totalmente comparable con la española).

Debido al plan europeo, buena parte de la deuda de las empresas irlandesas se convirtió en deuda pública, mientras la deuda pública española ha empeorado catorce puntos desde entonces. El sector financiero español es sin duda culpable por haber metido al país en esta espiral, pero los sucesivos gobiernos españoles no se percataron de los peligros implícitos en este modelo de endeudamiento, ni trabajado para elaborar escenarios alternativos; de su parte los consumidores no fueron suficientemente prudentes endeudándose demasiado. En conjunto, se dio una autocomplacencia de la cual nadie se puede declarar ahora exento. Es una reflexión importante en una fase en la cual se intercambian acusaciones en todos los sentidos, bastante poco sustanciadas, porque se dieron culpas colectivas.

En los años de crecimiento fuerte, alimentado por la integración europea y después por la burbuja inmobiliaria, faltaron otras reformas que hubieran sido fundamentales para fortalecer a España en la economía global del siglo XXI: reforma del mercado laboral, que ayudaran en la transformación del modelo productivo de salarios bajos en otro que persiguiera mejoras en la productividad; intervenciones que mejoraran la competencia, aún hoy limitada en muchos sectores – clave; intensificación del desarrollo tecnológico y de la investigación, indispensables para posicionar el país en una fase más elevada del ciclo de producción.

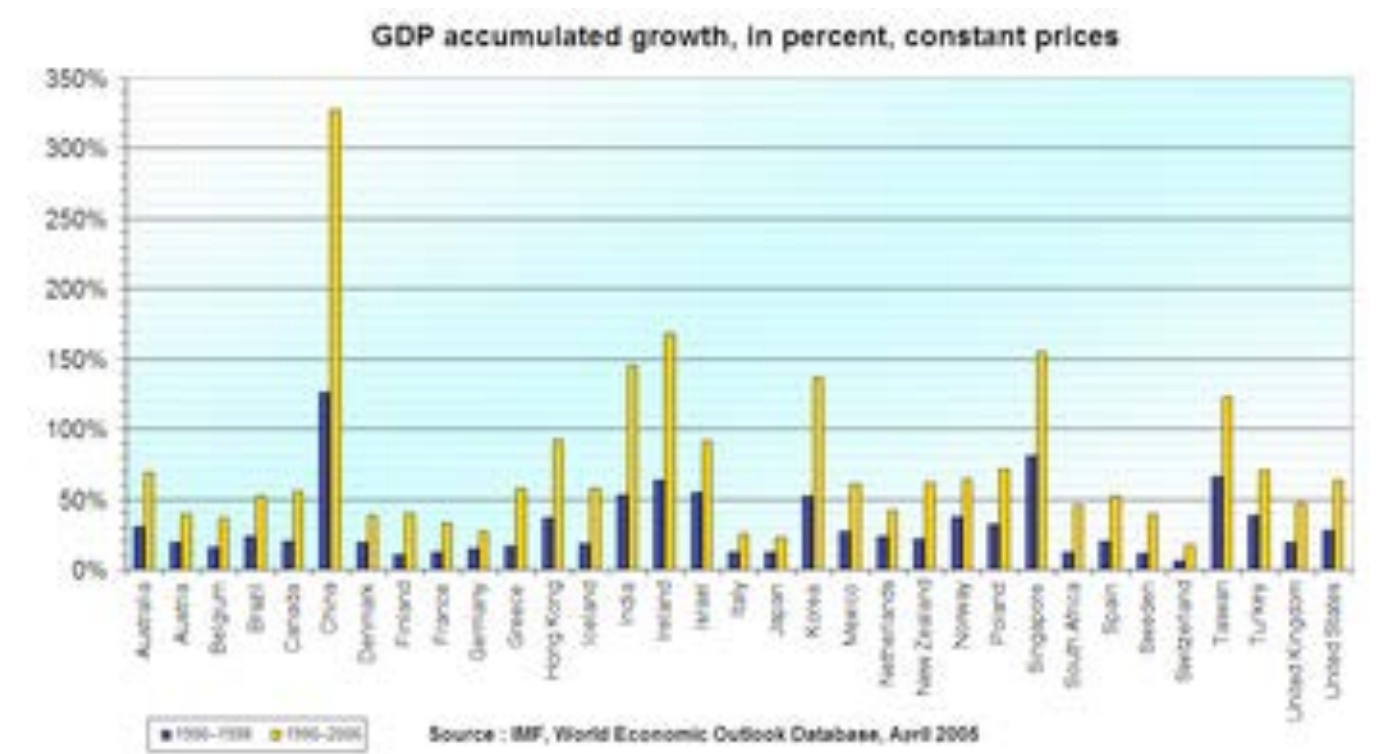
Occidente: tasas de crecimiento fisiológicamente decrecientes

España no se quedó sola en esta carrera al estímulo de la demanda mediante el recurso al crédito. En general, los países occidentales vivieron en la última década una

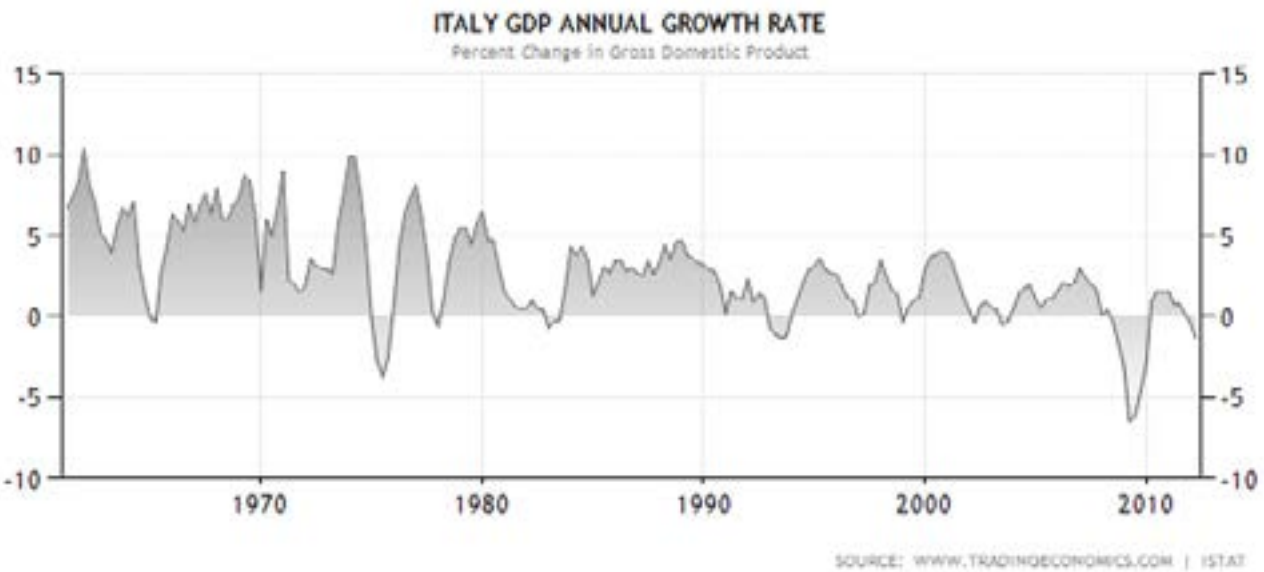
caída tendencial de la tasa de crecimiento. Existe un fenómeno fisiológico del cual parece no existir una consciencia clara en el mundo occidental: el empuje hacia el desarrollo económico no es infinito. En la medida en la cual la tasa de crecimiento de la población decrezca y las necesidades de la mayoría de la población estén satisfechas, la tasa tendencial de crecimiento no puede que bajar.

En los años setenta, una tasa de crecimiento de 5% se consideraba normal: nuestras sociedades, debido a los dos fenómenos citados, no pueden volver a tasas de crecimiento de ese tipo, a menos que no se produzca un relanzamiento poderosos de la natalidad (poco probable, debido también a las estructuras sociales, que se han modificado, y a la incorporación sistemática de la mujer en el mundo del trabajo).

Si las tasas de crecimiento españolas han sido algo dispares, es porque los tiempos del desarrollo económico de España han sido algo diferentes a los europeos. Acabada esa ola, también el crecimiento español empezó a declinar y no podrá volver a los niveles de los últimos veinte años.



En el caso de Italia, este proceso de reducción del crecimiento ha sido más marcado, e Italia lleva ya veinte años en la cola de la UE en este apartado:



La crisis de 2008 no ha sido solamente una crisis financiera debida a los excesos en la expansión del crédito privado y del gasto público, ambas realidades que ocurrieron a ambos lados del Atlántico, sino sobre todo la puesta en evidencia de los desequilibrios entre un Sur del mundo que crece cada vez más rápido y un Norte que, agotada la ola larga de su propio desarrollo capitalista (respuesta a una demanda real), tuvo que prolongarla satisfaciendo no ya las necesidades de los consumidores, sino fomentando otras nuevas, alimentadas por el crédito fácil.

Véase también las reservas monetarias acumuladas (datos Wikipedia del FMI):

Rank	Country	Billion USD (end of month)
1	People's Republic of China	\$ 3,305 (Mar 2012) ^[5]
2	Japan	\$ 1,303 (Feb 2012) ^[6]
-	Eurozone	\$ 936 (Feb 2012) ^{[7] [8]}
3	Saudi Arabia	\$ 541 (Dec 2011) ^[9]
4	Russia	\$ 514 (Feb 2012) ^[10]
5	Republic of China (Taiwan)	\$ 395 (Apr 2012) ^[11]
6	Brazil	\$ 371 (Apr 2012) ^[12]
7	Switzerland	\$ 335 (Mar 2012) ^[13]
8	South Korea	\$ 316 (Feb 2012) ^[14]
9	India	\$ 293 (Jan 2012) ^[14]
-	Hong Kong	\$ 285 (Dec 2011) ^[15]
10	Germany	\$ 263 (Feb 2012) ^[14]

Rank	Country	Billion USD (end of month)
-	European Economic Area	\$ 1 416 (Feb 2011)
-	European Union	\$ 1 356 (Feb 2011)

Nótese que Estados Unidos, pudiendo contar con la emisión a discreción de dólares, pueden sobrevivir con unos 151 mil millones de USD en reservas (están en el lugar die-

cisiete a nivel mundial, aún siendo la primera economía). Italia tiene 181 mil millones, España 48 mil millones.

Los flujos de crecimiento generados en los países emergentes han financiado su desarrollo pero en buena medida han sido captados por el sistema financiero internacional, fenómeno que permitió una multiplicación sin antecedentes de la liquidez en circulación. El crédito siguió expandiéndose, hasta la quiebra de Lehman Brothers (que demostró que también un gran banco internacional podía quebrar) y a los problemas de Grecia (que abrieron la posibilidad que un país de la OCDE con moneda fuerte pudiera quebrar). Dos grandes tabúes cayeron en poco tiempo, dando paso a un nuevo mundo, en el cual nadie está a salvo ya.

España – las tres fases de respuesta a la crisis

Volviendo a España, la paralización del crédito seguida a la caída de Lehman Brothers golpeaba a un país, que como hemos visto, dependía mucho de la financiación internacional. En ese momento, el déficit privado español era ya altísimo, en 170% del PIB, pero el público aún estaba entre los más bajos de la UE.

El efecto contemporáneo de la reducción de los ingresos por la contracción rápida de la actividad económica transformó el avance presupuestario de 2007 en fuertes déficits en 2009 y 2010 (-11.1%, -9.2%). El desempleo aumentó muy rápido, concentrándose en los sectores más vulnerables, con bajos salarios.

Seguirán tres fases de respuesta a la crisis por parte del gobierno de Zapatero: primero la fase keynesiana, de final de 2008 a la mitad de 2009; luego la de las reformas, hasta la primavera de 2010 y finalmente la de la austeridad, empezada a mediados de 2010 y después continuada por el gobierno de Rajoy, electo en noviembre de 2011. La coyuntura internacional vio una caída notable de la actividad económica entre mediados de 2008 y la de 2009 (epicentro de la crisis Estados Unidos), una recuperación en la segunda mitad de ese año, una recaída a partir de 2011 (epicentro de la crisis la eurozona).

Es indudable que en los primeros tiempos el presidente del gobierno español, político cuyo fuerte nunca fue la economía y que, recordémoslo, había estado convencido (como casi todos en el país) que la situación económica española fuera muy buena y envidiable, infravaloró la crisis, pensando que fuera transitoria, sin entender su sistematicidad. Se pensó en una crisis coyuntural, solucionable con estímulos de tipo keyne-

siano. Por otro lado, muchos otros, a partir de Obama, hicieron ese razonamiento, y esta fue la antesala del empeoramiento de la situación de deuda de los países occidentales. Nótese que el gobierno italiano fue más prudente, y no se lanzó en un enfoque keynesiano de gasto público, que no entraba en los esquemas ideológicos del ministro de la economía Tremonti ni del presidente de gobierno Berlusconi.

Las autoridades de supervisión bancaria (Banco de España) no fueron suficientemente diligentes en vigilar la evolución de los problemas del sector, y han continuado sin serlo hasta la reciente explosión del caso Bankia: durante mucho tiempo se continuó a afirmar que la banca española estaba en una situación sólida, con la excepción de las cajas de ahorro.

Este retraso en aceptar la existencia de la crisis, que se materializó también en el debate semántico que si de crisis o recesión se trataba, caso parecido al reciente debate público si el plan de ayuda de los bancos españoles era “un rescate o una intervención”, fue, a la luz de los acontecimientos, un error político de Zapatero que lo marcará para siempre. Y, como estamos viendo en la crisis actual más que los hechos pesa la credibilidad: de un líder, de un sistema político, de un país.

En ese periodo, la reacción de la crisis fue bastante coordinada (G20 de Washington y Londres), y pareció vaticinar una mayor supervisión financiera internacional, control de los derivados financieros, lucha a los paraísos fiscales. Sobre todo, la unidad aparente de intentos en el G20 levantaba buenas esperanzas. El principal resultado fue el acuerdo de Basel III, pero una de las lecciones de la crisis es que las respuestas institucionales internacionales son siempre demasiado lentas y acaban por ser adoptados más tarde que lo necesario.

España lanzó un plan de estímulo, denominado Plan E, que consistía en un aumento de la inversión pública, apoyo a la liquidez de las empresas, al sector productivo, reducción del gasto público: un plan contra cíclico, de corte keynesiano (estimular la demanda). El objetivo de ese plan era parar la hemorragia de empleos, usando del estímulo público.

¿Como Finlandia?

La segunda fase, la de las reformas, tuvo como objetivo relanzar la competitividad de la economía española reduciendo sus costes: salarios, precios y beneficios de las

empresas. Reformas estructurales que generalmente, y bien lo sabe el premier italiano Monti, son bastante lentas en producir sus efectos, que aparecen en el medio – largo plazo, no en el corto. Estas reformas tenían por objetivo no tanto sanear las finanzas públicas (este será la tarea perseguida en la fase siguiente, la de la austeridad), sino llevar a cabo una nueva modernización de la economía española, después de la ligada al ingreso en Europa, que tanto éxito había tenido. Un nuevo planteamiento económico centrado no ya en ladrillo y finanzas, sino en nuevas tecnologías, energías alternativas, sociedad del conocimiento (los famosos “brotes verdes”). La mejor referencia en materia era Finlandia, país que se enfrentó a la grave crisis seguida a la caída de la URSS (que era el principal socio económico del país) mediante un proceso de profunda transformación del país en actor de primera fila en el campo tecnológico y educativo. Proceso que requiere una cooperación plena entre instituciones públicas, universidades, empresas y ciudadanos, y que en una década ha producido resultados espectaculares.

¿Puede un país latino conseguir una reforma que requiere tanta unidad de esfuerzos? Este es el punto negativo tanto italiano como español.

Los principales instrumentos de este intento fueron la Ley de Economía Sostenible y las reformas del sistema financiero (creación del FROB, Fondo de Reestructuración Ordenada Sector Bancario), la Ley de Caja, el Plan de Reforzamiento del Sistema Financiero. A pesar de que las pruebas de esfuerzo del verano de 2010 dieran buenos resultados, esas se revelaron haber sido demasiado blandas, como aclararán desarrollos posteriores.

El gobierno modificó también los mecanismos de las pensiones, una reforma importante en el país demográficamente más viejo de Europa, pero con efectos estabilizadores de largo plazo y altísimo costo político de corto.

¿Como Grecia?

En 2010, un repunte económico hizo pensar que lo peor hubiera pasado ya: pero la subida en el endeudamiento movió progresivamente la tensión hacia la eurozona, empezando por las dificultades de Grecia, que pusieron en claro la fragilidad de governance económica implícitas en el euro, aún presentes a pesar de los diferentes intentos de respuesta a la crisis.

Los problemas griegos atrajeron la atención de los mercados sobre otros países muy

endeudados, en un proceso que irá ampliando el grupo de los países antes considerados seguros y ahora “de riesgo”.

Si a Grecia, con un problema de enorme deuda pública, siguió Irlanda, cuyo problema era de endeudamiento de los bancos privados, hasta los Estados Unidos, inmersos en un debate surrealista entre republicanos y demócratas sobre la deuda fueron alcanzados por la duda de los inversores: perder la AAA fue vivido como una humillación sin antecedentes, casi un nuevo Vietnam. Desde entonces, las agencias de rating han bajado sus evaluaciones a casi todos los países de la eurozona, en especial modo a los PIIGS (entre los cuales al comienzo no se contaba Italia, la I de PIIGS siendo solo una, Irlanda).

Aun existiendo entonces un debate sobre la oportunidad o menos de retirar o no las medidas de estímulo, que habían dado algunos resultados, los temores ligados a una ampliación del problema griego llevaron a las primeras medidas de austeridad, las de mayo de 2010, muy mal acogidas por la población, que definieron el destino de los socialistas y de Zapatero. De prisa y corriendo se cortaron 30 mil millones, siendo especialmente impopular la reducción de salarios de los funcionarios, la primera de siempre (5% en promedio). Se subió el IVA y se congelaron las pensiones, con excepción de las más bajas. En junio de 2010 se aprobó una primera reforma laboral, que introdujo elementos de flexibilidad contractual para facilitar la creación de empleos. La reforma fue convertida en ley en septiembre, y contra ella se declaró la huelga general el 29 de septiembre.

El principal objetivo de esos recortes era sí empezar a sanear las finanzas públicas, pero sobre todo fortalecer la credibilidad del país de cara a los socios europeos y a los inversores internacionales. Aun no siendo el déficit público español de los peores, sus perspectivas de crecimiento, debido tanto a la profunda recesión como al aumento del gasto eran muy elevadas. De aquí las decisiones, que no fue apoyada por la oposición popular por razones de pura conveniencia política (el partido de oposición había pedido antes reformas de ese tipo, y llevará a cabo otras mucho mayores cuando irá al gobierno año y medio más tarde).

Paradójicamente, hasta mayo de 2010 el diferencial entre títulos alemanes y españoles no había aumentado. Lo hará al comienzo de la austeridad, empezando un crescendo que ha tocado su máximo en junio – julio de 2012, después de otras reformas, otros

recortes y del anuncio de un plan de apoyo a la banca. Una prueba más que el contexto actual cuentan más las percepciones que los hechos, y ellas son aún más difíciles de modificar que la realidad misma.

El fin de Zapatero y el gobierno de la austeridad

A pesar de las reformas emprendidas por los gobiernos socialistas, los datos de la economía española no mejorarán durante todo 2011. El último intento de Zapatero para calmar a los mercados fue la reforma constitucional, que sin mucho debate fue aprobada el 23 de agosto de 2011 con el voto favorable, esta vez sí, del Partido Popular e el contrario de los otros partidos, con excepción de UPN (Unión del Pueblo de Navarra), un aliado del PP. La modificación constitucional introduce la obligatoriedad del equilibrio presupuestario, salvo en casos excepcionales: una póliza de seguro hacia los socios de la UE y en particular de Alemania, mediante el cual España se ha adelantado al Fiscal Compact (Tratado para la Estabilidad, Coordinación y el Gobierno de la Unión Económica y Monetaria), firmado el 2 de marzo de 2012 y que entrará en vigor el 1 de enero de 2013.

El capital político de Zapatero y del PSOE estaba sin embargo agotado, y se había vuelto inevitable convocar elecciones anticipadas, en las cuales el 20 de noviembre de 2011 el Partido Popular obtuvo una victoria amplísima, reduciéndose el PSOE a su representación parlamentaria mínima desde 1979. Los datos económicos a finales de 2011 con los cuales el Partido Popular tuvo que empezar a gobernar eran peores de lo previsto: más de cinco millones de parados (23%, el doble que la UE), que seguirán aumentando a lo largo de 2012.

El déficit público fue de 8.5%, peor que el 6% previsto inicialmente, haciendo más difícil alcanzar el 4.4% a finales de 2012 acordado con la UE: de hecho, el gobierno español anunciará el 2 de marzo que se comprometía solo a alcanzar el 5.8% a finales de 2012 para no deteriorar aún más la recesión económica. Una medida pensada para la opinión pública nacional, que no ha necesariamente traído efectos positivos para la credibilidad del gobierno en esta fase. Algunos días más tarde, el gobierno español negociará un nuevo objetivo de 5.4%.

El gobierno del PP ha introducido tres paquetes de austeridad: uno el 30 de diciembre de 2011, por 36 mil millones de euros, compuesto por subidas de impuestos directos (6.2 mil millones) y reducciones de gastos (8.9), a los cuales se añaden otro 20 mil

millones de recortes sucesivos a la aprobación del presupuesto de 2012, cuya aprobación se atrasó hasta finales de marzo. Los recortes anunciados en el presupuesto 2012 serán de 13.4 mil millones, por un ahorro previsto de 27 mil millones al aumentar la imposición sobre las empresas. Se introduce también una amnistía fiscal, cuyo objetivo es recuperar 25 mil millones. A finales de abril se añadirán otro 10 mil millones en recortes, tres en educación y siete en sanidad, y a finales de mes se anuncia el aumento del IVA para 2013. Frente al recrudecer de la crisis, en junio se anunciará un nuevo imponente paquete de recortes por 65 mil millones, el mayor de la historia (véase al final de la siguiente sección) y en agosto 37 mil más para 2014.

Otra complicación para las cuentas públicas españolas son los crecientes déficits de las Comunidades Autónomas, que aumentaron rápidamente debido a la crisis: debemos recordar que las Comunidades Autónomas tienen delegadas cuotas importantes de gasto, en particular sanidad y educación, que pueden ser solo en parte objeto de recortes. Por lo tanto, sus déficits aumentaron mucho en 2009 – 11, y hasta en las consideradas más “virtuosas” como Madrid y Valencia, gobernadas hace años por el Partido Popular, han tenido déficits superiores al previsto, demostrando la existencia de un problema más estructural que político. El gobierno del PP ha concluido en mayo un pacto con las Comunidades Autónomas para que mantengan sus déficits bajo control, de manera a poder alcanzar los objetivos de déficit fijados con la UE. Sin embargo, a finales de julio, ya tres comunidades (Valencia, Murcia y Cataluña) han tenido que pedir el uso de los mecanismos de apoyo financiero a un gobierno central ya de por sí en problemas, y sin duda varias otras lo tendrán que hacer en las próximas semanas, agravando aún más el problema español.

Bankia y la crisis bancaria

Los recortes y las medidas de austeridad han creado en el país un clima de profundo pesimismo, que no se ha visto despejado por la emergencia de problemas en el sector bancario. El gobierno ha introducido dos reformas en el sector financiero en febrero y mayo, pero ambas se han revelado insuficientes a frente del meteórico empeoramiento de la situación del grupo Bankia, nacionalizado a finales de mayo, cuya situación obligará al Eurogrupo a preparar el plan de ayuda anunciado a primeros de junio.

Los 100 mil millones puestos a disposición por el Eurogrupo para la recapitalización de los bancos españoles en dificultad parecerían suficientes para estabilizar el sector,

cuyas necesidades se estiman en unos 50 mil millones. A pesar de que los fondos se presten a un tipo del 3%, al frente del 6 - 7% que le cuesta en estos tiempos a España financiarse, los mercados no han acogido bien el plan porque en lugar de las financiar directamente a los bancos en dificultad, los fondos del Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (dotado de 440 mil millones), reemplazado el 1 de julio de 2012 por el Mecanismo Europeo de Estabilidad se trasladarán al presupuesto español, cuyo déficit se ve ulteriormente agravado. Frente a la reacción de los mercados, este mecanismo se modificará en la cumbre UE del 28 – 29 de Junio.

De por sí, el plan ha sido un desarrollo positivo porque, como ya hemos visto, supera la lógica del “cada uno por sí”, contradictoria con la idea misma de Unión, para introducir una responsabilidad compartida en el salvamiento de los bancos en dificultad. Sin embargo, es necesario que los mercados lo acepten y como hemos visto ya en múltiples ocasiones, es toda una cuestión de credibilidad, no siempre de hechos concretos. En este aspecto la UE está ahora en dificultad, porque su imagen es, con razón o no, negativa.

En el momento en que escribimos, a finales de julio, el plan bancario parece no haber sido suficiente, y los problemas en cascada de las Comunidades Autónomas hacen presagiar un posible rescate global de España, cuyas necesidades, sin embargo, superan la dotación actual del Mecanismo Europeo de Estabilidad, arrojando una luz negativa sobre la sostenibilidad del euro. La que se baraja es la posibilidad de adquisiciones de títulos españoles por BCE y MEE para reducir el spread.

En conclusión, el problema actual de España no está tanto en la deuda acumulada en el tiempo, cuanto en su deterioración de la situación económica y de las cuentas públicas en los últimos tres años. La fuerte exposición financiera con el exterior y la del sector privado requieren necesidades de financiación que se han vuelto prohibitivas con las actuales primas de riesgo. Las políticas de austeridad emprendidas por el gobierno deberían haber sido más que suficientes a reestablecer la confianza, pero de momento no vuelve.

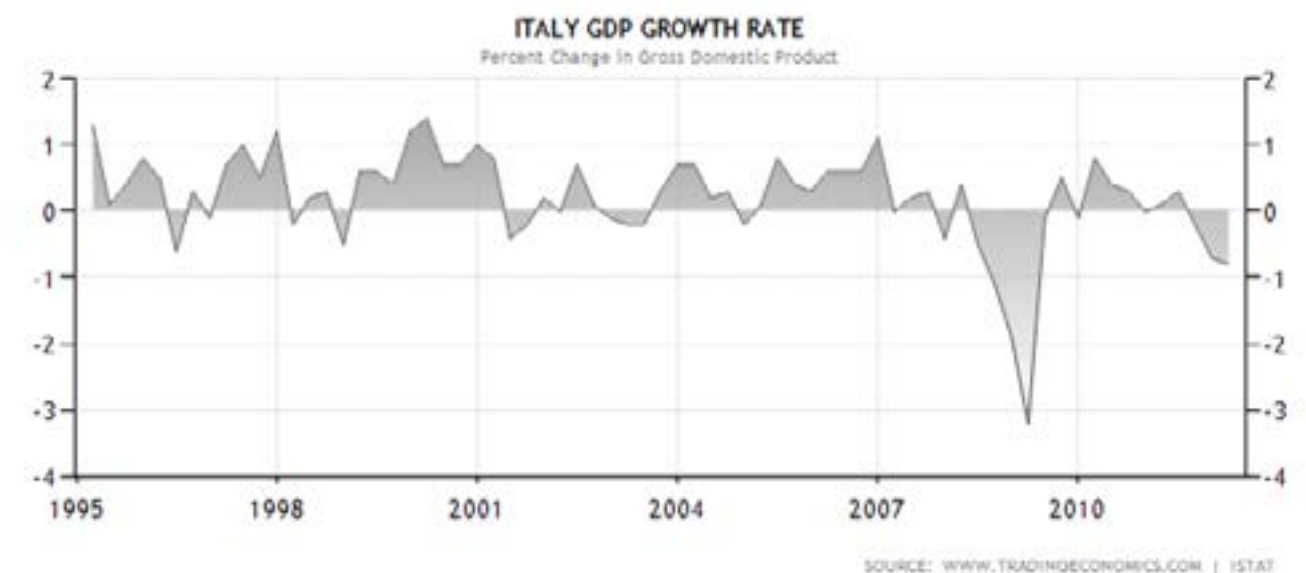
La gestione poco adecuada de la crisis bancaria, que primero se negó para después aparecer con fuerza, y la política de comunicación poco eficaz acerca

del caso Bankia y de la posterior intervención europea no han mejorado la situación. Mantener una buena reputación debería volverse una prioridad del gobierno, porque en un ambiente como el actual cada palabra, silencio o actitud cuenta, y cada error puede costar millones a los contribuyentes.

Mientras tanto, como condición para el lanzamiento del plan de salvamiento bancario y a cambio de una mayor flexibilidad para alcanzar los objetivos de déficit en 2012, el 11 de julio el gobierno Rajoy aprobaba otro paquete de austeridad, muy pesado, que prevé ahorros de 65 mil millones en dos años, que se añade a los anteriores: aumento de tres puntos del IVA, cancelación de la paga extra de Navidad para los funcionarios, eliminación de la desgravación para compras de inmuebles, reducción del subsidio de desempleo las principales medidas. Paquete mal acogido por el país, dado que muchos tienen la impresión que se sacrifiquen los ciudadanos para salvar a los bancos.

Italia y el crecimiento perdido

El caso de Italia es diferente al de España: si comparamos las tasas de crecimiento del PIB de 1995 a 2011 de Italia con las de la zona euro, notamos tendencias similares, debido a las estrechas interrelaciones entre las economías europeas, pero también que Italia está constantemente por debajo del conjunto de la eurozona:

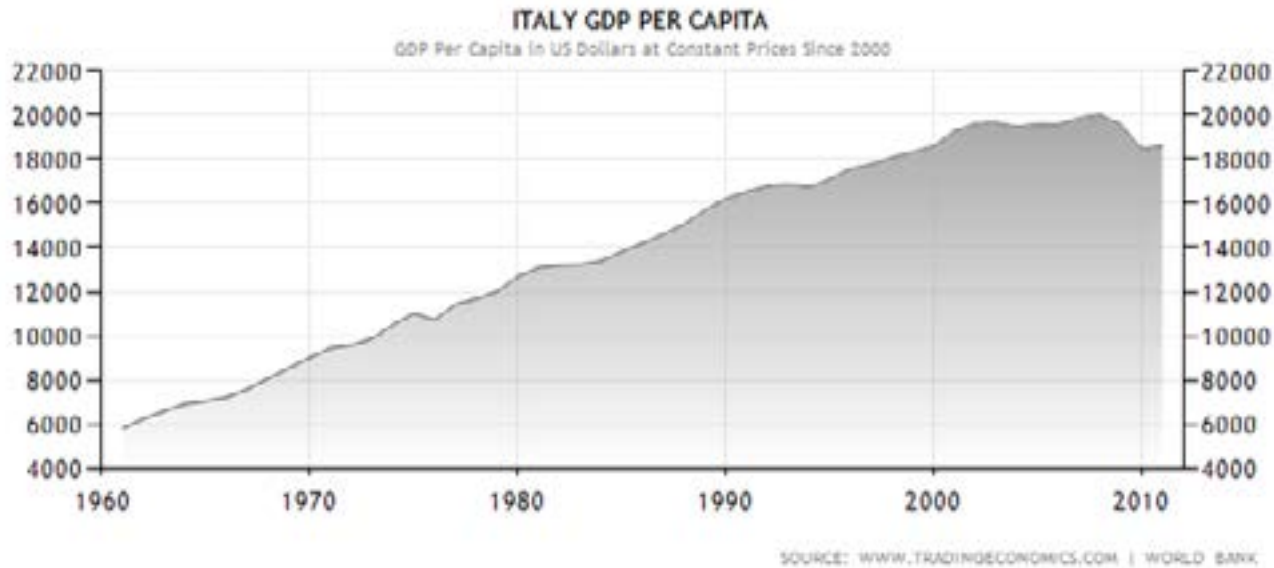


De 1995 a hoy, el crecimiento italiano raras veces ha pasado de 1%, un nivel realmente bajo.

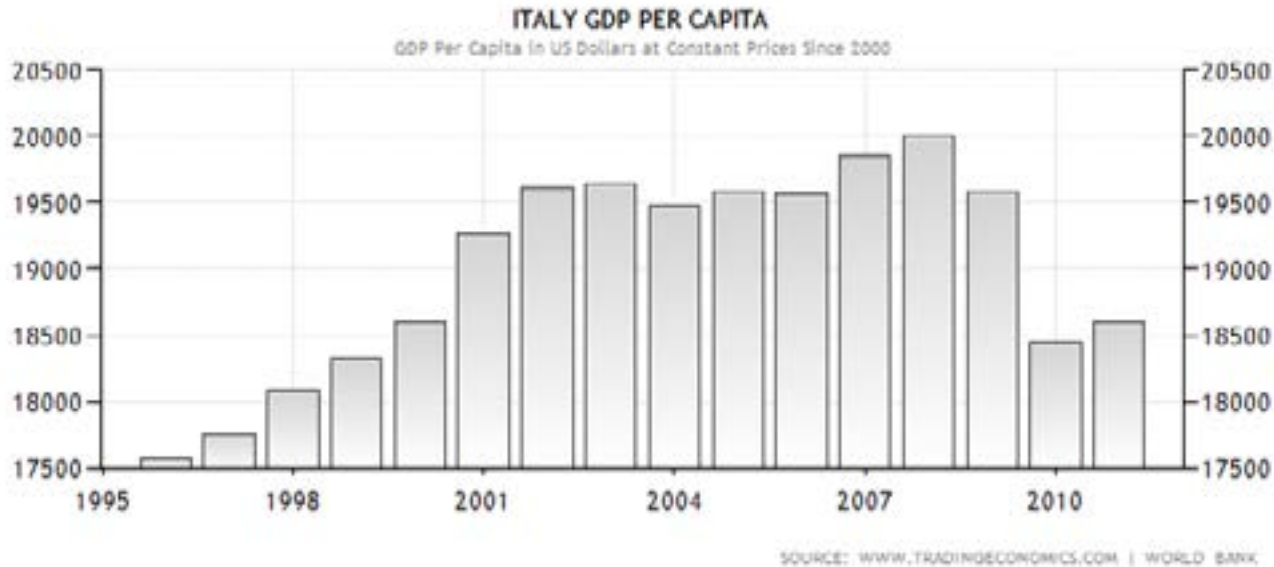
Si analizamos la renta per capita de 1960 a hoy (el periodo de pertenencia a la UE), notamos un crecimiento casi constante hasta 2008, aunque con pausas:

De 1995 a hoy, el crecimiento italiano raras veces ha pasado de 1%, un nivel realmente bajo.

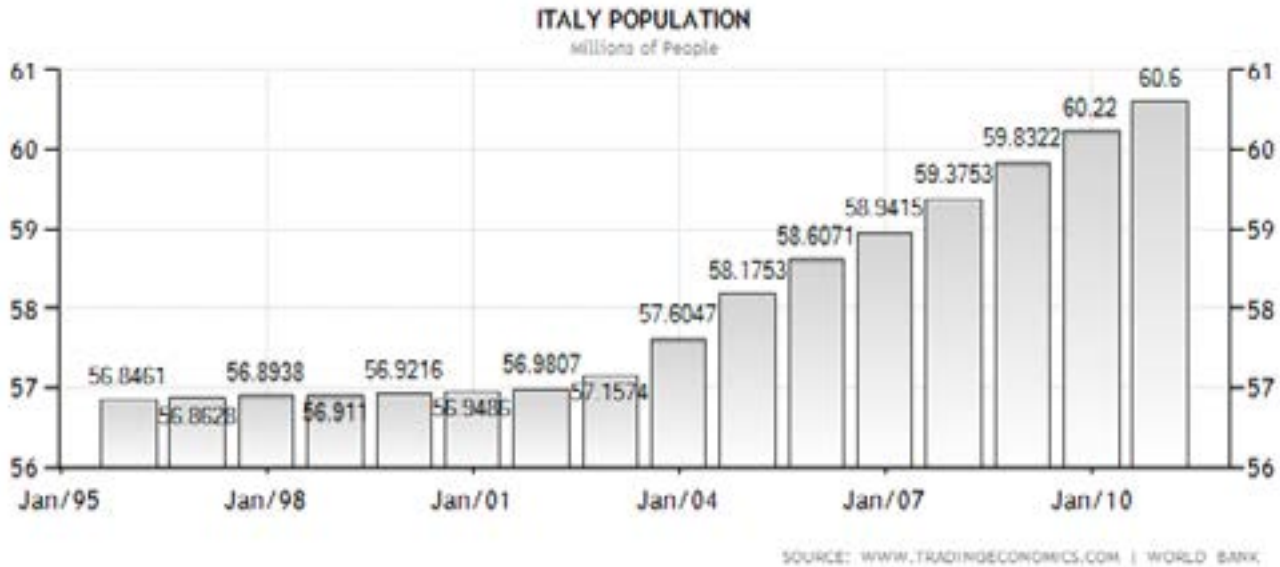
Si analizamos la renta per capita de 1960 a hoy (el periodo de pertenencia a la UE), notamos un crecimiento casi constante hasta 2008, aunque con pausas:



Y también un achatamiento en la primer década del dos mil, seguido por un descenso significativo de 2008 a hoy:



En 2011, hemos vuelto a una renta per cápita prácticamente idéntica a la de 2000: es la “década perdida” de la economía italiana, que vino a completar una tendencia a la reducción sistemática de las tasas de crecimiento desde los máximos alcanzados en los “maravillosos” sesenta. El declive de la economía italiana es por lo tanto muy anterior a la crisis global de 2008, que vino a acentuar un fenómeno ya en curso, al cual nuestros gobiernos le han prestado poca atención, y que ahora estamos pagando. El crecimiento italiano no consigue atrapar ni la modesta subida de la población:



Otro indicador del declive italiano es la situación del comercio exterior, uno de los fuertes de la economía italiana hasta los años noventa.

En efecto, la evolución de las partidas corrientes es negativa desde los años dos mil, y con tendencia a empeorar:



anulación del superávit de balanza comercial (bienes) tuvo lugar entre 1998 y 2005, probablemente ligado al efecto - euro, que le quitó a las empresas italianas la flexibilidad que les daba la lira. Añádanse a este factor los efectos de las deslocalizaciones productivas, que han

ido modificando los flujos comerciales, substituyendo las que eran exportaciones italianas con otros flujos, incluidas importaciones. Al mismo tiempo, la balanza de servicios se ha deteriorado desde 2007, contribuyendo al empeoramiento de la balanza corriente. Y han aumentado las transferencias de renta de los inmigrantes en Italia hacia sus países de origen.

Dado que Italia hace tiempo que está también entre los países industrializados que reciben menos inversión: entre 2009 y 2010, Italia no aparece ni entre los veinte primeros destinos de inversión directa - IDE, esto significa que la situación de la economía italiana hacia el resto del mundo está en una clara tendencia al empeoramiento estructural, sobre todo ahora que las economía emergentes reciben una parte cada vez

mayor de inversiones (superior al 50% del total a partir de 2010).

En el periodo 1990 – 2010, el flujo de inversiones en entrada y salida en y desde Italia supone el 20% del PIB, frente al 50% para el resto de países europeos. O sea, las empresas italianas invierten poco y aún menos se invierte en Italia, a pesar de ser parte del más grande mercado del mundo, el europeo.

La segunda división en los rankings internacionales

En el ranking “Doing Business” del Banco Mundial (datos 2011), Italia figura en un poco honorable lugar 87 (entre Mongolia y Jamaica) en la clasificación entre 183 países por su capacidad de promover el clima de negocios y las inversiones. España está en el 44, Grecia en el 100, el único país europeo peor situado que Italia en la lista completa.

	Ease of Doing Business Rank ▲	Starting a Business	Dealing with Construction Permits	Getting Electricity	Registering Property	Getting Credit	Protecting Investors	Paying Taxes	Trading Across Borders	Enforcing Contracts	Resolving Insolvency
Greece	44	133	38	69	56	48	97	48	55	54	20
Italy	87	77	96	109	84	98	65	134	63	158	30

Si analizamos los datos de España e Italia en el cuadro arriba, podemos constatar que, en el primer caso, los datos hispanos están alrededor del puesto 50, en línea con el ranking general, con una posición pésima en la categoría “iniciar una actividad (133, escasos incentivo para el auto-empleo), y el 97 en la protección de los inversores. El peor dato italiano es el 158 en el “respeto de los contratos”, un dato catastrófico para una economía de la magnitud de la nuestra; el 109 en “acceso a la energía”; el 134 en los “procedimientos para pagar impuestos”, el 98 en “obtener crédito”. En ambos casos, la mejor nota concierne la agilidad de los procedimientos de bancarrota (se hace más fácil quebrar que emprender una nueva actividad).

Hemos visto como el último periodo positivo para el comercio exterior italiano ha sido en los años noventa, el posterior a la ampliación de las bandas de fluctuación monetaria antes del euro. Desde que se fijó la paridad en 1936 liras por un euro, lo cual correspondía a la competitividad italiana en ese momento (no era, como se dijo más tarde, un valor que sobrevaluara la lira, sino el valor en el momento de la negociación), las mercancías italianas perdieron competitividad. Al contrario de las mercancías alemanas, cotizadas en la misma moneda y producidas con salarios más elevados. No basta el euro para explicar esta performance negativa: son las pocas inversiones las que han

provocado la pérdida de competitividad. Competitividad que no volvería de repente si volviese la lira. De 2000 a 2008, la producción industrial alemana ha aumentado del 20% comparada con la italiana, disminuida desde 2000; las exportaciones alemanas aumentaron 60%, comparado con 2000, las italianas solo 13%. Allí está la brecha entre nuestros sistemas económicos, no solo en las cuentas públicas.

Durante la primera década de los años dos mil, tampoco nuestras cuentas públicas siguieron un andamio regular: si en general, una reducción de diez puntos del gasto público había permitido alcanzar el equilibrio a finales de los noventa, no obstante se sucedieran varios gobiernos de centro – izquierda, el planteamiento expansivo de los gobiernos de centro – derecha en el periodo 2001 – 2006 para enfrentar la crisis seguida a la caída del Nasdaq (2000) y de las torres gemelas (2001) empeorará en cinco puntos es tendencia. Otra inflexión se dio con el gobierno Prodi en 2006-2008, y desde entonces hemos caído en el pozo de la crisis global, con una ulterior deterioración de las cuentas, a la cual esta vez Tremonti respondió con presupuestos restrictivos o más bien “neutros”.

Como ya vimos, los hechos imposibilitan confirmar una lectura “ideológica” del gasto público: incluso por los escenarios globales existentes en cada momento, el centro – izquierda ha sido generalmente más riguroso en la gestión del gasto cuando ha gobernado, el centro – derecha menos.

Otra sorpresa que viene de los datos, después de la que ya vimos que contradicen la visión según la cual los latinos gastan siempre sin control y los nórdicos son siempre prudentes. Obviamente, la alternancia de presupuestos de “sangre y lágrimas” y periodo de relajación no es el mejor escenario posible: es mucho mejor planificar a medio y largo plazo, dando certezas a los operadores económicos (y a los analistas, que son los que determinan credibilidad y previsibilidad de las políticas económicas) y que no se modifiquen los escenarios en función del momento. Si Europa pierde gradualmente peso relativo en una economía global en la cual emergen nuevos actores, Italia se ha posicionado en la cola de Europa en todos los indicadores desde por lo menos una década, volviéndose un “problema en el problema”.

Al agotamiento de un modelo económico centrado en la satisfacción de la demanda interna, el desarrollo del comercio exterior intra – europeo y el estímulo del gasto público, ha seguido un periodo en el cual el gasto público se ha debido cortar, las

relaciones con el exterior se han deteriorado y no se han originado nuevos vectores para alimentar al crecimiento.

Más allá de la herencia de la deuda, este es el verdadero problema italiano.

Los gobiernos Berlusconi: un enfoque soft a la crisis global.

Los presupuestos de Tremonti frente a la crisis se han caracterizado por un enfoque soft. De hecho, si se recorre la cronología del IV gobierno Berlusconi (2008 – 2011), sorprende la presencia de bien otros temas en el debate político italiano hasta el “verano horrible” de 2011 cuando, como dijo el ministro de economía italiano, el mundo cambió para siempre.

Justicia, el federalismo, la reforma universitaria, los problemas del uno o del otro ministro han marcado mucho más la vida política italiana de cuanto no lo hayan hecho la crisis económica global o las cuestiones europeas.

En julio de 2008, el gobierno Berlusconi respeta la promesa electoral de 2006, que casi había conseguido darle la vuelta a una elección que parecía decidida: la abolición del impuesto sobre la primera casa satisface a los italianos, aunque después de revelará un lujo que la crisis económica no permitirá mantener. Sobre todo para los municipios, se trató de una sangría de recursos que los pondrá de rodillas, al perder ingentes ingresos y mermar su posibilidad de proveerles servicios a los ciudadanos.

En diciembre, llega el decreto para los bancos, que introduce los llamados Tremonti bonds, muy poco usados por los bancos italianos: como ya vimos, los bancos italianos no se habían visto muy implicados en la crisis global, y las intervenciones a favor del sector fueron mínimos comprados con los desplegados por otros países de la UE.

El presupuesto 2009, come por otra parte el 2010, serán ligeros, sin incluir especiales medidas de estímulo, consideradas no necesarias por el gobierno italiano, siempre convencido que Italia seguía inmune a la crisis. En abril de 2009 se votó una medida anti crisis, relativa a los incentivos industriales. El 30 de septiembre se vota el escudo fiscal, cuyo objetivo es recuperar ingresos fiscales sobre capitales evadidos al extranjero.

De hecho, hasta la crisis griega, que dio a entender que hasta un país de la OCDE

y de la UE podía quebrar, la gestión económica del gobierno italiano se caracterizó por su moderación, quizás también debido a la experiencia vivida en 2001, cuando una política fiscal expansiva quemó la recuperación financiera de los años anteriores. La ilusión que Italia fuera inmune a la crisis duró hasta el verano de 2011, cuando el spread con los títulos alemanes se amplió mucho, subrayando nuestras debilidades financieras, disminuidas en los años vividos con “tipos alemanes”. La maniobra del verano de 2010 introdujo recortes por 25 mil millones de euros en dos años, que sin embargo serán insuficientes en un marco de conjunto en deterioración rápida: si ingresos y gastos se quedaron bajo control, no así para el gasto en intereses, capítulo de gasto fundamental en un país cuya deuda es tan elevada. En el verano de 2011, la nueva maniobra Tremonti prevé más recortes por 68 mil millones hasta 2014, distribuidos así: 2 en 2011, 6 en 2012, 20 en 2013, 40 en 2014.

El defecto de ese enfoque era que lo esencial de los recortes estaba programado para el periodo posterior al fin de la legislatura actual (mitad de 2013), para limitar al máximo el coste político para el gobierno de entonces. La otra limitación de las maniobras de Tremonti son los así llamados recortes lineales: todos los capítulos de gasto se recortan del mismo porcentaje, lo cual es como decir que la política renuncia a decidir en el mérito y a buscar modificaciones estructurales. La política que sale es de pura continuidad, con menos recursos: muy poco en una época de cambios profundos como los que hemos vivido de 2009 a hoy. El planteamiento de la maniobra 2011 será entonces insuficiente para calmar a los mercados, que castigarán de un solo golpe a Italia por todas sus culpas del presente, del pasado próximo y del remoto: desde agosto de 2011 entramos en el tourbillon en el cual estamos actualmente metidos. Un punto teóricamente positivo de la maniobra de Tremonti era el hecho que consistía sobre todo de recortes, y solo en parte de mayores ingresos (5.76 mil millones). Aunque, como sabemos, los recortes estaban demasiado aplazados en el tiempo para calmar a mercados cada vez más inquietos.

La contingencia del spread, que sube 300 puntos en pocas semanas, obligará el gobierno a dos maniobras adicionales, negociadas con dificultades por una coalición en plena crisis: los retrasos en la aprobación de las reformas acordadas con Bruselas llevarán a la caída del gobierno Berlusconi en noviembre de 2011, seguramente favorecida por los principales socios europeos, que no sentían garantizados por un gobierno que había sido sobrepasado por los acontecimientos. Que muchas de las

propuestas formuladas por el gobierno Berlusconi en esos meses habían sido después tomadas por el gobierno Monti no significa que modificado el orden de los factores el efecto hubiera sido el mismo. Justamente la lentitud de las decisiones de esos meses y la falta de credibilidad del gobierno en esa coyuntura llevaron a su substitución por un gobierno técnico.

El último acto del gobierno Berlusconi fue la aprobación del presupuesto 2012, con perspectivas a tres años, la así llamada ley de estabilidad 2012. La ley incluye entre otros la reducción del gasto de la administración central por 18 mil millones entre 2012 y 2014 y la introducción de medidas de simplificación administrativa y estímulo de la competitividad y de apoyo económico.

La ley de estabilidad no modifica las perspectivas de finanzas públicas aprobadas ya en el verano de 2011 (<http://www.ecoditorino.org/legge-di-stabilita-2012-riassunto-contenuto.htm>), cuyo objetivo es la vuelta al equilibrio presupuestario ya en 2013 (el primer presupuesto de Tremonti lo preveía solo para 2014, pero la presión de los mercados obligó a adelantar tiempos).

La principal culpa del gobierno italiano durante la crisis (incidentalmente de centro-derecha, pero este no es el punto, de la eventual eficacia de los gobiernos de centro-izquierda no hay contraprueba) ha sido la inacción, inspirada por un mal entendido enfoque liberal que, en lugar las ambiciosas reformas liberales que el país necesitaría y que el mismo gobierno en teoría apoyaba, se limitó en la práctica a un laissez-faire poco eficaz para enfrentarse a la crisis global.

Por otra parte, hemos visto que también el enfoque keynesiano intentado en España por el gobierno Zapatero dio resultados limitados, aunque no nulos. Es justo entonces concluir que no existen recetas milagrosas o unívocas para enfrentarse a crisis de estas proporciones, sino que los gobiernos han debido en buena medida improvisar, con resultados a menudo insatisfactorios: en el caso del gobierno socialista español, animados también por un contexto favorable al uso de estímulos para reactivar la actividad económica, el enfoque elegido fue proactivo. En el caso italiano, un gobierno de ideología aunque no de práctica liberal eligió el laissez-faire.

La lección de Italia y España nos dice que, por diferentes caminos, se ha llegado al mismo lugar; presupuestos enloquecidos debido a la subida del spread, necesidad de introducir medidas de extremo rigor para volver a ganar la confianza perdida.

La hora de Monti y de los técnicos

Es este el momento en el cual en Italia entra en escena Mario Monti, en un escenario en el cual el spread entre títulos italianos y alemanes había alcanzado su máximo nivel, 575 puntos, considerado insostenible por causa del elevado peso de los intereses en nuestra deuda pública acumulada.

En el gobierno no entran políticos, solo técnicos, aunque la formación del equipo es un poco larga para un gobierno técnico, lo que demuestra que en realidad los partidos han intentado influir en la elección de ministros y subsecretarios. Que compondrán un equipo sin duda de envergadura. La acogida que los principales socios de la UE le dan al gobierno Monti es de confianza: la imagen del encuentro a tres entre Monti, Merkel y Sarkozy le da la vuelta al mundo, demostrando que nacen nuevas expectativas hacia Italia. Absolutamente improbable imaginar un encuentro a tres de los líderes francés y alemán con Silvio Berlusconi, líder muy poco apreciado y respetado en Europa.

Claro que Mario Monti, cuya carrera es académica, financiera e internacional es personaje con alto nivel de aceptación, así como muchos de sus ministros, cuya primera tarea es la de dar otra imagen de Italia después del confuso periodo del último gobierno Berlusconi.

Los principales partidos, PDL, PD y Unione di Centro (el así llamado ABC por los apellidos de los tres líderes), apoyarán, en buena medida obtorto collo, el gobierno sin entrar en él. En la oposición se colocan la Lega Nord (ex-aliada del PDL), en crisis por razones internas y por el fracaso de las reformas federales, no conseguidas, Italia dei Valori de Antonio Di Pietro (ex-aliado del PD), la alianza extraparlamentaria de la izquierda de Vendola (SEL).

Italia entra en su actual época, definida por algunos una "expropiación de la democracia", por otros "el gobierno de los bancos". Probablemente ambas exageraciones, pero está claro que las mayorías frágiles y complejas de la Segunda República de los miles de vetos cruzados, estaban paralizando el decision-making italiano en un momento en el cual esto se había convertido en un peligro para Italia y para Europa. Sin embargo, es verdad que un gobierno técnico es por definición un paréntesis, que no puede volverse una regla o una solución permanente, aún cuando apoyado por una mayoría parlamentaria (el argumento que invalida su supuesta naturaleza no democrática).

El 30 de noviembre, la Cámara aprueba la reforma constitucional que introduce la obligación de equilibrio presupuestario. Reforma propuesta ya por Berlusconi y aprobada por el Senado, que la aprobará en segunda lectura en diciembre. Italia se convierte en el segundo país en hacerlo después de España (y Alemania que la introdujo en 2009). Francia también avanzó en esa dirección durante 2011, aún sin haber completado todavía el proceso (ya veremos lo que hará Hollande). http://www.astrid.eu/COSTITUZIONE/Studi-ric/Fabbrini_QC_2011_4.pdf

El gobierno Monti presenta inmediatamente una maniobra adicional respecto de la ley de estabilidad, que prevé unos ingresos de 30 mil millones en tres años, con medidas fiscales, reorganización de la seguridad social (pensiones) y recortes de gasto. Se trata de unos 12 mil millones de recortes a gastos y unos 18 mil en aumento de entradas. <http://www.ecoditorino.org/manovra-monti-2011-testo-definitivo-e-completo.htm>

Texto original: http://www.finanze.it/export/download/novitaanno2011/DECRETO_20111.pdf

Modificaciones:

http://www.camera.it/Camera/view/doc_viewer_full?url=http%3A//documenti.camera.it/leg16/dossier/Testi/BI0466.htm%23dossierList&back_to=http%3A//www.camera.it/465%3Farea%3D27%26tema%3D508%26ll+decreto-legge++n.+201%252F2011++crescita%252C+equit%25C3%25A0+e+consolidamento+dei+conti+pubblici

Otro tema polémico es el de las pensiones: si es verdad, y ya lo hemos tratado en otra parte del texto, que el gasto por pensiones en Italia está bajo control a largo plazo (o sea, no aumentará de forma significativa en las próximas décadas debido al alargamiento de la esperanza de vida, a diferencia de lo que pasará en otros países europeos en ausencia de reformas), también es verdad que ese 14% del PIB en pensiones, aún estabilizado, sigue siendo el mayor capítulo de gasto público. Se volvía por lo tanto inevitable adoptar medidas para reducir esa parte de gasto, justamente debido a sus dimensiones, no de su tendencia. Por esta razón se decide adelantar a 2012 la introducción del sistema contributivo, ya adoptada anteriormente pero aplazada en el tiempo de su entrada en vigor.

Las principales polémicas conciernen sobre todo la naturaleza fiscal de las medidas

adoptadas por el gobierno, incluida la reintroducción de un impuesto sobre los inmuebles, denominada IMU en lugar de ICI, el impuesto eliminado precipitadamente por el anterior gobierno. Nótese que, a pesar del encendido debate en materia, la fiscalidad sobre los inmuebles en propiedad sigue siendo más baja en Italia que en otros países europeos de desarrollo similar. Más controvertido el tema de la eliminación de la exención para actividades asociativas de tipo social de la Iglesia Católica hasta ahora exentas, medida que será introducida en el sucesivo decreto sobre las liberalizaciones.

Para decir la verdad, tenemos que subrayar que una maniobra de esta urgencia, adoptada en pleno marasmo a los pocos días de vida del gobierno, no podía no apoyarse más en aumento de impuestos que en una reducción del gasto, planteada en la así llamada spending review actualmente en curso. La presión fiscal alcanzada con la maniobra, estimada alrededor del 45% del PIL, está de todos modos en niveles muy altos y tiene que considerarse una medida temporánea para mejorar las cuentas. Sería preocupante que se consolidara a esos niveles.

Después de esta fase de emergencia, el gobierno Monti aprueba un decreto sobre las liberalizaciones y revisa la legislación laboral, materia siempre muy controversial en Italia. Emblemática la discusión sobre el famoso art.18, que se ha vuelto en Italia un símbolo intocable. Su modificación, que eliminaba la obligación de reintegrar al trabajador despedido en caso de decisión a él favorable del juez, será luego retirada por presiones sindicales. Es dudoso que mantener esta normativa tenga más valor que el puramente político, pero cualquiera que haya intentado modificar esa norma ha fracasado en el intento.

El 6 de julio se aprueba también el spending review, que reduce el gasto de 26 mil millones en tres años, introduciendo también un esbozo de reformas estructurales (reducción provincias, de las oficinas judiciales). Está claro que para consolidarlas reducciones de gastos será luego necesario emprender una reforma a fondo de toda la administración pública y de sus mecanismos de gastos tarea que deberá ser central para cada gobierno político que suceda al de Monti.

El estado de gracias hacia Monti se reduce poco a poco, y los partidos que le apoyan de hecho se vuelven cada vez más reacios al elevado coste político derivado del rigor, que de momento arroja pocos resultados visibles. Si la calma derivada de la luna de

miel de los mercados con el gobierno Monti reduce el spread, en abril – mayo las turbulencias vuelven: esta vez se habla de efecto- España, así como se hablaba de efecto – Italia antes de la caída de Berlusconi.

En realidad, en ninguno de los dos casos los problemas estructurales están resueltos ni lo serán por bastante tiempo: ni los gobiernos pueden hacer mucho más para resolverlos: se necesita la confianza de los mercados y de los socios europeos.

El dilema del crecimiento

El gobierno Monti está acusado por sus críticos de no trabajar para el crecimiento: sin embargo, hemos visto que el problema del bajo crecimiento atenaza Italia hace ya veinte años por lo menos, y que las políticas de los diferentes gobiernos durante este periodo han sido muy poco productivas al respecto. Es bastante artificial entonces, pensar que un gobierno técnico pueda hacer mucho mejor y encima de prisa, en el marco de una profunda crisis global: el crecimiento no se estimula de un día para otro, siendo el resultado de políticas con efectos en el tiempo. La única manera para estimular el crecimiento en el corto plazo es la creación de moneda, imposible para las autoridades italianas, o la aceleración del gasto público, igualmente imposible. Todos los otros caminos, más substanciales, dan resultados solo en el medio plazo.

El 16 de junio, el gobierno Monti anuncia por fin un decreto para el “crecimiento sustentado”: <https://docs.google.com/viewer?url=http://download.repubblica.it/pdf/2012/politica/dlsviluppo.pdf&chrome=true>

Es sin duda muy pronto para hacer previsiones sobre los efectos del conjunto de medidas contenidas en el paquete. También el monto estimado de 80 mil millones de euros es incierto, porque solo en mínima parte se trata de fondos otorgados, sino más bien previsiones sobre los efectos del conjunto de medidas adoptadas, por definición aleatorias. Por otro lado, el estado actual de las finanzas públicas reduce a bien pocos los recursos utilizables para intervenciones de estímulo directo. Se había hecho imprescindible plantear un enfoque alternativo, combinando propuestas diferentes con objetivo el estímulo indirecto de la actividad económica.

Sin duda, los resultados en términos de crecimiento no serán ni inmediatos ni rápidos. Por otra parte, los problemas de la economía italiana, como lo hemos visto, son estructurales, y requieren mucho más que decretos aún cuando de buena calidad: se

necesitan un nuevo modelo productivo y un nuevo pacto social, y seguir insistiendo sobre el crecimiento como la clave de todos nuestros problemas identifica bien el dilema. Sin embargo, es más complicado encontrar soluciones a corto plazo.

Sabemos por cierto que los enfoques anteriores no dieron resultados eficaces para el crecimiento, que ha seguido bajando en la última década. Las continuas invitaciones a “trabajar para el crecimiento” deberían ser acompañados por la reflexión que ningún gobierno crea de por sí el crecimiento: puede favorecerlo, pero es el resultado de un sistema en el cual gobierno, empresas, bancos, trabajadores, hasta el mundo del non profit asumen cada uno su responsabilidad. Una vez superada la urgencia financiera, seguirá de todos modos el desafío para edificar una nueva economía italiana, sostenida y compatible con el mundo globalizado. Tarea que va más allá de lo que pueda hacer el actual, o cualquier gobierno, y se configura más bien como un desafío social al cual nadie se puede negar. Y aquí todo se vuelve más difícil, para una sociedad fracturada como la italiana, asumir un desafío de este tipo.

El acechar de la crisis

España e Italia se enfrentan a problemas similares, aún con características algo diferentes. En ambos casos, se trata de países entrados solo en una segunda fase (final del XIX) en la revolución industrial, y con una marcada diferencia entre las partes septentrionales ligadas a Europa y partes centro – meridionales de los países más agrícolas y menos prosperas.

El Estado tuvo un papel muy importante en el desarrollo industrial de ambos países pero Italia, del norte pero no solo, ha desarrollado en la segunda posguerra experiencias de concentración industrial (los “distretti”), formados por pequeñas y medias empresas que han encontrado una forma de especialización cooperativa con excelentes resultados en términos de export. Italia también tiene todavía cierto número de grandes empresas competitivas a nivel mundial. El sistema de industrias estatales ha sido desmantelado en los años noventa, tanto en Italia como en España.

El sector industrial español es en general más débil, y no se ha visto fortalecido por la integración europea, que ha más bien provocado la absorción de empresas españolas por grupos europeos. España, más que industrial, se ha vuelto un país de servicios, y las empresas españolas en estos sectores han llevado a cabo a partir de los noventa una notable expansión internacional, especialmente eficaz en América Latina, fenó-

eno que habría sido impensable en ausencia del proceso de integración europea, que abrió el sistema económico español a una mayor competencia. Italia sigue siendo un país más de vocación industrial que de servicios: el centro estratégico de los grupos italianos se ha quedado en el país, aunque disminuyó el empleo. Los sectores italianos de servicios, incluidos bancarios, se han quedado en buena medida impermeables a la competencia internacional, incluso europea, limitando los beneficios para los consumidores que sectores más competitivos hubieran podido aportar. También la privatización de los servicios públicos ha creado más grupos privados nacionales con ventajas de monopolista que verdadera competencia.

La sociedad italiana no se ha financiarizado tanto como la española: los bancos hispanos se han lanzado al mundo, sobre todo a América Latina pero también a Europa (y a Italia). Los italianos se han conformado más bien con proteger su posición en el mercado nacional. Paradójicamente, su prudencia ahora resulta ventajosa en el marco de la crisis actual, porque sus cuentas no están a riesgo como las españolas. Los italianos siguen siendo los más ahorradores de Europa, fruto de su desconfianza atávica hacia el Estado y de bancos muy poco generosos. Los españoles, por otro lado, se han endeudado sobremanera y esto complica la situación de un país de por sí muy expuesto.

La deuda pública italiana es muy elevada, herencia de los años ochenta, la española era limitada, pero se ha ampliado muy de prisa de 2008 a hoy. La crisis le ha golpeado más duro a España, que había crecido mucho en los quince años anteriores, pero el bajo crecimiento italiano está más consolidado, lleva lo menos veinte años sin que se vean perspectivas claras e recuperación. Italia cayó menos, porque ya antes de la crisis crecía menos.

Europa: Italia dormida, España “enamorada”

Ambos países cuentan con un problema de credibilidad política. El de Italia es un problema antiguo: Italia siempre tuvo una reputación de país de segunda fila, desde su nacimiento como país unido en 1861. La búsqueda por Italia de colonias, revanchas y reconocimiento internacional ha sido constante en 150 años de vida. Aún cuando protagonista de un “milagro” económico parecido al de otras potencias derrotadas en la guerra, Alemania y Japón, Italia no ha conseguido entrar de lleno en el patio de los grandes. Aunque la entrada en el G7 y el fugaz “sorpasseo” a Gran Bretaña en los años ochenta en términos de PIB dieron alas al orgullo nacional.

Italia, siempre en dificultad con su propia identidad nacional, muy marcada por el mal uso hecho de ella por el fascismo, ha buscado siempre en Europa unida una doble legitimidad: como país de primera fila y como lugar de una soberanía complementaria, que viniera a completar las carencias de la suya, fruto de un proceso unitario nunca realmente completado.

Para España, que perdió el tren de la democracia quedándose anclada en los cuarenta años del franquismo, que la aisló de los desarrollos en curso en el continente, la “vuelta” a Europa al final del franquismo representó un paso fundamental, que vino a recomponer una fractura con la historia europea de por lo menos dos siglos: la decadencia española del siglo XVII en adelante, empezada con el fracaso del proyecto imperial europeo concebido por Madrid, la caída de la casa de Austria hasta su substitución con la dinastía borbónica y la pérdida de centralidad en el continente.

En este sentido, la adhesión a la Comunidad Europea en 1986 fue boda de verdadero amor: Europa acogió favorablemente un país lleno de energías hasta allí frustradas, deseoso de recuperar el tiempo perdido desarrollando una democracia vibrante y una economía impetuosa. España vio Europa como el lugar de su plena realización, hasta entonces frenada. Los años de la transición y de la entrada en Europa quedan como un extraordinario éxito económico y social, que hasta la crisis de 2008 hacía la unanimidad: la adhesión a la UE cambió el rostro de España.

En la España que me vio llegar en 1985, estudiante ante – Erasmus, me sorprendió que se refirieran a los españoles y a los europeos como si fueran realidades diferentes, el fruto de ese alejamiento temporal de Europa que ya hemos visto. A los otros europeos nunca nos había quedado la menor duda que los españoles fueron unos europeos más, ¡a los españoles sí! Esta distancia ha perdido su razón de existir ahora, quizás en tiempo de crisis vuelva a percibirse algo de ella, pero sin que tenga realmente sentido. Por esto también el golpe ahora resulta más doloroso, porque los españoles habían perdido el sentido de lo que significaban las dificultades económicas: volver a encararlas se ha vuelto más difícil.

Si la integración europea tuvo para España un rol hermenéutico, y efectos muy concretos y rápidos en términos de desarrollo económico e infraestructural, Italia, aun habiendo sido miembro fundador de la Comunidad Europea, supo aprovechar mucho menos que España su pertenencia al bloque continental. El mayor beneficio que Italia sacó de

la Unión Europea fue comercial: las empresas italianas, dinámicas y competitivas, se integraron satisfactoriamente en el mercado europeo, donde exportaron con holgura. Un buen mix entre tecnología, diseño y atrevimiento comercial hizo muchas empresas italianas competitivas y ganadoras en Europa. Buena parte del derecho comunitario es fruto de la creatividad de los empresarios italianos, que, gracias a su activismo, desafiaron aparatos estatales conservadores para extraer lo mejor del Tratado de Roma. Es la fascinante historia del desarrollo de la jurisprudencia comunitaria, impetuoso hasta los noventa, que se fundamenta esencialmente en casos llevados a la justicia por operadores italianos, deseosos de competir y listos a desafiar con éxito las burocracias. Como estaban acostumbrados a hacer en Italia, y a menudo empresarios alemanes o franceses, mucho más respetuosos de sus aparatos estatales, no tenían el valor de hacer.

El dinamismo de las exportaciones italianas a Europa se resintió del efecto euro, y las empresas nacionales no se han preparado adecuadamente para ese desafío. En términos de infraestructuras o cambio cultural, Italia ha sido mucho menos eficaz que España en aprovechar de Europa: las infraestructuras italianas están en la práctica bloqueadas desde los setenta, y los fondos estructurales europeos ni han mejorado la situación anterior ni reducido la brecha entre Norte y Sur. La administración central italiana y las regionales han sido muchas veces ineficientes y desganadas en el uso de los fondos europeos destinados a Italia, a menudo inutilizados. El resultado de una falta de visión estratégica hacia Europa que es típica italiana: Italia es un país al cual le cuesta desarrollar proyectos colectivos, siempre en segundo plano frente a proyectos particulares o personales. En Italia el éxito es individual, no colectivo (salvo en el fútbol, obviamente).

No que España sea radicalmente diferente en este aspecto, pero el diferente calendario de la historia le permitió a España entrar en Europa en los años ochenta, reorganizando el país sobre nuevas bases en ese momento. Llegado a España en esos años, me quedé sorprendido ante las oficinas públicas modernas, organizadas e informatizadas de la administración española, acostumbrado como lo estaba a la antediluviana administración italiana que conocía, que se había quedado en patrones de organización de antes de la guerra, que en buena parte persisten (piénsese en los carpetones de los tribunales).

España tuvo éxito en su gran proyecto colectivo de mediados del siglo XX, el de la modernización, de la democratización y de la “vuelta” a Europa: consiguió mejorar radicalmente el nivel de vida de sus ciudadanos y a reducir de forma significativa la distancia con el resto de los países europeos.

Italia, que dio lo mejor de sí hasta los años setenta, después se ha dormido poco a poco, antes en la agonía de una Primera República que estaba agotada, después en una Segunda República que no llegó nunca a cuajar. No consiguiendo nunca establecer un sistema político eficaz, una governance satisfactoria, una relación de confianza entre Estado y ciudadanos. Italia se conformó siempre con “quedar en Europa”, sin sacar de ella el máximo provecho posible, aparentemente satisfecha con ser considerada en su interior “uno de los grandes”, sin conseguir hacer oír de verdad su voz. Y considerando Europa algo exótico, un club al cual hay que pertenecer para ser admitido en sociedad.

En este sentido, la entrada de España en la Comunidad Europea (1986) le quitó a Italia el privilegio de ser “líder del Sur”: debido también al crónico descuido de la política italiana hacia los mecanismos europeos, cada vez más importantes y sin embargo considerados “secundarios” por una clase política ultra provincial, para la cual un puesto de vice ministro en Roma es mucho más importante que uno, bien más significativo, de Comisario en Bruselas. Concepto que en Italia se sigue sin entender en pleno 2012: el desarrollo de la soberanía compartida europea continúa a ser misterio para la clase política y los observadores del “Bel Paese”, que después se sorprenden por los “poderes de Bruselas”, como se fuera por arte de magia. No, ha sido un desarrollo progresivo que ha tomado sesenta años y del cual Italia, distraída por sus luchas internas, dejó de enterarse. Y ahora se paga la cuenta de ese descuido, después que durante años Bruselas fue considerada un molesto “desplazamiento lluvioso”, mientras en Italia se hacía cada día “historia” con el H mayúsculo. Sin grandes resultados colectivos, pero con notables satisfacción personal (para algunos).

La lección española y la crisis de la política italiana

La transición democrática española fue mucho más eficiente en términos de governance, y quizás gracias al hecho que su situación inicial era menos favorable, España ha conseguido darse en pocos años una capacidad de gobierno que Italia no ha conseguido en sesenta años.

En España quien gane las elecciones gobierna, bien o mal eso poco importa. En Italia en la Primera República después de las elecciones se “empezaba a razonar” (para decirlo como un famoso cómico italiano, Totò), y después de costosas labores se parían unos gobiernos en crisis a la primera de cambio. La Segunda República quiso deshacer dicha práctica, inventándose el mayoritario “a la italiana”, en el cual los partidos en lugar de disminuir se multiplicaron.

¿Qué relación podemos establecer entre los defectos de governance en España e Italia y los actuales problemas económicos? La Constitución Italiana de 1946 es un documento admirable y ambicioso. No es nuestra tarea analizar su funcionamiento, pero las instituciones en ella definidas deberían permitir, en teoría, una acción de gobierno eficaz y la existencia de todos los contrapoderes necesarios. La Constitución fue el fruto de varios compromisos entre las principales familias políticas que la redactaron: democristiana, comunista, la laica (liberales, republicanos, accionistas). Si los principios en ella incluidos son de por sí válidos, desde los años noventa se han propuesto a menudo modificaciones constitucionales para corregir las carencias de gobernanza que existen en el país: las reformas generales han fracasado siempre (desde la Comisión Bozzi a la reforma propuesta por el centro – derecha en 2005 y rechazada en referéndum, pasando por la Bicameral). A veces, pasaron correcciones parciales de normas, como la descentralización como respuesta limitada al ansia de federalismo que aprobó el centro-izquierda en 2001. Sin embargo, siempre faltó, incluso cuando cayó la Primera República, el consenso super partes necesario para reformar la Constitución a fondo. Es sin embargo dudoso que los problemas italianos de gobernanza se deban a ese texto, muy apreciado por los constitucionalistas internacionales, y no más bien a la práctica de los partidos nacionales.

La Primera República, definición impropia del periodo entre 1946 y 1991 (Tangentopoli y consecuente desaparición o fuerte reducción de todos los partidos de gobierno), se cimentaba en dos axiomas: la fuerte proporcionalidad del sistema electoral, que permitía la representatividad de las diferentes familias políticas italianas; la inamovilidad del partido – eje del sistema, la Democracia Cristiana, del gobierno del país. A la DC, siempre en el gobierno, le correspondía el principal partido comunista de occidente, el PCI, siempre en la oposición. La DC mantuvo el enorme poder acumulado desde 1946 gestionando alianzas variables: después de la etapa de unidad nacional, que duró hasta 1948 incluyendo a todos los partidos antifascistas, incluso el comuni-

sta, vino el largo periodo centrista (1948 – 1964), en el cual la DC gobierna con tres pequeños partidos (socialdemócratas, liberales, republicanos), que entraban y salían del gobierno, pero que eran funcionales al sistema poder democristiano y a la alianza atlántica. En 1963 los socialistas entran por primera vez en el gobierno: gobiernos de centro-izquierda o centristas se alternarán hasta los años setenta, cuando los graves problemas económicos ligados a la crisis del petróleo y los políticos (revuelos estudiantiles, eversión de derecha y de izquierda) llevarán a la hipótesis de compromiso histórico, impulsada por Aldo Moro: la apertura del gobierno al PCI estaba fraguándose cuando Moro fue secuestrado por las BR y el compromiso histórico desvaneció. Mientras tanto, el PCI asumió responsabilidades cada vez mayores en el gobierno de municipios y regiones: a partir de 1975, todas las principales ciudades italianas serán gobernadas por coaliciones “rojas” (socialistas y comunistas), una época que durará bastante, durante la cual el PSI será aliado de la DC en Roma y del PCI en los gobiernos locales. En los años ochenta, el poder central será ejercido por el “pentapartido”: (DC, PSI, PRI, PSDI, PLI) que morirá en 1992, llevándose consigo la Primera República. El hombre fuerte de la política de esos años será el líder socialista Bettino Craxi, que dirigirá el gobierno más largo de la primera república, de 1983 a 1986, y un otro año hasta 1987. Difícil sintetizar en un solo nombre las décadas anteriores: la DC era partido de muchos líderes, y si Alcide De Gasperi fue sin duda el líder de la posguerra, entre los sesenta y los ochenta la DC será dirigida por los llamados “caballos de raza” (Andreotti, Fanfani, Moro, Rumor), siempre cuidadosos con el mantenimiento de los equilibrios internos al partido.

La Segunda Republica, impropriamente así definida para subrayar la ruptura de continuidad con la Primera, aún faltando una reforma constitucional que haya modificado las instituciones, fue caracterizada en primer lugar por la figura de Silvio Berlusconi, que gobernó tres veces (1994, 2001-2006, 2008-2011), resultando sin duda su eje central, y por la de su antagonista Romano Prodi (1996-98, 2006-2008). Ambos personajes no del todo ajenos a la Primera Republica, pero que no habían tenido en ella responsabilidades políticas, sino más bien económicas: Berlusconi en el sector privado, Prodi a la cabeza de la industria pública (IRI). Analizando el background de los dos principales líderes, un empresario de éxito y un economista con experiencia de gestión, se podría imaginar que la economía haya sido el punto fuerte de la Segunda República. El análisis de la tasa de crecimiento acumulada en esos años demuestra

que el problema va más allá de la personalidad del líder: es el sistema- Italia que no genera ya crecimiento.

El nepotismo come sistema

La Primera República era fuertemente proporcional: más allá del sistema electoral, la del proporcionalismo en el consenso y en el reparto de los cargos era el humus fundador de ese sistema. Los partidos políticos ocuparon poco a poco, siguiendo el famoso Manual Cencelli (procedimiento sofisticado para atribuir los cargos a los diferentes partidos proporcionalmente a su peso electoral) cada vez más espacios en la vida italiana. Desde los puestos políticos, el método se ha extendido cada vez más a la burocracia ministerial, las universidades, los sistemas sanitarios, los bancos (hasta que fueron públicos, pero también después mediante el control de las fundaciones bancarias). Italia se ha vuelto un país totalmente controlado por los partidos, en los cuales se necesitaba una “recomendación” o enchufe para obtener cualquier tipo de cargo. No exclusivamente, pero casi. Hecho totalmente asumido por los italianos, que inmediatamente preguntan (o se preguntan) “¿quién te ha ayudado?” a cualquiera que obtenga un puesto, aún cuando en teoría fuera de la influencia de la política. Este sistema ha tenido resultados muy graves en la formación y eficiencia de la administración pública, un punto débil del sistema italiano por los defectos de origen en la selección de sus cuadros, la poca transparencia de los mecanismos de carrera, la inamovilidad de sus elementos malos, nunca penalizados por su escaso rendimiento profesional, ni por sus eventuales errores. Hasta ahora, las reformas emprendidas para modernizar la administración pública han tenido más visibilidad que éxito real: los mediocres servicios públicos siguen siendo un problema italiano, a pesar de que existan excepciones. Además, el administrador público no es una figura respetada en Italia, y esto no ayuda ni la acción del Estado, ni su credibilidad, y alimenta también imágenes negativas acerca del déficit público, porque muchos ciudadanos asimilan automáticamente (exagerando) cualquier gasto público con despilfarro.

A este defecto inicial, en buena parte heredado hasta de los estados pre – unitarios, se añade el hecho que el método “nepotista” (término heredado de la antigua Roma, no olvidémoslo) se extiende también a esferas de la vida social que deberían ser inmunes. En una palabra, es el concepto mismo de “mérito” que en Italia es dudoso, y su falta de consideración ha provocado efectos nefastos sobre la cohesión social del país, sobre

todo en una época en la cual el desempleo juvenil es altísimo y los canales de entrada en la vida productiva siguen atascados.

Otro grave problema derivado de la existencia de esta cultura es la desproporción entre empleados públicos en el Norte y en Sur: entrar en la administración sigue siendo el principal objetivo de muchos italianos del Sur, con poco acceso a empleos en el privado en sus regiones. Las plazas en los ministerios son a menudo ocupadas por romanos, o residentes en la capital, y sureños, y esto no hace que ampliar aún más la lejanía del Norte hacia la función pública nacional (la cual emplea relativamente pocos norteños, con la excepción de la escuela, más equilibrada, y de las administraciones sanitarias, regionalizadas).

Esta situación no mejora en nada esa desconfianza entre Norte y Sur que hemos visto ser muy marcada en Italia, y constituir un verdadero problema en términos de cohesión nacional.

Los costes del no – gobierno italiano

Para volver al proporcional, otra consecuencia ha sido la de generar gobiernos siempre débiles, chantajeables, ligados a un hilo. Si el tópico quiere que Italia sepa vivir “sin gobierno”, gracias al activismo del sector privado, en realidad esta cultura del intercambio y del proporcionalismo exasperado limitó la capacidad de los gobiernos de la Primera República para tomar decisiones, emprender reformas, hacer Estado.

Cuando pensamos que todo hubiera acabado (incluso la corrupción que el sistema acarreaba) con la Segunda República, ella pudo poco a poco, no resultando en nada más eficaz que la Primera: la introducción del mayoritario, vista por muchos como la medida milagrosa para resolverlo todo, consiguió el “contra milagro italiano” de aumentar, no disminuir el número de partidos: de la decena escasa de la Primera República, a los treinta y más de la Segunda, con la proliferación de los partidos personales. En lugar del bipolarismo inglés, nuestro mayoritario trajo un sistema a la india, en el cual dos o tres coaliciones compuestas por decenas de partidos que se contienden el poder, resultándoles después muy difícil mantenerlo o gestionarlo, debido a los muchos intereses contrapuestos representados en la misma coalición.

En esta piedra han topado tanto el desafío liberal de Berlusconi, que en 1994 creyó, después de su sorprendente éxito electoral, poder gestionar el país como administrador delegado de su empresa, para después descubrir las dificultades de la gestión política

y sus diferencias con la empresarial; pero también buena parte del sueño reformista de la izquierda italiana, que de transformación en transformación, de un nombre a otro (imposible enumerarlos todos), en la práctica ha fracasado en el objetivo de crear una fuerza política progresista y moderna. Un proceso aún abierto que lleva ya veinte años sin haberse completado.

¿Por qué? La causa hay que buscarla en el personalismo con el cual los italianos viven la política y en el provincialismo implícito en nuestro país de las “cien ciudades”. Estamos todos orgullosos de nuestras raíces, de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestras tradiciones, de nuestra comida (y por todos estos aspectos, con razón). Pero de tanto insistir en las bondades del territorio, de tanto proteger nuestra singularidad, nuestro jardín interior, nos hemos vuelto incapaces de adaptar nuestra sociedad a las estructuras en red, al desafío tecnológico, a la modernización. Al mundo de hoy, que nos parece tan “globalmente hostil” (que tenga la cara severa de la Sra. Merkel o la inquietante cualquier chino).

Los políticos con dificultades para emerger en su partido, crean uno nuevo, personal: en la Primera República teníamos las corrientes, en la Segunda los partidos ad personam; en la Primera todos ganaban las elecciones, al ganar algún voto o al haber perdido pocos, porque de todas formas seguían subsistiendo; en la Segunda, una coalición gana y la otra pierde, pero a la mayoría de los políticos les importa más que nada ser elegidos ellos y sus familiares en lista, para obtener los reembolsos electorales (abolidos en referéndum en 1979, pero que han vuelto más generosos que antes).

La reforma política más interesante surgida de Tangentopoli fue la muy apoyada introducción del mayoritario de colegio (electoral), que por primera vez le permitió a los italianos escoger su candidato directamente (antes existía el proporcional con preferencia múltiple). La Segunda República ha vuelto atrás, introduciendo las listas bloqueadas que, en el caso italiano, se han vuelto una feria de favoritismos y nepotismo, y han bajado dramáticamente la calidad de la clase política. Para entrar en la lista o ser elegidos ya no importa tener un buen perfil político o competencias técnicas: cuenta solo tener buenas relaciones con la secretaría del partido, y prometer fidelidad.

Una sociedad con semejantes problemas de representatividad, ¿cómo pudo gobernar el país en estos años? Ya lo sabemos: si se te dificulta decidir, aumenta el gasto público. Es lo que hizo la Primera República, financiando, a espaldas de los italianos

de mañana, políticas expansivas, subidas salariales, puestos excedentes, pre-jubilaciones mediante la “cassa integrazione”, sindicatos ultra protegidos y protectores, aeropuertos en cada esquina. Sin aumentar en proporción los ingresos fiscales, sin asumir la responsabilidad de tomar decisiones redistributivas responsables, sin cuidarse de fortalecer instituciones y sentido del Estado. Al mismo tiempo, permitiendo una escandalosa evasión fiscal, sin igual en países de nuestro mismo nivel de desarrollo: se estiman 300 mil millones que se escapan de hacienda cada año, entre 16 y 17% del PIB, para una pérdida fiscal alrededor de los 100 mil millones anuales. ¡Recordemos que la maniobra Monti fue de 30 mil millones!

Si a esto le añadimos el peso económico de las actividades ilícitas, estimado alrededor de los 400 mil millones de euros (<http://www.democrazialegalita.it/index.php/mafia/item/189-economia-sommersa-1-3-della-ricchezza-prodotta-in-italia>), podemos constatar como la realidad económica italiana y de sus finanzas públicas refleje solo en medida muy parcial el conjunto de la economía italiana: el PIB italiano es por lo menos una tercera parte más grande que el oficial, pero toda esta riqueza no pasa por canales legales, no se fiscaliza y no contribuye a superar los problemas del país, sino solo al enriquecimiento de algunos. Los gobiernos italianos nunca se han enfrentado a la difícil batalla de la lucha contra la evasión fiscal, porque nuestro sistema político prefirió siempre la vida fácil, financiada por la deuda pública, y porque muchos intereses ocultos prefieren que todo siga igual, en detrimento del interés general.

¿Por qué se permite a la delincuencia organizada controlar zonas enteras del país, conocidas por todos? Es triste decirlo, pero es por paz social: las cantidades económicas que la delincuencia mueve son tales, y su poder corruptor tan grande que se prefiere cerrar los ojos e convivir con la ilegalidad. Que a menudo financia actividades legales y respetables, fuera de esas zonas.

¿Todo culpa del euro?

¿Todo culpa del euro, entonces, si Italia tiene un problema de credibilidad? La verdad es que el euro ha destrozado la estructura de poder italiana porque ha traído esa transparencia en las cuentas públicas que las hizo comparables a los de los vecinos, y por lo tanto menos manipulables. Ha aniquilado la inflación, ese mecanismo que permitía, unida a la existencia de la lira y a sus muchos ceros, hacer indescifrables las cuentas públicas, fuera del círculo de pocos especialistas.. Un fenómeno parecido

se había dado en América Latina con la eliminación de la hiper-inflación, artificio contable sobre el cual los gobiernos militares y populistas habían construido sus imperios de papel. La derrota de la hiper-inflación y la estabilidad monetaria le han traído a América Latina la democracia. En Italia el euro ha transparentado zonas grises del gobierno italiano, haciendo obligatorias reformas de gestión y mentales que sin embargo en estas décadas no han tenido lugar. Ahora estamos desnudos y el remedio no puede ser volver a vestirnos con la ropa de siempre. Tenemos que aprovechar la ocasión histórica que la integración europea nos ha ofrecido para mejorar la forma de gobierno que nos hemos dado, adaptándola al mundo de hoy, sin soñar con volver al de ayer con nuestra lira chewing – gum.

La idea era que de todas formas nunca se pagaría la cuenta. Salvo que ahora sí la estamos pagando, y nos estamos llevando un zurriagazo que nos castiga por toda nuestra hubris acumulada en cincuenta años. Y hasta buscamos excusas, diciendo que es culpa de los “alemanes” o de la “globalización”: es verdad, deberíamos decir al tren que pare y volver a los fabulosos años sesenta. Como si fuera posible.

Los pactos de la Moncloa ayer y hoy

El sistema político español tiene características diferentes al italiano. Como ya observado España, perdido el tren de la posguerra, del Plan Marshall y de la primera etapa de la Comunidad Económica Europea, quemó las etapas de 1975 en adelante, consiguiendo en una veintena de años a casi eliminar el diferencial con Europa que se había originado durante el franquismo.

Después del periodo autárquico sucesivo a la guerra civil, España lanzará en 1957, obligada por las circunstancias, (dramática reducción de las reservas monetarias, fuerte desequilibrios financieros) el Plan de Estabilización Económica, que será la antesala de la política de desarrollismo de los años sesenta, impulsada por los “tecnócratas”, ministros económicos ligados al Opus Dei.

Los años sesenta verán un promedio de crecimiento muy elevado, entre 7 y 10% anual, superiores incluso al contemporáneo “milagro italiano”, (aunque España arrancaba desde más abajo). España se transforma de país agrícola a industrial: los ejes de ese desarrollo fueron la inversión extranjera, en busca sobre todo de los bajos costes laborales; el turismo; la emigración, que permitió mantener bajos costes salariales y al mismo tiempo generó un importante flujo de remesas.

La crisis del petróleo de 1973 tuvo un notable impacto recesivo, como también lo tuvo en Italia, y llevó a una profunda crisis en los años setenta, en los cuales el crecimiento disminuyó casi a cero, aumentó el desempleo, la inflación, la deuda pública. Todo mientras se empezaba la transición de la dictadura franquista a la democracia.

En 1977, los pactos de la Moncloa, suscritos entre el gobierno Suárez, los principales partidos políticos, los sindicatos y los organismos empresariales, crearon las condiciones para una política de reajuste de una economía metida en la crisis más grave sufrida por España antes de la actual. Las medidas tomadas entonces son muy parecidas a las actuales (reformas fiscales, contención del gasto público, y de los salarios, reformas laborales), con una sola notable excepción: la política monetaria restrictiva, reemplazada por la política común sin ningún grado de libertad de hoy.

Los pactos de la Moncloa fueron una etapa fundamental no solo por su importancia en materia de reformas económicas, sino también por el espíritu cooperativo entre fuerzas políticas y sociales que contenían. Una gran diferencia con la situación actual es la ausencia de un espíritu de la Moncloa en la crisis actual, invocado por muchos pero aún ausente. Gobierno y oposición, sindicatos y empresarios, sociedad civil e “indignados” si echan uno encima del otro, faltando completamente convergencias y cooperación, como si los problemas no fueran de todos.

Del punto de vista político, el Partido Popular, a la oposición en los tres primeros años de la crisis, nunca hizo el menor gesto de acercamiento al partido socialista, otorgándole total responsabilidad por la crisis. Salvo descubrir después, una vez en el gobierno, que no todas las claves de una solución de una crisis global están en las manos de un gobierno nacional. Y nadar contra corriente, tanto cuanto había hecho el partido socialista. El cual, parece hoy haberse olvidado de su propia experiencia negativa, y se limita a hacer oposición no cooperativa y conflictual. Exactamente como lo había hecho el PP hasta las elecciones. ¡Con buena paz del espíritu de la Moncloa!

La transición política fue manejada por un partido centrista, la UCD, que no era otra cosa que un cartel electoral, que se deshizo rápidamente, quemando de paso la figura política – clave de la transición, Adolfo Suárez, que no resurgirá de la dimisión de 1981. La intentona golpista de Tejero (y de muchos otros de los cuales no se supo la identidad) del 23-F marcan la afirmación definitiva de la democracia (y de la figura del rey como su garante) sobre las sombras del pasado.

Curioso como un régimen político como el franquista, aparentemente solido durante cuarenta años, se deshaga y se auto inole en poco tiempo a la muerte de Franco: son las mismas Cortes franquistas las que votan las leyes de la transición, en el que será uno de los principales arriesgados aciertos de Suárez. El otro será la legalización por sorpresa del partido comunista. En materia económica, los pactos de la Moncloa fueron sin duda un éxito, también en este caso la respuesta audaz a un problema, si no una verdadera apuesta de todo riesgo.

Todas estas decisiones visionarias le permitieron a España pasar en pocos años de un país autoritario con cultura democrática limitada (las dos experiencias republicanas fueron muy breves, y la segunda república desembocó en la guerra civil) a un país económicamente y políticamente capaz de integrarse en la Comunidad Económica Europea en 1986, a diez años solos de la muerte de Franco. La transición española fue sin duda modélica, y sobre ella se ha edificado la historia reciente del país, ascendiente y optimista hasta al frenazo de 2008. Que puso sin embargo en evidencia algunos defectos estructurales en el sistema que analizaremos más adelante.

La estabilidad del sistema político español

Comparado con Italia, el sistema político español presenta una gran ventaja: el sistema de partidos es estable, y reducido en términos numéricos. Los partidos no nacen como setas ni partidos personales (las únicas excepciones fueron dos casos extemporáneos y de corta duración, el GIL del empresario Jesús Gil, que gobernó Marbella, y la Agrupación Ruiz Mateos, del homónimo empresario con vocación a la bancarrota, que eligió algunos diputados europeos).

Como mucho, al sistema político español le podríamos adeudar su relativa rigidez: después de la transición y de su cien partidos se consolidaron tres partidos nacionales: un partido socialista, un partido conservador (proceso que durará unos quince años, de Fraga a Hernández Mancha, de nuevo a Fraga para acabar con Aznar) y un partido comunista (hoy cartel, Izquierda Unida, fuertemente minoritario); algunos partidos conservadores nacionalistas (o sea regionales según la terminología española), el PNV en el País Vasco y CIU en Cataluña, ambos pertenecientes a la Internacional Demócrata Cristiana y con largas experiencias de gobierno en sus territorios; otros partidos nacionalistas con raíces ideológicas menos claras (el Partido Andalucista, hoy casi desaparecido, el Bloque Nacionalista Galego, Coalición Canaria).

El sistema electoral favorece este formato, siendo proporcional (método D'Hondt) pero de una forma que favorece claramente a los primeras formaciones en cada circunscripción. Así que salen ganando los dos primeros partidos nacionales (PP e PSOE) y los partidos que consiguen una de las dos primeras plazas en su Comunidad (PNV y CIU). Los partidos nacionales del tercero para abajo salen muy penalizados por este sistema: Izquierda Unida, con los mismos votos nacionales de un partido regional saca menos de la mitad de sus escaños. Cada partido con vocación nacional se enfrenta con esta realidad: el CDS del centrista Suárez duró poco, aun ganando algún escaño, otros intentos de nuevos partidos fracasaron todos sobre el altar del formato favorecido por dicho sistema electoral. El actual intento del UPD de Rosa Díez, aún alcanzando buenos consensos (4.7%), solo ha traído cinco escaños en las Cortes. A título de ejemplo, el 4.17% de los catalanes de CIU se tradujo en 16 diputados, el 1.43% de los vascos del PNV en los mismos cinco diputados de UPD, partido nacional.

Por lo tanto, este sistema favorece la gobernabilidad (quimera nunca alcanzada en Italia, ni en los tiempos del "mayoritario de coalición" de la Segunda República, en el cual los miembros menores de la coalición gozan paradójicamente de un poder de chantaje superior al de los socios mayores de la misma coalición). Al mismo tiempo, les atribuye a los partidos regionales una cuota importante de poder negocial, y ellos han adquirido mucho poder desde 1989, actuando como socios externos de las mayorías de turno, socialistas, populares y otra vez socialistas.

El sistema asegura o casi al partido de mayoría los números para gobernar, hecho envidiable visto desde Italia. Esto ha permitido largos periodos de gobierno: catorce años socialistas con Felipe González, de 1982 a 1996, siempre en solitario; ocho populares con José María Aznar (1996-2004), ellos también solitarios; otra vez dos legislaturas con José Luís Zapatero (2004-2011).

El PSOE y el PP nunca tuvieron que formar coaliciones para gobernar: en determinadas circunstancias, cuando PSOE o PP no gozaron de mayoría absoluta de escaños, siempre han podido gobernar de todos modos con el apoyo externo de algún partido nacionalista.

Nunca fue necesario abrir el gobierno a otros partidos nacionales (por el sistema electoral, casi ausentes). Los partidos regionales nunca participaron de ningún gobierno, prefiriendo quedarse con las manos libres para apoyar o no a una determinada me-

dida en función de sus intereses. Este sistema permite una sólida acción de gobierno: ningún gobernante español puede quejarse de las limitaciones institucionales a las cuales tiene que enfrentarse. En España, quien gana gobierna, y es responsable de sus fallos o aciertos.

En Italia la situación es mucho más fluida, y quien gana no sabe si podrá de verdad gobernar: en la Primera Republica se ignoraba el nombre de quien saldría elegido Presidente del Gobierno, decisión que se tomaría después de las elecciones en base al formato de la coalición de gobierno. En la Segunda Republica se quiso remediar a dicha anomalía mediante la elección directa del primer ministro, que sin embargo solo es una práctica y no está prevista por la ley.

De hecho, el actual Presidente del Consiglio Mario Monti ha sido elegido por el Parlamento y no directamente por los ciudadanos. Contrariamente a lo afirmado por algunos, su elección no es ilegítima, no siendo la elección directa del primer ministro un mandato ni constitucional ni legal. Lo es haber conseguido la confianza parlamentaria.

Volviendo a España, la situación de governance fuerte prevista en la actual Constitución es también el fruto de la experiencia de la Segunda República (1931 – 36), que sí fue parlamentaria, inestable y centrada en frágiles coaliciones siempre tambaleantes, de derecha o de izquierda. Esa inestabilidad llevó a la guerra civil, experiencia que se quiso evitar al redactar la Constitución actual. Esta arquitectura constitucional ha dado lugar a sanas prácticas, pero también a curiosas terminologías vigentes en España. El concepto de coalición tiene claramente un significado negativo. En el imaginario político español equivale a traición: de tus principios o de tus electores. Tanto que se prefiere no formar pactos de coalición (a veces pasa a nivel regional, nunca en el gobierno central), y gobernar más bien en minoría, lo cual normalmente la oposición permite.

Este es el resultado de dos factores complementarios, del todo necesarios para que el sistema funcione: la fidelidad de voto de los diputados y la inexistencia del “transfugismo”, ambas reglas aceptadas en España, que hacen las excepciones una verdadera rareza (hubo el caso del gobierno regional madrileño que obligó a repetir elecciones después de una traición pos – electoral, pero es la excepción que confirma la regla, y quien la protagoniza termina allí su carrera política). Es moneda corriente en Italia, donde el mandato personal de diputados y senadores (a pesar de que ahora se elijan

en listas bloqueadas) permite todo tipo de comportamientos y decisiones, sobre las cuales poco pueden sus respectivos partidos.

En Italia la fidelidad de voto no está garantizada: los partidos a menudo dan “libertad de conciencia” a sus representantes, y los traslados de un partido al otro en curso de legislatura o el nacimiento de nuevos grupos políticos que nadie ha votado nunca son muy frecuentes. Partidos que nadie votará en las elecciones siguientes, porque no se presentarán. Pero que habrán sobrevivido algunos años, cumplido con su función política, apoyado a este o al otro y recibido sus abundantes reembolsos electorales y prebendas. Los múltiples intentos de redefinir las reglas del juego, dando mayor estabilidad a gobiernos y mayorías fracasaron con la derrota del referéndum electoral de 2007, así como varias reformas del funcionamiento del Parlamento.

La popularidad de los actuales partidos italianos está actualmente bajo mínimos, pero esto no garantiza que las reformas auspiciadas por casi todos tendrán lugar. En España no hay transfuguismo, los partidos son sólidos, la vida parlamentaria disciplinada: si un gobierno comete errores no puede culpar a los mecanismos institucionales, no hay como. En Italia, los gobiernos ineficaces siempre culpan a los socios de coalición o al destino “injusto”.

Si “coalición igual a traición”, una terminología muy curiosa adoptada en España concierne el uso del verbo “ganar” las elecciones. En España se atribuye este término de forma mecánica a quien haya obtenido la mayoría relativa, aún mínima. Un partido con el 35% de los votos pero primero ha “ganado las elecciones”, aún cuando el segundo y tercer partido puedan formar una coalición de gobierno, como han hecho socialistas e izquierda unida en las recientes elecciones andaluzas, a pesar de la mayoría relativa popular. Del todo legítimo, pero con un trasfondo de desconfianza en este uso lingüístico: a muchos españoles les parece que la coalición andaluza antes descrita constituya una traición de la voluntad electoral, porque el PP había “ganado”, o sea había llegado primero aún sin poder formar gobierno.

Hay toda una filosofía política detrás de este uso idiomático, que demuestra como España esté acostumbrada a gobiernos fuertes y estables, mientras Italia hace sesenta años que convive con gobiernos inestables y pasajeros (incluso antes, el transformismo político nace ya en la época liberal pos-unitaria, que tuvo equivalente en la alternancia entre liberales y conservadores de Cánovas e Sagasta en España a finales del siglo

XIX, cuando la política era dominio de pocos notables de sexo masculino).

Otro corolario de este sistema de partidos es que a partidos fuertes corresponden diputados (y aún más senadores) anónimos: las listas bloqueadas españolas acogen a miembros fieles a los líderes de los partidos. No hay representantes de minorías internas, ni externos de prestigio (uno de los pocos fue el juez Garzón, y duró bien poco). En España no es costumbre invitar a “famosos” no políticos a que integren las listas, cuyos nombres a partir del tercer o cuarto lugar son del todo desconocidos a los electores. Las secretarías de los partidos tienen poderes absolutos, y los ejercen con disciplina y firmeza. Como se suele decir: él que se mueve no sale en la foto. Esta situación no favorece ni los debates internos ni la crítica. Para hacer carrera política hay que alinearse con los jefes, luego todo es posible.

Esta característica de la política española presenta algunas ventajas, pero también desventajas, porque la práctica ausencia de debate al interior de los partidos la hace monótona, rígida y totalmente decidida desde arriba.

Las elecciones en España se vuelven una confrontación entre dos líderes, en el cual contenidos, propuestas y equipos son totalmente secundarios cuando comparados con la credibilidad del candidato a presidente del gobierno, único factor que importa. Si esto tiene el don de la claridad, limita sin embargo el potencial del líder electo, que por estas razones suele fiarse más de sus fieles, que no lo critican nunca, más que los más competentes, quizás más articulados y útiles en un equipo de gobierno.

De aquí sale el progresivo alejamiento de la realidad y la escasa capacidad de auto-crítica de todos los líderes españoles, que después de un tiempo en el poder empiezan invariablemente a sufrir del “síndrome de la Moncloa” y a menudo ya no se percatan de lo que pasa en el país. Si Felipe González si mantuvo mucho tiempo en poder fue más bien por la larga travesía del desierto de la derecha. Aznar fue mucho más distante de la realidad en el segundo que en el primer mandato, y su imagen fue manchada por una gestión desacertada del 11 -M, pero también por cierto cansancio con algunas decisiones que la mayoría de los españoles no compartían (Iraq). Y Zapatero no vio venir la crisis, o alejó quien se la recordaba (Solbes).

Es el riesgo del sistema casi monárquico que los españoles establecieron para sus líderes: done el monarca no es el real, sino él electo, con poderes enormes a su alcance. Sin embargo, el importante margen de maniobra del cual los gobiernos españoles

disponen sigue siendo una carta fundamental. Si los gobiernos pasado y actual no parecen capacitados para hacer buen uso de ella la causa es otra: la crisis actual es global y de sistema, no puedes resolverla solo con armas nacionales. Ningún gobierno lo puede hacer fuera del contexto europeo y sin analizar atentamente los escenarios globales.

En Italia, los líderes (aunque Silvio Berlusconi se acercó mucho a ese status, él siempre creyó tener un poder absoluto que en realidad jamás tuvo) tiene que tener mucho más cuidado con sus colaboradores, aliados, socios ocasionales o habituales: un líder italiano sabe que los cuchillos están siempre listos a actuar, cualquier momento vale para un complot, y mil aspirantes están listos para ocupar tu puesto, posiblemente sin pasar por la molestia de unas elecciones.

El complot de palacio es la esencia misma de la política italiana: Julio Cesar era casi todopoderoso y acabó como acabó, y Maquiavelo predicó realismo a generaciones de políticos del mundo entero desde su Florencia.

Aquí tampoco existe la fórmula perfecta: si España necesitaría quizás de un poco más de flexibilidad y pactismo, para salir del dogmatismo político que la caracteriza, Italia saldría sin duda ganando si importara algo de la fidelidad hispana. Ni tan obedientes ni tan indisciplinados, podríamos decir.

El sistema electoral español con listas bloqueadas es seguramente mejorable, pero es curioso como hasta hace poco fuera un tema del todo ajeno a la opinión pública española, a la cual listas bloqueadas totalmente impermeables a la voluntad de los electores le parecen algo normal (la política la hacen los políticos). A nadie le importa quienes son los diputados, solo se elige un jefe y que lo arregle todo él (aunque la realidad sea algo más complicada, como ahora, y ni él pueda).

Solo los “indignados” propusieron el tema, retomado en seguida por el líder socialista Rubalcaba y la popular Esperanza Aguirre (que no es parte del “bloque Rajoy”), que propusieron la abertura de las listas al voto preferencial dentro de la misma, un casi-tabú (ya sabemos por qué, conociendo los partidos españoles).

En Italia, el sistema de listas proporcionales con voto preferencial, que permitía cierta libertad al elector en la elección de los candidatos, fue reemplazado en 1991 por la preferencia única, para evitar acuerdos en “cartel” entre candidatos conocidos y me-

nos. Reemplazado a su vez en 1994 por el mayoritario a la inglesa para el 75% de los escaños, acompañado por un 25% de escaños atribuidos proporcionalmente. En teoría, un sistema perfecto, parecido al alemán, el más equilibrado. Conocido en Italia como el “mattarellum”, del nombre de su autor, Mattarella, ha producido, en lugar de la alternancia británica o el equilibrio alemán, las coaliciones inestables a la italiana, en las cuales los pequeños pesan más que los grandes.

En 2005 el centro – derecha, consciente de su próxima derrota electoral, aprobó de prisa y corriendo la vuelta al proporcional, esta vez con “listas bloqueadas” a la española. Una ley que su mismo promotor, Calderoli, definió una guarrería (por esto se la conoce como porcellum). El objetivo era limitar las dimensiones de la previsible victoria del centro – izquierda de Prodi, reduciendo la amplitud de su futura mayoría.

En un contexto italiano, las listas bloqueadas a la española se han convertido de un conjunto de disciplinados funcionarios de partido, como son en España, en un conjunto de amigos, mujeres, maridos, amantes y miembros del mundo del espectáculo del todo indigno de representar a los ciudadanos italianos. Que no tiene ya derecho de elegir y se han visto obligados a mandar al Parlamento personas con ninguna cualificación para ejercer la función, cuyo único mérito es a menudo el de ser cercanos al líder de turno.

La calidad técnica de la vida parlamentaria ha bajado mucho comparado con los tiempos de los profesionales de la política, sin mejorar su eficiencia. A lose–lose situation. Con el agravante que los parlamentarios italianos son pagados muy bien, mucho más que sus equivalentes españoles, y que los intentos de recortar sus retribuciones siempre fracasan a última hora. Con una situación de este tipo, no es de extrañar que la opinión pública italiana se encuentre cada vez más distante de los partidos, y que actualmente los sondeos vean crecientes consensos hacia movimientos populistas o anti política.

El desafío de los indignados

Los sistemas políticos español e italiano no son idénticos, pero presentan algunas características comunes. La credibilidad de los políticos italianos está en discusión hace mucho, desde la Primera República. Contrariamente a las expectativas, la Segunda República no ha mejorado las cosas, y hasta consiguió empeorarlas. La clase política española, nacida en la transición y por lo tanto “más joven”, gozó de cierto respeto

hasta la crisis de 2008: solo su incapacidad manifiesta en enfrentarse a los severos efectos de la crisis la hizo impopular. Aunque el sistema electoral y las prácticas institucionales la protegen, haciéndose casi imposible proponer alternativas.

Fue esta la dificultad del movimiento de los “indignados” que, coaligados en España a partir del panfleto de Hessel se difundió al resto del mundo en crisis, con la oposición entre el 99% y el 1%. Hasta los países no en crisis, como India y Brasil, los jóvenes se han manifestado para denunciar la corrupción galopante un problema no resuelto de esos países.

Los indignados tomaron las plazas de España durante largas semanas, abriendo un debate apasionante sobre las paradojas e injusticias de la crisis. Pero fue imposible hacer seguir a la protesta propuestas articuladas y factibles de naturaleza política, algo parecido a lo que le había pasado al movimiento alter mundialista de Porto Alegre, que formuló muchas buenas preguntas sin ser capaz de encontrar buenas respuestas. O respuestas factibles.

De hecho, los números de las elecciones de 2011 no permiten constatar un impacto de los indignados, que evitaron aceptar todo tipo de manipulación por parte de las fuerzas políticas con fines electorales. Aumentó un poco la abstención, pero este fenómeno tiene pocos efectos políticos.

El movimiento de los indignados tiene de todas formas mucho significado porque, formado entre los jóvenes, se ha ampliado a otros segmentos de la sociedad tocados por la crisis e insatisfechos con el actual sistema de gestión de la cosa pública.

Si la financiarización de la política y el alejamiento de la misma de las necesidades de la gente común son las dos principales batallas de los indignados, la base social de la cual nace el movimiento es la del terrible desempleo juvenil, del 48.6% en 2012, al frente de un por sí muy alto 23% para el conjunto de la población activa.

El monstruo del desempleo español

Sabemos que España, debido a su modelo productivo, cuenta con un desempleo superior al de los otros países de la UE, por culpa del empleo precario y de la baja calidad de muchos empleos, en un marco en el cual cuatro millones y medio de inmigrantes solo en la última década (el porcentaje de población extranjera pasó del 2.8% en 2000 a 12.1% en 2012) le ha permitido a la economía española mantener su modelo

de bajos salarios. En detrimento de los trabajadores nacionales.

Este desempleo elevadísimo y la emergencia de la generación de los ni – ni (ni estudian ni trabajan) y de los “mileuristas” en condiciones precarias redujo al mínimo la posibilidad para los jóvenes españoles de encontrar condiciones estables de empleo y condiciones decentes de vida, cuando además los valores de alquileres e inmuebles han subido implacablemente hacia arriba.

Las generaciones más jóvenes están entonces sofocadas por un sistema productivo que parece hecho aposta para no darles posibilidades, con flexibilidad extrema y poca competición en defensa de intereses preestablecidos. No es solo un problema de “bancos”, como a menudo se simplifica, sino de fallos fundamentales que no fueron corregidos en los años “buenos”, los del desarrollo acelerado.

La economía española se ha quedado en buena parte poco competitiva, porque el sector industrial no se ha desarrollado internacionalmente (salvo pocas excepciones, como energías alternativas, trenes y construcción) y el de los servicios se ha mantenido bastante impermeable a la competencia. Esto ha provocado que a pesar de las altas tasas de crecimiento, sus causas fueran más el permanente estímulo inmobiliario y financiero que el fortalecimiento de otros sectores de alto valor añadido y alto potencial de creación de empleos.

El hecho que los licenciados españoles en materias científicas se vean obligados a emigrar es el resultado de un modelo económico en el cual las filiales españolas de empresas internacionales no tienen su centro neurálgico en España (hay algunas excepciones), sino sean simples filiales. Y las actividades de investigación y desarrollo sean minoritarias y poco valoradas, salvo en contadas excepciones.

En los años del “boom” estos efectos se notaban menos, porque el sistema permitía de todas formas consumo y crecimiento, aunque no sobre bases saneadas. Ahora que los sectores líderes se han parado ambos, no hay otros multiplicadores de crecimiento, y el desempleo golpea a las personas poco formadas y también a los más cualificados.

Faltó visión estratégica de futuro justo cuando todo parecía ir bien, porque se trata de problemáticas de largo plazo, no de crisis coyunturales. Cuyas raíces remontan a bien antes de 2008.

El problema del trabajo no se reduce entonces a más flexibilidad, sino a más calidad,

más contenido técnico, más competición entre empresas, presencia a más alto nivel en la escala del valor adjunto, de manera a volverse más competitivos a nivel internacional, crear más empleos, más estables y de más alto nivel. El sector empresarial español, lamentablemente, parece aún ligado a una visión muy maniquea, en la cual la competitividad se limita a reducir salarios y prestaciones. Pero ese solo es un lado de la moneda.

España acaba de malgastar dos décadas, por otra parte muy buenas, de gran desarrollo económico, sin modernizar su sistema productivo, creando nuevas áreas de competitividad mediante una política industrial adecuada a los nuevos escenarios globales.

La latinidad como una losa

Además, siguen existiendo esos mecanismos, muy “latinos”, que reducen la igualdad de oportunidades. España, y aún más Italia, son países en los cuales las relaciones, la familia, el apellido, los contactos cuentan más que cualquier otra cosa para hacer carrera, o incluso para empezar una.

Este es un aspecto de la “latinidad” de la cual deberíamos aprender a prescindir: recomendaciones, “enchufes” y nepotismos variados son factores que distorsionan la competencia, la buena distribución de los recursos y no son solo injustos, sino fundamentalmente ineficaces, que se trate de empleos públicos o privados.

Este defecto cultural penaliza las sociedades latinas mucho más de lo que normalmente se piensa. Y están en el corazón de nuestra relación de “incomprensión mutua” con los países del norte de Europa o de cultura protestante, a los cuales les cuesta entender porque dichos mecanismos no se vean seriamente afectados por el desarrollo económico de una sociedad moderna. No lo son porque siguen siendo referencias culturales que nos cuesta quitarnos de encima, y que ahora estamos pagando muy caros, quizás más allá de nuestras culpas reales.

Uno de las oportunidades fundamentales que la integración europea nos había dado era este, haber modificado algunos de estos mecanismo sociales: no para negar nuestras riquísimas culturas (la cultura italiana y española son dos piedras angulares de la inteligencia universal, que no pueden existir sin esas aportaciones), sino para ir hacia un sistema cimentado por fin en mérito y competencias.

Durante mucho tiempo, el error fue pensar que la culpa fuera de “los políticos”, colectivo al cual atribuir todas las culpas. Pero no son los políticos los que gestionan el día a

día de nuestras sociedades, en las cuales los mecanismos nepotistas continúan. Como el abuso de las posiciones privilegiadas, la supuesta intocabilidad de poderosos de todo tipo, los atropellos. Solo cuando habremos conseguido quitarnos de encima de una vez estos condicionamientos culturales sentaremos las bases para un desarrollo económico y social de verdad sustentable y equitativo.

Pasando a Italia, las consideraciones hechas sobre España se han de multiplicar. En la cultura italiana nunca se creyó de verdad en valores como mérito, competición, igualdad de oportunidades, y tanto las oposiciones como el acceso al sector privado han sido siempre condicionados por favores y recomendaciones. Si en Italia del sur el sueño del acceso a la función pública ha movido generaciones enteras (como también en buena parte de la España centro – meridional, donde el sueño de ser “funcionario” es de lejos el más cotizado), las empresas privadas no pueden decirse ajenas a dichos mecanismos; la forma más segura de conseguir ser contratado es la de tener “contactos”. No es de extrañar si luego la administración pública y las empresas privadas no son consideradas las más eficientes y creíbles.

¿Estamos obligados, siendo latinos, a seguir así? Está claro que no, pero tenemos que conseguir efectuar una revolución cultural para la cual la colocación europea es una pre – condición a no desperdiciar e de la cual los jóvenes tienen que ser los protagonistas.

¿Qué cambio?

La situación del mercado del trabajo en Italia es mejor que la española en términos absolutos (tasa de desempleo en 9.8%), pero entre los jóvenes es similar (35.9%). Las perspectivas para los jóvenes son pésimas, en términos de posibilidades existentes, de precariedad (que ahora llega hasta los cuarenta y más allá), de condiciones de vida. Una administración pública siempre condicionada por mil mecanismos es casi la única opción para los jóvenes del sur, que de lo contrario deben emigrar al norte o al extranjero para entrar en el privado. Sigue siendo positiva la presencia de un sector industrial más dinámico que el español y que aún ofrece oportunidades profesionales, aunque solo en determinadas zonas del país.

Para muchos jóvenes la perspectiva más concreta es la empresarial; lanzarse, siempre cuando se obtenga financiación (de la familia, no del sistema bancario, muy cerrado) y se consiga superar todos los trámites burocráticos (hemos visto que esta no es tarea

fácil en nuestros países, véanse informes del Banco Mundial en el capítulo anterior).

La indignación de los jóvenes españoles se ha manifestado también en Italia, pero con un matiz más político: desde el sesenta y ocho, la izquierda italiana, ahora extrema izquierda, fue siempre muy hábil en absorber la protesta juvenil, usándola con fines políticos. Mientras los indignados no responden a ningún partido, la calle en Italia ha sido siempre controlada por la izquierda, por lo cual la protesta juvenil ha carecido a menudo de espontaneidad, volviéndose casi siempre una manifestación política anti – establishment (anti–DC, anti–Berlusconi, anti–TAV, para citar una batalla reciente, contra la alta velocidad Turín – Lyon, muy importante en los últimos años).

Eje de la protesta suelen ser los “centros sociales”, que son parte de un proyecto político de izquierda. Diciendo esto no queremos criticar esa realidad, que es parte del panorama social italiano, sino solamente subrayar una diferencia entre los movimientos sociales surgidos en España, no necesariamente caracterizados políticamente, sobre todo en el caso de los indignados y los italianos, siempre parciales. A tal característica corresponde además cierta rigidez en las respuestas institucionales, sobre todo cuando gobierna el centro – derecha: el caso más clamoroso fueron los incidentes en ocasión del G8 de Génova en 2001, que degeneraron en batalla campal también por la actitud de las fuerzas del orden.

Debido a la alta politización de la sociedad italiana, demasiado a menudo la protesta en Italia se tiñe de violencia, y esto limita el impacto positivo que un legítimo grado de protesta aporta al debate social. En Italia todo se vuelve en seguida un ellos y nosotros, un Berlusconi sí Berlusconi no que cierra toda posibilidad de diálogo o compromiso. Y al fin, todo sigue igual, en honor al Gattopardo.

¿Y AHORA?

El propósito de este texto no es de “rehacer” Italia y España, sino de comparar su situación para entender esencialmente dos cosas: hasta qué punto la crisis es un pozo sin fondo, como parecería al leer la prensa nacional y sobre todo la internacional; y en qué los dos países se diferencian. A partir de estas constataciones, es sin duda útil intentar reflexionar sobre un futuro posible, sin tener la pretensión de disponer de recetas mágicas, justo las que faltan a los gobiernos que se alternan al frente de nuestros dos países.

Hemos visto que Italia y España han seguido recorridos en buena parte similares, aunque ligeramente distintos, y han sabido integrarse en manera diferente a Europa, el marco de referencia inevitable para ambos.

Italia fue un país fundador de la Comunidad Europea, y sacó de ella ventajas sobre todo comerciales (mercado para sus empresas), políticos (consideración como un gran- de dentro del bloque, junto con Francia, Alemania y después Gran Bretaña) y finan- ceros (hasta el verano de 2011): la convergencia económica y monetaria y la consi- guiente reducción de los tipos de interés fueron los principales factores de reducción de la deuda pública, fuera de control antes del euro y otra vez fuera de control en la fase de las primas de riesgo alocadas. En términos infraestructurales y de reducción de las diferencias regionales, Italia no ha sido muy eficiente en la utilización de los fondos eu- ropeos, a menudo malgastados por gobiernos centrales y regionales poco eficientes.

La integración europea supuso para España un reconocimiento político muy impor- tante, una “vuelta a la casa europea” esperado hace mucho tiempo, la liberación de energías vitales durante mucho tiempo reprimidas. España de 2008 era una nación incomparablemente mejor que la de 1975: más próspera, más segura de sí, más feliz. España recibió muchísimos fondos europeos, resultando el país más transformado de todos entre los que entraron en bloque más tarde.

En general, los gobiernos españoles supieron gestionar mejor que los italianos las ventajas ofrecidas por el relativo retraso de desarrollo del país respecto del promedio comunitario, reconstruyendo completamente infraestructuras obsoletas y reduciendo en manera eficaz las diferencias económicas entre las diferentes regiones y entre España y Europa.

Italia nunca ha sabido reconocer plenamente la importancia estratégica de la inte- gración europea, siempre considerado algo secundario por la clase política. Europa siempre se dio por hecha, nunca se la ha discutido o de verdad entendido. Por lo cual, después de de sesenta años en la UE, la sociedad y la política italiana parecen aún ignorar la dimensión del desafío europeo en términos de governance y no estar prepa- rados a asumirla. En Italia aún se ignora que el derecho comunitario es de aplicación directa en los países de la Unión y prevalece sobre el nacional: se desconocen los mecanismos de consensus-building existentes en Europa, que no son aprovechados a consciencia por nuestros representantes, contribuyendo a fortalecer la imagen, ya de

por sí dominante, de impreparación y falta de seriedad de nuestras clases dirigentes; se cuenta todavía la fábula de la irrelevancia del Parlamento Europeo, lugar donde se preparan medidas legislativas que llegarán a nuestro parlamento años más tarde, sin que nuestros políticos dispongan ya de la posibilidad de modificarlas en profundidad.

En la práctica, Italia perdió la ocasión histórica que la integración europea nos dio para modernizarnos, superar los defectos de nuestro sistema comparándolos en modo constructivo con otras prácticas existentes en el continente, aprovechar en forma estra- tégica recursos y redes que Europa nos ha facilitado, considerando la misma solo una vaca para ordeñar (¿Os recordáis de las cuotas lecheras? ¿Cuánto daño hizo a la imagen del país la gestión calamitosa de esa cuestión?).

España, entrada más tarde y sobre las alas del entusiasmo de la vuelta a la demo- cracia, tuvo más cuidado en hacer de Europa un motor de cambio, y a aprovechar plenamente sus ventajas, usarla para arrancar de nuevo, antes en casa y después en el resto del mundo: la expansión económica en América Latina solo fue posible gracias a la integración europea y al uso estratégico de la posición de conexión entre Europa y América que España supo aprovechar. Lo que Italia nunca consiguió hacer en los Balcanes o en el Mediterráneo, áreas, es verdad, muy complejas del punto de vista geopolítico.

Italia tuvo buenas épocas económicas, en las cuales supo aprovechar plenamente su rol de Sur de Europa, más por efecto inducido que por verdadera determinación estratégica. Desde los setenta, el sistema político italiano tuvo enormes dificultades en convivir con los cambios geopolíticos en curso, y la Primera República decidió “no de- cidir”, abriendo los grifos del gasto público en lugar de hacer política. En Italia, falta todavía una política concebida como sistema de decisiones racionales tomadas en base a análisis objetivos, y domina una política basada exclusivamente en ideologías (“mercado”, “liberalismo”, “reformas”, “Estado” son todos términos usados como cla- vas para golpear a los adversarios más que reflejar verdaderos significados).

A diferencia de Italia, España dio un salto de calidad de su propia organización socio – política a partir de los setenta, insertando plenamente Europa en su propia dimensión estratégica. Contrariamente a las opiniones comunes, el gasto público español no fue excesivo hasta 2010, aunque el deterioro de las cuentas públicas ha sido muy rápido en los últimos dos años.

También por esta diferencia de enfoque, el camino recorrido desde los ochenta hasta la gran crisis de 2008 ha sido convergente: Italia en declive, España en ascenso. Hasta encontrarse, simbólicamente, en 2007. La última gran alegría de Zapatero.

El sistema político español está estructurado de manera a asegurar la capacidad de gobierno: el italiano no, y las mejoras en la Segunda República se dieron a nivel regional y municipal, pero no estatal. España tiene gobiernos “fuertes” y comunidades autónomas con prerrogativas amplias, pero estas últimas entraron en crisis en el momento en el cual la coyuntura económica se ha deteriorado, demostrando una debilidad del sistema. Por su lado, los gobiernos españoles son de por sí sólidos, pero sufren de la falta de debate interno y creatividad de una clase política demasiado obediente a la autoridad, que no critica o propone, sino obedece. España lo paga en momentos de crisis, porque faltan ideas alternativas.

La política italiana es hasta demasiado imaginativa y personalizada, lo opuesto de la española, pero el caos de intereses divergentes y de las opiniones contrapuestas es tal que en Italia no se consigue avanzar casi en nada: el retraso crónico en la toma de decisiones hizo que Italia perdiera no solo el tren europeo, sino también el de la globalización, sufrida y no enfrentada.

Las infraestructuras italianas estaban entre las mejores de Europa en los años setenta: hoy son las mismas, pero ya no las mejores, obviamente, porque los demás no se han parado como nosotros, tomados como estábamos a debatir y a redescubrir el agua caliente.

En retraso ante la globalización, “alérgicos” a la innovación

Los problemas económicos que hemos analizado en los capítulos previos consisten para Italia en una deuda pública fuera de control, fruto de los compromisos del pasado, y en un sector privado que disponiendo aún de algunos sectores de excelencia se ha dedicado durante demasiado tiempo a denigrar la política para darse cuenta que los escenarios globales estaban cambiando, y adecuarse a la globalización. Haciendo creer que fuera verdad lo que normalmente se quiere cree en Italia, que el público está todo podrido y el privado todo perfecto. Salvo constatar que privatización y deregulation de los años ochenta y noventa no han traído más competición en la economía italiana y más beneficios, sino más rentas oligopolistas. Y los consumidores han saca-

do muy pocas ventajas. El resultado final ha sido una economía de patológico bajo crecimiento (aunque ahora algunos digan que es culpa de Monti).

Para España, el problema principal ha sido la renuncia a una dimensión productivo – industrial, a favor de una economía exclusivamente de servicios que ha continuado a reproducir un modelo basado en los bajos salarios mediante los flujos migratorios. En la medida en la cual el empuje del desarrollo “natural” se agotaba, la demanda ha sido alimentada por el crédito, que se ha otorgado sin criterio, dando lugar a una burbuja inmobiliaria poco creíble: durante años, pareció normal que el metro cuadrado fuera más caro en Madrid que en Berlín. El endeudamiento excesivo de privados y familias agrava aún más la situación deudora del Estado español, que de por sí no sería dramática.

Italia no ha sido capaz, sobre todo por la debilidad o ausencia de una dimensión estratégica, de fortalecer variables – clave en el siglo XXI como educación, universidad, investigación, innovación. Las reformas de los sistemas escolares y universitarios se revelan misiones imposibles, y lo que existe en términos de excelencia científica es el fruto de esfuerzos personales, una característica muy italiana, no el resultado de un sistema.

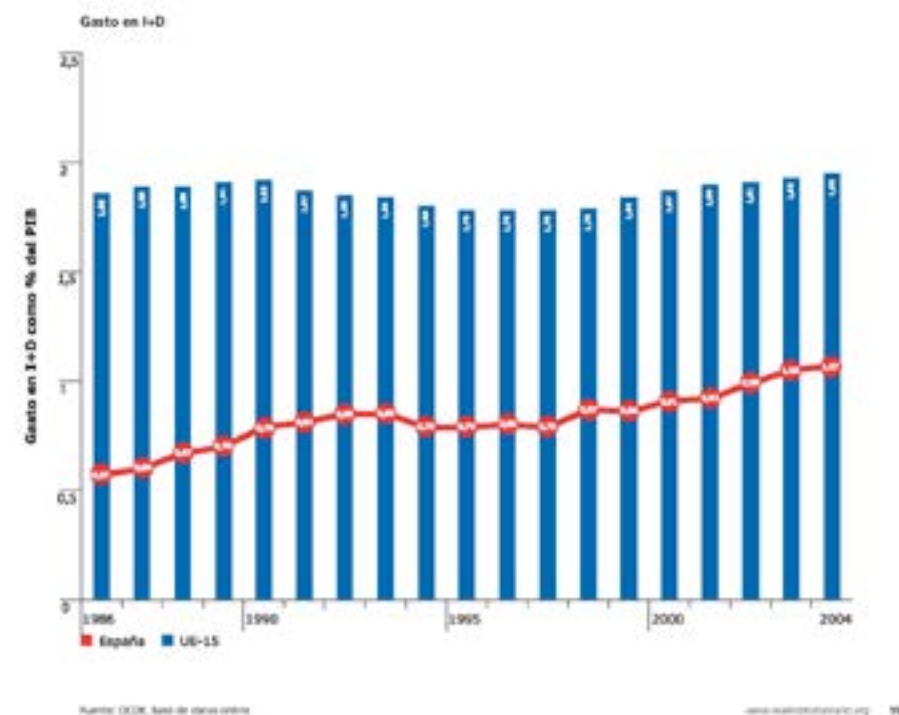
La administración pública italiana sigue siendo en general ineficaz y parasitaria, salvo pocas excepciones, y los italianos no se sienten ayudados por ella: los italianos no quieren al Estado, nunca lo hicieron, considerándolo siempre un “padrastro”. Salvo que muchos quieren ingresar en él para sentirse seguros, sobre todo en las regiones donde existen pocas alternativas.

En los rankings internacionales, las universidades y centros de investigación brillan por su ausencia. Los italianos en el mundo sin embargo, están muy presentes en todos los sectores, pero no se consideran un recurso para el país, que los ve como un cuerpo extraño, sin pensar en crear sinergias que podrían ser útiles para cambiar Italia. El experimento del voto en el extranjero en la práctica ha fracasado, porque en lugar de traer al Parlamento fuerzas frescas, representantes de una Italia moderna, se han preferido representantes de la vieja emigración, que han ido a Roma a pedir, no a proponer.

España es aún menos presente que Italia en los ámbitos científicos y de la innovación. Sabiendo que los países occidentales son competitivos en el mundo global sobre todo

gracias a este factor, ¿puede sorprendernos que ahora no se vean salidas a la crisis estructural en la cual nuestros países han caído?

Observad este gráfico, que muestra el gasto en investigación y desarrollo en España comparado al europeo en los años “buenos” (hasta 2006). ¿Culpa de los socialistas o de los populares no haber hecho un esfuerzo para preparar adecuadamente el país a la globalización? Obviamente, la culpa es de ambos.



En este sector, Italia y España van parejas (en negativo), e incluso las empresas, no solo el Estado, están detrás de los niveles europeos.

En síntesis, la innovación le parece a nuestras sociedades un factor poco importante (quizás con la exce

Para apreciar la situación también en Italia, en 2007, antes de la crisis cuando había que preparar el futuro, estos son los datos (fuente Istat, “Noi Italia” sobre base Eurostat):

Paesi	Spesa totale	Spesa delle imprese			
			Repubblica Ceca	1.53	0.92
			Estonia (a)	1.42	0.64
			Spagna	1.38	0.72
			ITALIA	1.26	0.67
			Ungheria	1.15	0.66
			Lituania	0.84	0.20
			Polonia	0.68	0.19
			Grecia (b)	0.58	0.16
			Malta (a)	0.54	0.34
			Bulgaria (a)	0.53	0.16
			Slovacchia	0.48	0.20
			Romania	0.47	0.19
			Cipro (a)	0.46	0.10
			Lettonia	0.46	0.17
			Ue27 (a)	2.01	1.25
Finlandia	3.96	2.83			
Svezia (a)	3.62	2.55			
Danimarca (a)	3.02	2.02			
Germania (a)	2.82	1.92			
Austria (a)	2.75	1.94			
Francia (a)	2.21	1.37			
Belgio (a)	1.96	1.32			
Regno Unito (a)	1.87	1.16			
Slovenia	1.86	1.20			
Paesi Bassi (a)	1.84	0.88			
Irlanda (a)	1.77	1.17			
Lussemburgo (a)	1.68	1.24			
Portogallo (a)	1.66	0.78			

En este sector, Italia y España van parejas (en negativo), e incluso las empresas, no solo el Estado, están detrás de los niveles europeos.

En síntesis, la innovación del portátil, que se difundió en Italia antes que en el resto del mundo): los escenarios globales, ni los europeos, son dignos de consideración; las decisiones políticas algo antipático, por lo tanto mejor no decidir y contentar a todos.

Otro gran problema, especialmente en Italia, es el peso excesivo de la delincuencia, que hemos visto pesa lo menos un quinto del PIB, no declarado: un factor de estorbo de extraordinaria importancia, que altera las decisiones de interés general, en detrimento de la colectividad. Buena parte de la deuda pública acumulada viene de allí, a parte de la corrupción a ella ligada. Los montos recuperables en la lucha a la evasión fiscal y a la delincuencia organizada son de por sí superiores a todas las maniobras a las cuales los ciudadanos italianos se deben someter. En España ese factor está menos presente, aunque las redes de corrupción descubiertas en los últimos años a nivel regional merecerían probablemente mayor atención.

¿Qué nos sugieren los datos y qué nos cuenta la historia?

Nuestra tesis es que los problemas financieros de Italia y España son sí serios, y requieren mucha atención, pero no son más que un síntoma, no constituyen el verdadero problema de nuestros países.

El Factor C (Credibilidad) en España...

Nuestros gobiernos dispondrían de datos para defender mejor nuestra situación: los gobiernos italiano y español no son de por sí despilfarradores como se dice, ni incapacitados para gobernar (lo han hecho bien en el pasado, en varios ámbitos) Lamentablemente, más allá de los datos que, como hemos visto, son menos unívocos de lo que se quiere hacer creer, la que falta es la credibilidad.

Es lo que los mercados le hacen pagar a Italia y a España: España no existía con Franco, se hizo creíble con Suárez, González e Aznar. Desde entonces perdió bastante de ese prestigio que se había conquistado, jugando también con el factor soft power de la cultura española y la indudable simpatía que genera (la movida, un estilo de vida cautivador, la lengua española, la gastronomía, los éxitos deportivos). España había de hecho substituido a una Italia distraída y autística como líder del Sur de Europa: la crisis golpeó duramente al todo bajo el sol, revelando graves defectos de modelo, que

yacían debajo de una superficie brillante.

Ahora España no dispone de bases sólidas a partir de las cuales recomenzar, y la ilusión que bastara con cambiar gobierno para volver a los años felices ya se demostró errada: el mundo de 1996 en el cual Aznar ganó las elecciones no tiene que ver con el actual. Absurdo intentar repetir esas recetas, quizás volviendo a apostar en lo inmobiliario o en los proyectos faraónicos a lo Euro Vegas, propuesta de un empresario estadounidense de crear una nueva Las Vegas en territorio español.

La necesidad de calmar a los mercados sigue existiendo, dando a entender que las cuentas públicas volverán en equilibrio, que la situación no está tan desesperada como lo afirman agencias de rating en nada neutrales y la dirección emprendida es la correcta.

Sin embargo, no es suficiente, porque hace falta también reconstruir una idea de país: si Europa ya no es el jardín del edén, ¿Cuál puede ser el nuevo sueño español?

España puede contar con algunos puntos fuertes:

- el mismo soft power que ya mencionamos aún no se ha aprovechado plenamente, a pesar de iniciativas exitosas como el Instituto Cervantes (¿queremos compararlo con la decadencia de la Dante Alighieri para la difusión de la cultura italiana o la desaparición de las escuelas italianas en el mundo?);
- las relaciones con América Latina, en las cuales España tiene una ventaja innegable, aprovechada pero aún extensible: no olvidemos que se trata de una de las regiones con mayor crecimiento y potencial en el siglo XXI;
- el dinamismo de algunos sectores (energías alternativas, transportes, economía verde, construcción), a pesar de todo competitivos.

Además, el gap tecnológico puede volverse de un punto de debilidad un factor de crecimiento, incorporando a las nuevas tecnologías las PYMES y aprovechando del dinamismo de jóvenes con gran facilidad para las nuevas tecnologías, hoy excluidos del mundo del trabajo. España tiene a miles de PYMES poco innovadoras y a miles de jóvenes con know-how tecnológico y sin trabajo. ¿Es de verdad tan imposible conectarlos? Probablemente no, pero hace falta que ambas partes, y las estructuras públicas que los deben ayudar, tomen algo más de riesgos.

Sería además necesaria una notable inyección de competencia en la economía española, que rompiera con las rentas privilegiadas existentes, que han impedido trasladarles a los consumidores parte de los beneficios del mercado común europeo.

La administración central y las autónomas deben efectuar una segunda revolución, comparable a la de los años ochenta, poniéndose a disposición del ciudadano no como funcionarios sino como factores de cambio y de servicio: las ganancias en términos de productividad serían enormes para la sociedad.

Hace falta además recordar que la sociedad española es la más vieja al mundo, e que un mejor acercamiento a los problemas de la tercera edad podría tener importantes retornos económicos y sociales.

Todos estos factores pueden “generar crecimiento”, saliendo de las rigideces existentes en la situación actual, en la cual todos esperan que pase algo.

¿Y en Italia?

De su parte, Italia nunca ha sido de verdad creíble: la despreocupada gestión de las alianzas en los dos conflictos mundiales; la “ligereza” implícita en tantos aspectos de la italianidad; los gobiernos en constante crisis de la Primera República; la mafia y otros aspectos deletéreos de la italianidad en el mundo; la sensación de permanente desorden, que, aún rodeados de la belleza inigualable de la península italiana, se desprende relacionándose con Italia, le han dado al país una reputación que sin duda le penaliza más allá de sus reales culpas.

El periodo caracterizado por la presencia en el centro de la vida política italiana de un personaje como Silvio Berlusconi ha sido nefasto en términos de esa ya baja credibilidad: más allá de la indudable legitimidad democrática del líder del PDL, indudablemente hábil electoralmente cuanto catastrófico gobernante, muchos italianos no se han dado cuenta de lo que ha significado, para un país con o sin razón considerado “poco creíble”, ser dirigido durante años por un personaje de este tipo. Cada chiste suyo quizás lo haya fortalecido de cara a sus electores, pero ha costado miles de millones a los contribuyentes italianos. Berlusconi ha sido juzgado por sus socios europeos aún peor de cuanto ya no fuera, porque confirmaba la imagen peor de la italianidad. Y la cuenta los italianos la han pagado muy cara. Claro que si pensamos que las alternativas políticas han sido consideradas normalmente incluso peor por los

electores italianos, podemos entender porque, vista de fuera, a Italia se la considere poco creíble. ¿Culpa del euro?

Sin embargo, Italia tiene un punto fuerte espectacular: la extraordinaria brillantez del individuo italiano que, quizás debido a las debilidades y contradicciones del tejido social nacional, se demuestra constantemente capaz de alcanzar la excelencia, en todos los campos y a todas las latitudes (con alguna dificultad más en casa, *nemo propheta in patria*). Pero a ese mismo individuo le cuesta horrores elaborar y realizar sueños colectivos: Italia no consiguió ninguno en su historia reciente.

A partir de estas capacidades individuales, Italia todavía puede contar con un tejido industrial razonable, aún debilitado en los últimos años, que demuestra la persistencia de la tradición del *homo faber*. Los privados no están endeudados hasta las cejas, y desde allí pueden volver a empezar, si las administraciones públicas serán capaces de ayudarlos y no de crearles más obstáculos, y si la incombustible clase política finalmente se renovará, dejándose atrás los debates estériles de las décadas pasadas y abriéndose a la innovación, al futuro, a la realidad global, hoy presente solo en negativo.

Como en España, en Italia también sería muy bienvenida una sana inyección de competencia en muchos sectores en los cuales hoy prevalecen rentas de posición y privilegios oligopolistas, que no benefician a los consumidores.

Las mismas oportunidades que hemos visto en España pueden ser aprovechadas en Italia también, apostando en tecnología, innovación social, en la recomposición de la fractura entre generaciones, en el *soft power* italiano (más que la sobrevalorada moda, ya global, el design, el arte, la cultura, la belleza, el saber vivir). Todos estos factores pueden generar crecimiento, pero requieren esfuerzos en campos en los cuales los italianos no destacan: planificación, rigor, puntualidad, cooperación, primacía del equipo sobre el individualismo.

Una sostenible ligereza, en Europa

Tanto para Italia como para España, el único futuro posible es global, a partir del contexto regional al cual pertenecemos, el europeo.

Nuestros problemas financieros y económicos se volverían imposibles a resolver fuera del euro, y nuestra marginalidad irreversible. La vuelta a las monedas nacionales no le

traería ninguna ventaja a España y muy pocas a Italia, que efectuarían una vuelta atrás de por lo menos dos generaciones en términos de nivel de vida. Con una diferencia esencial: volviendo atrás no encontraríamos los mágicos años sesenta, sino un mundo del cual seríamos un Sur no competitivo y fuera de todos los circuitos.

La exposición financiera de Italia y España se volvería insoluble cuando contabilizada en monedas débiles: las inversiones se reducirían aún más, las empresas con actividades internacionales quebrarían casi todas, salvo las completamente deslocalizadas. En este marco, no se ve cuales serían las ventajas del no – euro. Y además, podríamos olvidar reformas que tanto en Italia como en España solo tuvieron lugar por estímulos externos y no por generación interior.

¿Estamos seguros que sería una ventaja aislarnos? No creo que a nosotros los latinos nos convenga. Es mucho mejor quedarse en el marco europeo, levantando un poco más la voz, valorando con mayor inteligencia nuestros puntos fuertes, y aprendiendo lo que tenemos que aprender de los otros: rigor, capacidad de planificación, reformas sin histerias (como no hacemos nunca, porque en nuestros países todo cambio se vuelve un drama vivido intensamente). Nuestros gobiernos deberían ser más habilidosos y decididos en hacerse respetar en Europa. Hemos demostrado que los datos no nos condenan. ¿es imposible conseguir que nos escuchen? Demasiado a menudo nuestros gobernantes son lobos en casa y corderos fuera, y los resultados están a la vista.

La Unión Europea, aún hoy tan en dificultad, sigue siendo un extraordinario éxito de la humanidad en el siglo XX: de la guerra hemos pasado a la prosperidad compartida y difusa en dos generaciones, gracias a un proyecto de visión y de futuro.

La soberanía compartida sigue siendo el instrumento más poderoso para gestionar la complejidad del siglo XXI. Para que funcione de verdad debemos parar de tomarnos el pelo, y aprovechar esta oportunidad para mejorar los aspectos de nuestro ser sociedad que lo requieran. No podemos refugiarnos en una ilusoria soberanía nacional que la globalización ha arrasado, más bien debemos actuar dentro de los nuevos espacios. Sin renegar nuestra latinidad, pero sin aceptar sin más nuestros defectos que sí existen, no s los han inventado los alemanes.

En este sentido, las hipótesis de Unión Fiscal y gobierno económico común de la zona euro son positivas para nuestros países, porque nos ayudan justamente en dimensio-

nes en las cuales no somos especialmente rigurosos y eficaces. Veremos en qué estas hipótesis se concretarán, pero es un interés italiano y español seguir dentro de Europa, influir en ella y de ella sacar los beneficios que hasta ahora no hemos recogido que en parte, a menudo debido a nuestra excesiva prudencia.

En este sentido, Italia y España son gemelos siameses: nuestra “insoponible levedad del ser latinos”, con todo lo bueno y lo malo que ello implica, la tenemos encima y debemos aprender a usarla activamente, no a sufrirla como si fuera una condena.

Aunque nuestras inercias nos la están haciendo pagar, sobre los puntos fuertes de la latinidad podemos aún construir: el mundo global está allí, duro y competitivo, pero es una ocasión para aprovecharla. Una Italia y una España capaces de superarse usando a Europa como motor para su propio cambio, pueden volver a ser los mejores países del mundo donde vivir. Hasta ahora solo hemos aprovechado en parte las posibilidades que Europa nos ha ofrecido. En lugar de soñar con soluciones fáciles para que “todo vuelva como antes”, ¿por qué no intentamos llevar cabo soluciones más difíciles? Es lo que nos reprochan, pero deberíamos ser nosotros los primeros interesados en conseguirlo.

POSTFACCION

El fútbol nos divide, como otros aspectos de la cultura popular

En general, la relación entre italianos y españoles es positiva: a menudo creemos ser idénticos, aunque en realidad solo nos parezcamos, debido a nuestras raíces comunes. También vale para nuestros países. Sin embargo, hay un campo en el cual nuestra simpatía mutua desaparece de inmediato: el fútbol.

Catenaccio y ascenso de la Roja

El fútbol es una gran pasión nacional compartida, pero que nos divide. Para un español futbolero, no hay nada más falso, mediocre, vulgar que el estilo italiano de juego. Leer la prensa española en lo que respecta un partido de los azzurri o de un club italiano deja boquiabiertos por la manifiesta hostilidad que se respira y por lo despectivo de la terminología adoptada. Recuerdo El Mundo, por la mañana de la final de Champions de 1996 entre Ajax e Juventus: “¡Si existiesen unos dioses del fútbol, este partido entre la belleza y el horror ni permitirían que se jugase”! Para la crónica, ese partido lo ganó (aunque solo en penaltis) la Juve, que jugó mejor que el Ajax. Lo admitió toda Europa, pero no la prensa española, obviamente.

Hacia el fútbol español, el hincha italiano adopta una actitud diferente: España no entraba dentro del horizonte de los adversarios “dignos” a nivel de selección, reservado a Alemania, Inglaterra, Brasil, Argentina, Holanda y, más de reciente, a Francia. España se consideraba un adversario de nivel inferior, no digno de consideración, ni el fútbol español etiquetado con ningún tipo de estilo. Hasta la explosión de la Roja en 2008, España no contaba para los italianos.

Claro que los clubes, en primer lugar Madrid y Barça, sí contaban: ellos a menudo verdugos de los italianos (pero también derrotados estrepitosamente, como en el 5 – 0 encajado por el Madrid de la Quinta del buitre en 1989 por parte del Milan, y en la final 1994, 4 – 0 del Milan al Barça del dream team. El mismo Real galáctico sufrió su primera decepción en el delfino de Turín, derrotado 3 – 1 por la Juventus en 2003).

Sin embargo, al Barça e al Real se atribuían méritos no tanto por los jugadores españoles, cuanto por la contribución decisiva de los extranjeros, por su potencia económica y por la dificultad de jugar en estadios enormes, llenos y rebosantes de pasión (para

la prensa italiana, un desplazamiento a España siempre se asocia a un “clima da corrida”).

La progresión imparable del fútbol español de 2008 a hoy, y de los dos grandes, que de competidores de los clubes italianos se han convertido en referencia global, pudiendo disponer de recursos muy superiores a las del los ex-tíos gilitos italianos, ha sido aceptada por los italianos, pero a regañadientes.

El “tiqui – taca” de marca barcelonista – Roja es poco amado por los italianos, que lo consideran “futbolín”, juego poco masculino, aburrido, enojoso.

La hostilidad de muchos estimadores del fútbol a la italiana hacia el Barça está por ejemplo en contra tendencia frente a la admiración que el juego blaugrana encuentra en todas partes del mundo. Basta una derrota de Messi y compañía, y vuelve a empezar el tam - tam reduccionista (para nada el más fuerte de la historia, equipo superable, deshonesto, etc.).

La victoria del Inter sobre el Barça en las semifinales de Champions 2010, considerada ejemplo máximo del anti fútbol en buena parte del mundo, se ve en España como la demostración última de la existencia del mal, por Italia como una vuelta a la seriedad después de un exceso de vanidad.

De su parte, el hincha español es alérgico a todo lo que suene a fútbol italiano: defensa rocosa, contraataque, sustituciones en los minutos finales, pérdidas de tiempo. Todo vale para definir los métodos italianos “poco honorables”. La palabra “catenaccio” es la más conocida de la lengua italiana por los españoles, junto con “pizza” y la expresión “mamma mia”.

La aversión tiene raíces históricas y culturales: los dos traumas más grandes de la historia del fútbol español están ligados a dos derrotas con Italia en los mundiales, manifestación en la cual España nunca destacó hasta el fatídico 2010.

La primera es la derrota de la España de Zamora con Italia en los mundiales de 1934: en dos partidos durísimos, y con la misteriosa ausencia del superportero español en el segundo, decisivo partido. Esos partidos, narrados por radio, en el imaginario colectivo español se transformaron en robos clamorosos, que privaron España de un título probable o por lo menos posible.

Sesenta años más tarde, otro cuarto de final mundial, entre Italia y España en Boston,

es decidido por un gol en el final de Baggio, que había sido precedido por un codazo de Tassotti a Luis Enrique en área italiana que vino a demostrar una vez más a los hinchas españoles que Italia solo podía ganar con truco. No es casualidad que una victoria sobre Italia en los cuartos de final del Europeo 2008 (¡0 – 0 y penaltis!) haya desbloqueado a la Roja y la haya lanzado hacia sus triunfos. Se considera un éxito histórico, superado ahora solo por el 4-0 de los rojos a los azzurri en la final del Euro 2012, primer victoria “que cuenta” de España sobre Italia.

En el imaginario español, los cuatro títulos mundiales y las seis finales de los azzurri son “poca cosa”, porque no hay mérito en ganar “así”. Cualquiera lo conseguiría si se rebajara a tanto. Nadie duda que la única final (con título) española valga mucho más que todos los éxitos italianos, porque ganada con juego y honor.

Ahora por primera vez en la historia, España e Italia se han enfrentado en una final. Entre una Roja con una magistral posesión de la pelota en la media, que se permite jugar sin delanteros y la Italia no tradicional (que recibe hasta algún elogio de la prensa española, un acontecimiento en sí notable) de Prandelli, prevaleció claramente la primera: hemos entrado de verdad en una nueva época.

Guerra italiana y guerra española

A parte las fricciones con raíces históricas, el estilo de juego refleja diferencias entre la italianidad y la hispanidad.

El italiano, hijo de una nación poco cohesionada, a menudo dominada por potencias extranjeras y políticamente siempre inestable, en el terreno de juego desarrolla un juego oportunista, veloz, basado en cambios de frente y aprovechamiento de toda mínima posibilidad. Justo como durante siglos han hecho los italianos para sobrevivir, usando “l’arte d’arrangiarsi”: “Francia o Spagna, purché se magna”. Los primeros equipos que desafiaban a los maestros centroeuropeos intentaban capear el temporal para golpear al contraataque, así como lo hacían los ejércitos italianos, que se insertaban en guerras más grandes, para transformar las frecuentes derrotas en el campo en victorias en las mesas de paz, mediante oportunas “vueltas de vals”. ¿Como no ver en esas modalidades también la tradición de nuestras guerras medievales, con alianzas variables y fidelidades improbables? En la historia de la península italiana, lo que ha contado siempre ha sido el resultado, no la forma en obtenerlo.

La mentalidad española es diferente: no que al “arte d’arrangiarsi” no corresponda a nivel popular la picaresca, de Lazarillo del Tormes a Alfredo Landa, pero España, país imperial, sede de una de las más grandes cortes de Europa, no podía permitirse luchar con el Il Principe en el bolsillo. Sus ejércitos debían moverse con medios e imponencia, salvo a veces caer, como la Invencible Armada, justamente por su pesadez. O ser derrotados por los prácticos rebeldes flamencos, a golpes de pica.

Claro que serán los mismos españoles a contra-inventar la guerrilla, usando los rastillos para derrotar a los invasores napoleónicos, pero el nombre lo indica, esa era guerrilla: el fútbol es guerra de los tiempos modernos.

Que gane el mejor, o sea nosotros

La influencia más profunda en el fútbol español fue primero británica, después centro – europea (Puskas, Kubala), y finalmente holandesa, la más poderosa. La escuela holandés – barcelonista ha desarrollado un juego basado en el control de la pelota, el control total de los espacios, los movimientos corales (véase el libro de Modeo Il Barça, que analiza en los detalles esta evolución).

El Real Madrid de Puskas y Di Stefano, que ganó cinco Copas de Europa, marcó un modelo definido de juego para los merengues, también de ofensiva constante, aunque el control de la pelota no era tan sistemático.

A partir de estos dos modelos, que definen a los dos clubes dominantes en el fútbol nacional, la performance de un equipo en España se juzga por el porcentaje de posesión de la pelota, sinónimo de dominio, considerada más importante que el gol, que la última España de Del Bosque toma casi como un optional. Los clubes vascos siempre defensivos, son considerados anomalías feas, (cosas de vascos) y los años de sus triunfos (de 1981 a 84) un paréntesis infeliz en la historia del fútbol español.

Entre los clubes italianos, Inter, Juventus y el Milan de Rocco fueron “de contraataque”: solo el Milan de Sacchi rompió con esa tradición, parcialmente retomada por Capello (considerado en España un entrenador que gana pero aburre: a despedir de todas formas). También el fútbol tuvo algo que ver en sus inicios con el británico, pero encontró rápidamente su modelo definido: los primeros éxitos de la Italia de Pozzo fueron cimentados en equipos sólidos, defensas duras y contraataque. También las otras grandes Italías, de Bearzot a Lippi, fueron en buena parte así. Al espíritu coral amado por los

españoles corresponde en Italia un grupo de simpáticos marrulleros, con alguna estrella allá en frente para definir los partidos (Riva, Rossi, Baggio, Balotelli), aprovechando de todo mínimo resquicio.

Volviendo a nuestras reflexiones sobre la política, encontramos en el fútbol la Italia de los cien partidos, facciones y personalidades, que de vez en cuando como por arte de magia funciona perfectamente, normalmente cuando parece a punto de quebrar. Y la España de los partidos disciplinados, quizás algo aburridos, pero eficaces y bien estructurados para la gestión del poder (salvo crisis globales, obviamente).

La primera final de la historia entre las dos selecciones fu menos controvertida del previsto, y todos tuvieron que admitir la superioridad española. Pero en general no nos entendemos, porque usamos parámetros diferentes, y el resultado final no basta para resolver la controversia. ¿Qué gane el mejor? No: que gane el uno o el otro, los nuestros son mejores.

Estereotipos en la mesa

Algo similar pasa en otros campos de la cultura popular: la cocina y el vino, por ejemplo.

Tanto Italia como España tienen grandes tradiciones gastronómicas, de origen mediterráneo y grandes vinos. Pero se ignoran mutuamente: es verdad que la gastronomía es uno de los aspectos menos globalizados de la cultura popular (fast food a parte), y cada pueblo prefiere de lejos sus platos a los de los demás.

Pero es curioso cómo, a pesar de relaciones tan intensas entre nuestros países, el italiano todavía infravalore la cocina española, considerada “inferior” y limitada a paella y poco más. Para el español, la cocina italiana se limita a pasta y pizza (en Italia, como es sabido, no existen los segundos).

La ignorancia mutua alcanza su máximo en campo de vinos: el vino italiano es en España sinónimo de porquería (recuerdo del etanol y de los Lambruscos de exportación de tiempos pasados); el español inexistente para los italianos, que por otra parte no lo encuentran en sus supermercados, donde se bebe solo italiano (lo mismo pasa en España, donde se encuentra vino de origen italiano, pero solo de garrafón, nunca un Barolo).

Otros productos que compartimos y que nos enorgullecen son razón de polémica; para un español, el jamón serrano, ibérico o de jabugo son infinitamente superiores al prosciutto crudo italiano (“¿algo así en Italia no lo tenéis, eh..?”); el italiano no duda de la superioridad de sus “prosciutti”, San Daniele, Parma o toscano que sean.

El aceite de oliva es contencioso verdadero, debido al flujo de aceite español comprado y embotellado por italianos. Imposible una admisión mutua de bondad de los productos respectivos. Rompería con creencias consolidadas.

La tradición gastronómica nos divide como el fútbol. Sabemos que vino y comida son buenos también del otro lado, pero en el fondo estamos convencidos que los nuestros son mejores. Una razón de este convencimiento, a parte la tradicional preferencia que cada pueblo tiene para sus sabores tradicionales, es que la integración europea sí trajo una integración de las estructuras comerciales y una libre circulación de las mercancías, pero en los países de tradición gastronómica fuerte (Francia, España, Italia, Portugal, o sea los latinos) tiendas y supermercados continua proponiendo casi solo productos nacionales. Los consumidores locales, por lo tanto, siguen pensando que sus productos son inigualables. Con razón o sin ella, la discusión nunca terminará.

Amigos y enemigos

España e Italia divergen también en otro aspecto de la cultura popular: las simpatías / antipatías hacia otras culturas y países.

Si los italianos no tienen una gran relación de simpatía con los alemanes (sentimiento compartido), fruto de una desconfianza que remonta sin duda a la segunda guerra mundial, pero también a las alianzas “desenfadadas”, y mucho más atrás en el tiempo, a las numerosas bajadas a Italia de las poblaciones germánicas (desde las tribus bárbaras hasta Federico Barbarroja), los españoles, latinos ellos también, tienen sin embargo una relación de respeto mutuo con los alemanes, que resultan mucho menos despectivos con ellos que con los italianos. Aquí también la explicación tienen orígenes históricos: España y los Imperios de lengua alemana tuvieron una larga historia común, y la primera no participó en la segunda guerra mundial, no compartiendo la experiencia de otros europeos en ese cruento periodo.

Estas consideraciones no se extienden a las actuales dificultades entre Madrid y Berlín, que en el caso español no se traducen en una antipatía generalizada entre españoles

y alemanes, quedándose en simples diferencias políticas.

Sin embargo, los españoles no tienen una relación fácil con los franceses, que nosotros llamamos “primos”, y con los cuales tenemos una relación mucho más fluida. La interrelación entre Francia e Italia es antigua: dejando a un lado la dimensión galo – romana (incluso los franceses saben que Asterix es un comics, aunque a veces lo confundan con la realidad histórica) desde los tiempos de Francisco I y Leonardo da Vinci la cultura francesa fue muy influenciada por la italiana, y las dos partes se han atraído mutuamente. Las páginas de historia común son tantas que no dejan dudas: hasta el descubrimiento “tardío” de España por parte de los italianos (en los años ochenta), Francia era el país que los italianos sentían más cerca. También contribuyeron a ello millones de franceses con sangre y apellidos italianos.

Existen también muchísimos franceses de origen español, pero aquí volvemos a encontrar esa misma relación un poco despectiva entre italianos y alemanes: los franceses se sienten superiores tanto a los italianos como a los españoles, pero son más benévolo hacia los primeros que hacia los segundos. Para los alemanes es lo contrario, y estos sentimientos son generalmente mutuos. En el caso de España, la ocupación y represión napoleónica marcaron profundamente la relación entre los dos países, a pesar de la existencia, como en toda de Europa, de elites de afrancesados.

Las relaciones con los ingleses son más o menos similares, pero hacia los Estados Unidos se nota una gran diferencia: los italianos son profundamente americanófilos, mientras en España se da un antiamericanismo bastante difundido, que tiene mucho que ver con los episodios finales del imperio español (guerra de Cuba), que generaron una gran antipatía hacia Estados Unidos que dejó una huella.

En este caso también juegan un rol las comunidades: la de origen italiano en Estados Unidos es muy numerosa, la española marginal, porque la América de los españoles ha sido siempre la Latina, que nosotros los italianos hemos ignorado hasta los años ochenta, cuando de repente descubrimos que mitad de los argentinos eran descendientes de italianos, hecho totalmente ignorado hasta entonces.

Todas estas idiosincrasias tienen origen en nuestra historia. Nos dicen que no somos idénticos, y que vemos el mundo de forma algo diferente.



Stefano Gatto nació en Turín en 1962. Economista por la Universidad Bocconi de Milan e también licenciado en Historia en Gran Bretaña, está muy vinculado a España, donde vivió muchos años. Estudió gestión internacional en ESADE, Barcelona, y cursó una maestría en Relaciones Internacionales en la Fundación Ortega y Gasset de Madrid. Diplomático UE, está actualmente al frente de la Delegación de la Unión Europea en El Salvador, después de haber estado destinado en Brasil, India y en las sedes comunitarias. Colabora habitualmente con Lo Spazio della Politica (<http://www.lospaziodellapolitica.com/author.stefano-gatto/>)

donde se ocupa de análisis internacionales. La mayoría de sus escritos son accesibles en <http://stefanogatto.eu/>.